

Olga Marina Cortez Barbera

# El baile de los hecatónquiros





# El baile de los hecatónquiros

Olga Marina Cortez Barbera

Olga Marina Cortez Barbera  
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.  
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-5507-1  
Depósito Legal: ZU2024000398

Diseño de la portada:  
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:  
Sultana del Lago Editores

[www.sultanadellago.com](http://www.sultanadellago.com)  
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Los monstruos... A veces, susurran,  
a veces, bailan entre las sombras,  
y la mayoría de las veces, ¿sabes?,  
desaparecen con el tiempo...



## **CAPÍTULO I**

### **Un arco iris sobre la montaña**

Los hecatónquiros están en silencio...

La casa tiene las puertas abiertas y a la sala entra un aire húmedo y frío. Afuera, el pino del jardín se sumerge en el día gris. Ha llovido toda la mañana y las personas entran sacudiendo el agua de los paraguas y de la ropa. Dejan sus huellas húmedas sobre el tapete y saludan. Junto a las paredes están los muebles y las sillas, como en las fiestas de cumpleaños, pero, ahora es distinto.

Mi hermano pregunta, con algo de timidez, quién desea una taza de chocolate. Vestido a la moda, con los pantalones de botas anchas y el cabello largo, pareciera que no está acorde con la ocasión. Eso no importa. Tiene doce años y actúa como un adulto. Está muy serio. Ha prometido que se mantendrá sereno. Enfrenta la situación como si antes lo hubiera hecho.

Mis dos hermanas menores entran a la sala y pasean entre los presentes. No es hora para juegos y ellas lo entienden. Sus caritas apagadas lo confirman. Tomadas de la mano, caminan tranquilas como abuela les ha pedido. Se asoman al cuarto y ven que mamá está dormida. Alguien le dio una pastilla para que pueda descansar.

Papá, como todo buen anfitrión, permanece en el centro de la sala para dar la bienvenida. No puede. Acostado y mudo, tal vez, siente cómo la gente lo mira, rendido en esa especie de trono de madera pulida que lo llevará a su último destino aquí, en la Tierra. Me pregunto si se da cuenta de todo.

La brisa recorre las habitaciones y mueve las cortinas. Algo me dice que ya han llegado los espíritus pokomanes, los antiguos pobladores de la civilización maya quiché. Los mismos que yo veía bailar al son de las hogueras que iluminaban mis fantasías, en los atardeceres de cuentos y leyendas, hechizada por la voz de papá y arrullada con la música antigua de sus long plays.

Han venido de Ahuachapán y Chalchuapa para guiarlo por los caminos hasta donde moran sus antepasados. O, quizás, han rondado por las habitaciones durante los últimos meses, esperando... esperando... Porque, hasta ayer, él se resistía a partir, luchando contra el huésped inesperado que entró en su organismo para debilitarlo y volver polvo sus huesos.

Los espíritus se mezclarán con el cortejo. Luego allá, en los jardines donde florece la tranquilidad y las hojas de los árboles modulan murmullos de réquiem al compás del viento, esperarán a que el sacerdote termine con las oraciones de despedi-

da para bajar a la fosa. El alma de papá mirará el cuerpo que se queda y abrirá sus amplias alas. Todos se elevarán como una bandada de aves transparentes, como radiantes arco iris que volarán hasta muy lejos.

Papá llegará adonde quiere. Y cuando vea las montañas que un día abandonó y que nunca olvidó, pedirá permiso para sobrevolar las cimas de Mitacomecayo, Chalatenango y Cabañas. El eco de los arroyos y riachuelos hará coro con el viento y le recordarán que, abajo, descansando desde épocas inmemorables, está Atiquizaya, el lugar de los manantiales cristalinos, el pueblo que lo vio nacer.

Entonces, como un pipil, niño nómada de los Nahua, se divertirá flotando entre los trapiches desbordados de melaza y sobre los “filetes de agua” de los abundantes manantiales. Luego de un tiempo, con el deseo de cumplir su misión, los espíritus le dirán: *Ya es hora, tus ancestros te esperan*. Él los seguirá feliz porque, al final, podrá cumplir su sueño: volver a El Salvador, su tierra, el lugar donde deseaba regresar algún día.

Papá se va y yo me quedo aquí. Me pregunto cómo será nuestra vida sin él. Duele mucho. A pesar de entender que el indeseable huésped lo vencería, me consolaba pensando en que le faltaba un largo trecho por llegar. La familia no

será la misma sin su presencia. Estoy confundida. Aún con tanta gente alrededor, no la siento, como si el mundo se hubiera transformado en un globo lleno de tristeza y soledad, saturado de flores mustias y velas derretidas. De pronto, llegan unos leves murmullos y ya no me siento sola.

Nadie los oye, sólo yo. De inmediato lo sé: son los hecatónquiros que abandonan su silencio. ¿Cómo aparecieron por primera vez? ¿Cuándo se fueron? ¿Por qué están aquí de nuevo? Veo cómo los cálidos dedos del sol despojan al cielo de su penumbra y termino por aislarme de lo que me rodea. Detrás del velo de los recuerdos aparece una niña que oía, preguntaba y temía: esa niña era yo.

Afuera, en alguna estación de radio, los Beatles desconocen el tamaño de nuestra pena y cantan una de mis canciones favoritas. De pronto, ya no los escucho.

## **CAPÍTULO II**

### **La suave corriente del río**

La enfermedad de papá se extendió como una sábana oscura sobre el ánimo de toda la familia. El día que mamá nos dijo, a mi hermano Miguel y a mí, lo que había hablado con el médico, volvieron mis temores. El antiguo dolor de espalda que no lo dejaba en paz, se convirtió en un monstruo que amenazaba con llevárselo. Desde ese momento, un desconocido cosquilleo comenzó a lamer las paredes de mi estómago.

Mis hermanos menores aún eran pequeños para entender lo que pasaba; sin embargo, eran como esponjas que absorbían la tristeza y la preocupación de mamá. Sus juegos, llenos de risas, se transformaron en una hilera de susurros para no molestar. La casa se sumergió en un lago de silencios extraños.

Miguel le aseguró a mamá que podía contar con nuestra ayuda. No podía suponer que mi corazón temblaba de miedo y de dolor. Miedo, porque creía que en parte era mi culpa; dolor, porque quien se iba era uno de los seres que más amaba. Después, cuando mamá nos dejó solos, mi hermano me pidió que no llorara frente a ella. Necesitaba de nuestra fortaleza. Yo me sen-

tía tan indefensa como una hormiga y me preguntaba cómo evitar la fuga de las lágrimas.

Al principio, todos estábamos confundidos. No sabíamos qué decir ni qué hacer para que papá no se sintiera tan mal. Mamá no se apartaba de su lado. Por las noches, el sonido de las pisadas y el murmullo de su voz me despertaban y me hacían pensar que ella dormía poco. En las mañanas, ojerosa y deprimida, preparaba el desayuno y nos enviaba a clases.

Como termitas, el mal consumía las energías de papá. Adelgazaba, mientras todos rezábamos para que, al menos, se aliviaran sus dolores. Era tan grande el sufrimiento que, a veces, él olvidaba que era un adulto. Para mí se hizo insostenible verlo quejarse como un niño. Prefería esconderme y buscar el perdón de Dios por no saber comportarme como la hija que yo imaginaba debía ser.

Con el paso de las semanas, el deterioro progresivo de su salud evidenciaba la proximidad de la muerte. Mi hermano lo entendía, pero yo me empeñaba en negarlo. Pensar en ello me llevaba a creer que precipitaría su partida. Y mi mayor deseo era disponer de tiempo suficiente para acercarme a él, abrazarlo y tomar el valor para decirle lo que nunca pude. Pero los días pasaban insensibles y veloces. Entre inyecciones, sueros

y medicinas papá se perdía en un universo de sueños inquietos. Mamá, a su lado, se convirtió en una sombra.

La enfermera la llevó una tarde al jardín, con la intención de transmitirle un poco de serenidad. Quién sabe sobre qué cosas hablarían porque, desde entonces, aunque la tristeza de mamá era la misma, comenzó a pasar un poco más de tiempo con nosotros. Mientras papá yacía entre delirios, y los más pequeños jugaban o hacían la siesta, Miguel y yo nos sentábamos a su lado para escucharla hablar sobre su pasado.

De este modo fortalecía nuestra relación, entre recuerdos, anécdotas y el monótono tictac del reloj de pared que, sin pretenderlo, nos recordaba que el destino indolente estaba cada vez más cerca. En ocasiones, mi hermano y yo perdíamos la valentía y llorábamos. Mamá nos abrumaba de consuelos. Después, cuando corría a atender los llamados, Miguel comentaba que se sentía extraño: apenado por la agonía de papá, contento con la proximidad de mamá. Yo sentía que ella dejaba de tratarnos como niños.

La voz serena me hacía olvidar mis sentimientos de culpa. Era un bálsamo escucharla conversar sobre sus recuerdos, como si cada uno limpiara mi corazón y lo liberara, momentáneamente, de sus temores. Mientras las palabras flotaban

como delicadas flores acuáticas y encendían mis fantasías, otras horadaban pequeñas ventanas en mi memoria.

En las noches, cuando yo no podía dormir, meditaba en lo que ella nos había contado. Entre las historias que corrían como la corriente suave de un río, siempre estaban presentes el amor a su esposo y a sus hijos. En las horas oscuras, cuando el delirio y el dolor abrían sus candados y liberaban a papá, comencé a recordar los juegos y travesuras de otros tiempos que se mezclaban con los miedos de mi infancia. Fue como abrir una querida caja de música relegada, inconscientemente, al olvido. Entonces, los arpegios de aquellos días comenzaron a fluir entre una cascada de lágrimas y sonrisas...

## **CAPÍTULO III**

### **Rasgando las cuerdas del silencio**

Todos estábamos contentos. Mis abuelos venían de visita con buenas noticias. Vivían en una casa grande, lejos de la capital. Desde la ventana del apartamento, mi hermano y yo esperábamos verlos llegar en el carro verde oscuro, ese que parecía una tortuga gigante, pero más veloz. No nos visitaban con frecuencia. Cuando lo hacían, llegaban atiborrados de regalos y golosinas. Mi abuelo era el encargado de repartirlos. Nosotros revisábamos sus bolsillos, donde siempre había caramelos.

Los automóviles pasaban y ninguno era. Mi hermano, fastidiado, abandonó la ventana, tiró de mi cola de caballo y se fue a jugar. Yo me quedé porque me gustaba mirar la calle, el cielo y la luz del sol sobre las montañas. Éstas, aunque no tan grandes como las de El Ávila, eran muy bonitas. Parecían cubiertas por una alfombra, con trozos de diferentes verdes. Desde allí, temprano por las mañanas, soplaba una brisa fresca que erizaba la piel y rasgaba las cuerdas del silencio haciéndolo sonar.

Papá y mamá se miraban y no decían nada. A medida que corrían los minutos, en la sala se desataba un revuelo de nerviosismos. Creo que,

por eso, huían las palabras. Inquieta, mamá entrelazaba los dedos. Papá salía al pasillo, tomaba aire y regresaba al sillón.

Nosotros vivíamos en el tercer piso de un edificio que formaba parte de un grupo de construcciones altas y anchas, destinadas a las familias trabajadoras de escasos recursos económicos. Según papá, el gobierno buscaba eliminar con ellas la fabricación de ranchos en los cerros. Decía que, por necesidad, la gente se veía obligada a construirlos allí. Yo me preguntaba cómo serían esas casitas por dentro.

Cuando supo que él pensaba comprar ese apartamento, mamá sintió que su ilusión despertaba y desprendía de nuevo calor. Hasta entonces, ella se había resignado a aceptar lo que la suerte le brindaba. No obstante, cuando vio la posibilidad de obtener una vivienda propia, despachó sin remordimientos los lamentos que llevaba escondidos. La verdad era que no se arrepentía de haberse casado, pero suspiraba en secreto cuando veía que su mundo flotaba en un universo totalmente distinto al que había imaginado. Con el apartamento rescataba uno de sus sueños: disponer de él a su capricho. Así, decoraría a su gusto, sin necesidad de preocuparse por las visitas de un propietario exigente y fisgón, que se aparecía cuando menos se le esperaba. Y

que, para colmo, en ausencia de papá, se comportaba de manera inapropiada. Además, podría desenvolver los regalos de boda que habían permanecido guardados por falta de espacio. Papá sonreía frente a los planes de su esposa, pues, la imaginaba adornando mesitas y torturando paredes para colgar la colección de fotos familiares y pinturas campestres.

Según mamá, al principio del matrimonio, ellos abandonaron la ciudad del interior donde vivían para venirse a Caracas. Debieron alquilar una habitación en una de las pensiones ubicadas en las transversales de la Avenida San Martín. Cerca quedaba la Plaza Capuchinos, donde ella solía llevarme por las mañanas, luego de que papá saliera a trabajar. La gente entraba a misa, al toque de las campanas de la iglesia, y las palomas abandonaban los palomares para picotear en el centro de la plaza. Al verlas, yo corría detrás de ellas.

La pensión era una casa grande sin jardín. Tenía una puerta labrada y grandes ventanales protegidos por rejas de hierro forjado. Los pisos eran de mosaicos con arabescos de colores. Un estrecho zaguán conducía a la recepción. Desde allí se apreciaban los corredores que servían de sala, comedor y lugar de descanso. En el centro, un patio abría sus brazos al sol y a la lluvia. Alrededor quedaban las habitaciones y, al fondo,

la cocina, los baños y una puerta que conducía a otro patio, donde los loros, los canarios y las trinitarias convivían en armonía. Era un hospedaje luminoso y familiar. Estaba atendido por la señorita María, una mujer soltera y entrada en años. Afirmaba que los pensionistas eran como sus propios hijos. Era educada y amable, con una amplia sonrisa de magnolia. Con su voz hermosa, le cantaba a los gatos y a las flores. A todos les gustaba oírla cantar. A veces, ella me acomodaba en su regazo y me dormía con el arrullo de sus melodías.

Con mamá era especial, tal vez porque intuía las penas de esa joven recién casada que mostraba un embarazo, según su opinión, algo inoportuno. No estaban dadas las condiciones para traer hijos al mundo. Una habitación no era el ambiente propicio. Sin embargo, frente a esa realidad, la señorita María trataba de calmar la ansiedad de la futura madre que se debatía entre una inmensa alegría y el temor a una situación para la cual imaginaba no estar preparada.

Mamá temía a la reacción de papá. Cuando él lo supo, guardó un largo silencio. Nada de abrazos llenos de emoción. Era muy pronto para hacer crecer a la familia. Ya estaba hecho. No se habían preparado para detener las consecuencias del amor. Sumergido en pensamientos, causa-

ba un inmenso dolor con su mutismo. Cuando, al fin, percibió el desconcierto de su esposa, la besó y le dijo:

—Estelita, disculpa. La verdad es que estoy contento. Quizás, debimos esperar un poco más, pero... No te preocupes, ya verás que todo saldrá bien.

Nací justo a los nueve meses del casamiento, en medio de ciertas complicaciones. Opuesta a transitar por los caminos regulares para llegar a este mundo, como la mayoría de los bebés, me vi en la necesidad de aparecer a través de los umbrales de una cesárea. Papá y abuelos sonrieron, entre lágrimas, cuando el médico les informó:

—Es una niña. ¡Y pesa casi cuatro kilos!

La salud de mamá se quebrantó, por lo que debió permanecer internada quince días más para recuperarse de un alumbramiento de tales dimensiones. Allí comió como un pollito porque el parto le había quitado el deseo de comer o, simplemente, porque no le gustaba la comida del hospital maternal. Ya en la pensión, la señorita María se impuso la labor de acabar con una delgadez que se agudizaba con los días. Le preocupaba el poco apetito de la novel madre, que insistía en alimentar a la hija sólo con la leche de sus tibios pechos. Para contrarrestarlo, la señorita le servía grandes porciones de alimentos, y

trataba de hechizarla con sus deliciosos postres que, evidentemente, sólo me engordaban a mí. La presencia de la señorita María en nuestra habitación se hizo una costumbre. Mientras mamá me daba de comer, ella le contaba las venturas y desventuras de su juventud y los pesares de su soltería. A veces, la curiosidad la empujaba a averiguar. A ella le parecía extraño que una muchacha “tan joven y bonita” y, claramente, de “buena familia”, tuviera que vivir en las condiciones en que vivía. Mamá era discreta, desviaba el sentido de la conversación y le preguntaba dónde podía comprar pañales en oferta, o qué había preparado para la cena. Así pasaban las tardes.

En la pensión fuimos bien atendidos, y mis padres cultivaron algunas amistades que trataban de hacer más agradable aquella convivencia que no les permitía mayor privacidad. Con todo, imperaba la armonía. Sin embargo, por momentos se sentían intimidados con la presencia de los guardaespaldas y oficiales que trabajaban para el gobierno.

Estos hombres prestaban sus servicios a los cuerpos de seguridad de la nación, la cual era dirigida por un General del que se decía era un Dictador. Gran parte de la población no estaba a gusto con él y le temía. Su mandato, según se comentaba, estaba plagado de excesos. Y aunque estos funcionarios eran respetuosos y cor-

diales, era inevitable que algunos pensionistas se sintieran incómodos.

Después del trabajo, los funcionarios llegaban a la pensión, dejaban el paltó en el cuarto y salían en camisas con tirantes, riendo a carcajadas o hablando entre murmullos. Se sentaban en los muebles del corredor, mientras la señorita María, amable y servicial, les ofrecía una bebida refrescante antes de servirles la cena. El resto de los pensionistas ignoraba el tintineo del apetito y prefería comer después de que, aquellos, se retiraran a sus habitaciones, aunque lo hicieran a altas horas.

Papá era un hombre de carácter difícil, pero, cuando le fermentaba el buen humor, le gustaba hablar con la gente. Si eso sucedía, olvidaba la rigidez doméstica para convertirse en un hombre encantador. Ameno y locuaz, hablaba sobre cualquier tema; para todo tenía una respuesta. Por eso, no era extraño que los funcionarios lo invitaran a sus charlas de sobremesa. Mamá se retiraba usando siempre la misma excusa:

—Debo acostar a mi hija.

En la pensión vivía una joven agradable. Era espi-gada y de buena educación. La recuerdo por el olor a flores de su colonia y la dulzura de su mirada. Se llamaba Margot. Como mamá, había dejado el pueblo donde había nacido, con la ilusión de al-

canzar un mejor nivel de vida. Trabajaba en una tienda de ropa para niños. Me tomó tanto afecto que, cada vez que cobraba, me traía obsequios.

—¡Cómo haces eso, Margot! —protestaba mamá—. Ven, que te lo pago.

—Estela, por favor. Sólo es un pequeño regalo para Laurita.

## **CAPÍTULO IV**

### **Una caja de sorpresas**

La delicada red de la ternura de Margot supo cómo atrapar la confianza de papá, algo que parecía imposible frente a su carácter intransigente. Los domingos, mientras mamá hundía sus manos en las frágiles montañas de espuma del lavado, o las abrasaba bajo el vapor de la plancha, papá dormitaba o veía algún programa en la televisión. Margot, perfumada y cantarina, aprovechaba el momento y pedía permiso para llevarme a pasear.

Con sombrero y abrigo puestos, mamá me protegía del frío. Luego, nos acompañaba a la puerta, en tanto iba dictando una letanía de recomendaciones para que me conservara a salvo de cualquier incidente. Nos despedía con un beso y una mirada que manifestaba el deseo de irse con nosotras. Ellas se habían hecho más que amigas. A pesar de que tenían la misma edad, mamá actuaba como su hermana mayor. Estaban unidas por el cariño y la confianza.

A veces, mamá se daba prisa en terminar sus quehaceres. Una vez que todo estaba en su sitio, tomaba el bolso y salía a nuestro encuentro. Ya despidiéndose de papá, escuchaba las voces

de la señorita María y de Margot, que había regresado conmigo. Entonces, soltaba el bolso y salía a recibirnos, lamentando no haber podido disfrutar el paseo.

Margot, por lo general, me traía medio dormida y en brazos. En esas ocasiones, me acomodaba en la cama. Después, ella lo hacía en una silla, ronroneando como un gato. Con un manantial de palabras lozanas, procedía a contarle a papá lo que habíamos hecho:

—Caminamos por la avenida, no tan lejos. Usted sabe que Laurita se cansa rápido. Es muy pequeña todavía. La llevé a la plaza y nos comimos un helado. Quise entrar a la iglesia, pero como ya oscurecía, preferí regresar.

A medida que crecía la confianza de papá por Margot, yo pasaba mayor tiempo con ella. Los sábados, después de cerrar la tienda donde trabajaba, llegaba a la pensión y pedía permiso para llevarme de visita a casa de una compañera de trabajo. Vivía con sus padres, a dos cuadras de distancia, por lo que los míos aceptaban, sin vacilar. Cuando las visitas se extendían, despertaban preocupación. Sin embargo, al volver conmigo, sólo le decían: “La próxima vez regresa antes. Recuerda que nos gusta acostar temprano a Laura”.

Con la señorita María era otra cosa. Después de que le llegaron ciertos rumores, comenzaron a inquie-

tarle nuestras salidas. No sabía cómo comentarlo con mamá. Le daba dolor resquebrajar la muralla de cariño y de amistad, o lastimar el sensible corazón. Temía, si le contaba lo que había escuchado, perder la relación de amor maternal por un chisme, por algo que quizás no fuera cierto. Sin embargo, no podía evitar hacer un rápido comentario:

—Se están tardando mucho hoy, ¿verdad?

Cuando escuchaba hablar a mamá sobre esos días, los recuerdos llegaban a mi mente, como chispazos, trozos de películas donde yo era uno de los personajes. Me veía correr en la plaza, detrás de las palomas, o saboreando un helado, libre como una ardilla, o escondida entre los arbustos, mientras Margot, sin quitarme la vista de encima, conversaba animadamente con un señor de bigotes.

O de paseo por una calle ancha, rodeada de árboles y casas imponentes, al pie de una montaña cubierta de neblina, sobre un coche a caballo y en compañía de otros niños, todos saludando con la mano a la gente en las aceras. El aire se llenaba con las carcajadas de Margot. A su lado, el mismo señor riendo con ella. Eran los paseos en carreta por las calles boscosas de San Bernardino, una de las urbanizaciones elegantes de la ciudad.

O caminando, en un día brillante, por una larga avenida, donde los maniqués exhibían los ves-

tidos de moda. Margot, con mi mano entre la suya, y el mismo señor dándome una golosina y pidiéndome que no le contara a papá que habíamos paseado con él. Yo, entre mordisco y mordisco, le juraba que así sería.

¿Qué niño puede guardar, por siempre, un secreto? Según mamá, aquel día papá nos esperaba en la puerta, como un felino enjaulado. Su disgusto obedecía a la ola de rumores que, al fin, le había llegado. Apenas vio a Margot, conteniendo la rabia, le preguntó qué tal la habíamos pasado. Ninguno de los dos esperaba que fuera yo quien contestara. Con las palabras de quien todavía no dominaba el lenguaje, lo solté:

—Lino nos llevó a pasear y me compró caramelos. Los rumores fueron confirmados. Papá fue inflexible. No necesitaba explicaciones; al contrario, le reclamó su falta de honestidad, la traición a la confianza que él le había otorgado. ¿Por qué llevarme a sus encuentros amorosos?

—No hacemos nada malo, señor Leandro.

Si no había nada vergonzoso en ello, ¿por qué tanto secreto? Las lágrimas de Margot no lo conmovieron.

—¡Está de más decirte que, con mi hija, ya no sales! Mamá, triste e impotente, supo que perdía una buena amiga.

Margot no se dejó ver más por él. A la semana, ya no estaba en la pensión. Antes de irse, se disculpó

con mamá, asegurándole que no le había comentado lo de sus citas, no porque fuera algo pecaminoso, si no para evitar la reacción de papá. Y ella, que le fascinaba pasear conmigo, creyó que no perjudicaba a nadie con esas salidas. Esa tarde supo mamá que el novio era un oficial de la Seguridad Nacional, el cuerpo policial que pretendía eliminar la resistencia a la dictadura.

En la pensión la gente no dejaba de murmurar. Se dijo que ella había huido con él: “De los hombres que trabajaban para el gobierno, no se puede esperar nada bueno”. Nunca se supo por qué Margot ocultó aquel amor. Eso estimuló la imaginación y se inventaron miles de historias. Los menos maliciosos prefirieron opinar que la pobre muchacha había cedido al chantaje de un hombre que lo conseguía todo a fuerza de amenazas. Tal vez, se había ido con él para no terminar confinada en un oscuro calabozo como, supuestamente, les sucedía a algunas personas. Mamá rechazó todos los cuentos, aunque nunca reveló por qué. A pesar de lo sucedido, doblegaba el desencanto por la falta de confianza de su amiga, bajo la sospecha de la verdad. Sólo un sentimiento gigante e incondicional podía sobrevivir en una relación sumergida en la clandestinidad. Margot guardó su secreto. Tan sólo le expresó que se marchaba con el gran amor de

su vida, con el hombre al que todos suponían un malvado, por el hecho de ser un oficial al servicio del gobierno.

Papá contaba con la obediencia de mamá y no habló más del asunto. Esperaba que la relación entre ellas hubiera terminado. Desde entonces, empezó a comentar que había llegado el momento de mudarse. Su esposa era muy guapa y no quería que ningún hombre, por mucho que fuera un oficial de la dictadura, cometiera el atrevimiento de obligarla a escapar con él. Y aunque sólo era una pésima broma, los pensionistas prefirieron creer que éste había sido el motivo, y no el sueño de un hombre trabajador que deseaba abandonar la pensión para darle una vida mejor a su familia.

## **CAPÍTULO V**

### **El balancín de las letras**

Papá tomó la decisión de buscar un lugar mejor para vivir cuando recibió un aumento de sueldo. Era tiempo, otro hijo venía en camino. Alquiló un apartamento modesto, suficiente para la familia que iba en crecimiento. Después del almuerzo, mamá escapaba del resplandor solar, que calentaba los muebles de la sala, cerrando las cortinas y resguardándose en su habitación, donde jugaba conmigo hasta dormirnos.

En ese apartamento nacieron Miguel y Antonieta, mis hermanos. A medida que la familia crecía, el espacio se hacía más pequeño. Por mucho orden que se impusiera, llegó el momento en que las habitaciones parecían maletas a punto de reventar. Papá contó sus ahorros; eran suficientes para dar la inicial de un apartamento en los nuevos edificios que construía el estado. A las pocas semanas, le entregaron las llaves y nos mudamos.

Las nuevas familias llegaban a los modernos y altos edificios, tan emocionadas como nosotros. Además de disponer de cómodas habitaciones, podíamos disfrutar de las zonas verdes que las rodeaban, y de las tiendas, los parques y las escuelas cercanas. La extensa urbanización, que

ocupaba laderas y terraplenes, se sumergía en el sortilegio de un clima fresco y la neblina que bajaba de las montañas.

El kínder quedaba en uno de los edificios de cuatro plantas, frente al parque infantil. Todos los días, al salir de clases, mamá me esperaba, linda y sonriente, como si la alegría fuera su eterna compañera. Nadie tenía por qué enterarse de sus penas y preocupaciones.

Su matrimonio braceaba contra la corriente de la soledad. Aunque estaba a su lado, sentía a papá a una turbadora distancia. Ella la atravesaba sólo cuando él se lo permitía. Eso se transformaba en un problema porque, en ella, crecía la necesidad de confiarle los baches de su existencia. A veces, sentados frente a frente, pasaban las horas sin hablarse, escuchando las canciones nostálgicas que se desprendían del tocadiscos. Mamá se preguntaba hacia dónde viajaban los pensamientos de su esposo. En su interior bullía el desconcierto.

Cuando salía de clases y la veía esperándome, yo pasaba como un torbellino entre mis compañeros para abrazarla. Ella me daba un beso y me tomaba de la mano. Luego, caminábamos con lentitud. En la bodega hacía las compras. De vez en cuando, antes de llegar a casa, visitábamos a Mary, la vecina que vivía en el segundo piso.

Mientras se tomaban un café, Luis, el hijo de Mary, y yo nos sentábamos frente al televisor para disfrutar de Bambilandia, un programa de variedades para niños. Marionetas, bailarines y cantantes actuaban en la pantalla en blanco y negro. Al rato, mamá me llamaba y se despedía con la prisa pisándole los talones.

—Ya es tarde, debo preparar la cena.

Me gustaba el kínder. Allí aprendí a leer de nuevo, después de que olvidé cómo hacerlo. No entendía por qué los amigos de mis padres afirmaban que yo era una niña muy inteligente. Papá se henchía de orgullo, suponiendo que mi deber era demostrarlo. ¿Cómo? Leyendo antes de tiempo. Pronto tuve que deletrear todo lo que él quería: un periódico, una revista, un anuncio en la calle:

—Bo... bo... ti... ca..., botica. Ve... ve... la... la... la...

—Velásquez —me ayudaba.

—¡Ajá! Velásquez. Botica Velásquez.

—¡Qué bueno, Laura, cada día lees mejor!

Si era mejor o peor, yo no lo sabía, pero sí que las letras me asustaban. Cuando una palabra me era difícil y no podía leerla, a papá se le escapaba la paciencia. Frente a su disgusto, mamá trataba de defenderme, recordándole que yo aún era pequeña para leer. A él no le gustaba que lo contrariaran. Le respondía cualquier cosa y continuaba insistiendo. Yo quería salir corriendo. Eso

no era posible. Lo veía tan molesto, que me esforzaba un poco más. Satisfecho de mi lectura, desmenuzaba su enojo dejándome en paz, sin sospechar que, con cada palabra nueva y difícil, se extendía mi temor a leer.

Una noche, Mary invitó a mis padres a la fiesta que daba en su casa, con motivo de su cumpleaños; una reunión sencilla con pocos amigos. En principio, ellos se negaron; no nos podían dejar solos en el apartamento. Ella los convenció: “Acompáñenme un ratito, nada más”. ¿Qué podía pasar en ese ratito? Nos dejaron dormidos, confiando en que no despertáramos antes de que regresaran. ¿Cómo imaginar que una pesadilla me haría una mala jugada?

Sucedió. Como un duende travieso, la pesadilla levantó el velo de mis sueños y entró. En una habitación medio oscura, yo leía todas las palabras que papá me señalaba. Eso lo hacía feliz. De pronto, él ya no estaba y aparecía, en su lugar, una mesa donde un cuaderno abierto despertaba mi curiosidad. Me acerqué y pude observar que sus páginas se llenaban de palabras que nadie escribía, como si saltaran de un lápiz invisible. Las letras crecían y crecían, hasta que se esfumaban, como el humo. Yo las veía, totalmente, fascinada.

Todo cambió. Las letras ya no se esfumaban, sino que se revolvían como tornados que estalla-

ban en montones de chispas. Luego, por arte de magia, se iban transformando en Aes gigantes-cas. De nada valía gritar; nadie me escucharía. Las letras, como una legión de soldados, venían hacia mí. Se acercaban más y más. Desperté. Salté de la cama para buscar a mamá. Comencé a llamarla; no estaba. Con la música alta, en casa de Mary, era imposible que alguien oyera mis gritos. Quise abrir la puerta de la calle y no pude. Aunque las luces estaban encendidas, sin mis padres, todo era tenebroso. Corrí al cuarto de nuevo. Mis hermanos dormían, tan profundo, que no me sintieron. Subí a la cama de Miguel. La boca negra de la ventana soplaba y estremecía las cortinas. Ruidos extraños llegaban de todas partes. Me escondí debajo de las sábanas y cerré los ojos para no enfrentar lo desconocido. Mis padres me encontraron sumergida en una cascada de lágrimas e hipos. Cando los vi, lloré más fuerte. Mamá trató de consolarme, mientras me explicaba las razones por las cuales no debía asustarme. Era inútil. El miedo se había introducido en mi alma infantil, como una raíz que no sería fácil de arrancar. Desde entonces, no pude leer por un tiempo.



## **CAPÍTULO VI**

### **La magia de las palabras**

Me gustaban mi salón de clases, la voz de la maestra y el olor a lápices. Mi maestra se llamaba Amelia. Era bonita y cariñosa. Las ondas de su cabellera negra llegaban a sus hombros, y las faldas que lucía semejaban sombrillas abiertas. De alta estatura, usaba zapatos planos. Cuando su novio aparecía en el salón de clases, la besaba en la mejilla. Todos reíamos. Amelia nos ponía a hacer planas, revisaba las tareas y leía cuentos. Si nos portábamos bien, siempre que nuestros padres estuvieran de acuerdo, nos llevaba un día de la semana a jugar en el parque.

Yo debía quedarme, un rato más, después de clases, por el conflicto que enfrentaba con las letras. Amelia me mostraba hermosos dibujos y me leía fascinantes historias. Con paciencia, me hizo perder el miedo a la lectura. Decía que: con ella podemos viajar por el mundo de las aventuras y navegar por el mar de los conocimientos. Papá se alegró cuando comencé a leer de nuevo. Con Amelia aprendí que las palabras estaban llenas de magia. Era maravilloso abrir los libros y entender las líneas allí escritas. Entré al universo de los cuentos. Me atrajeron las enciclopedias y sus ilus-

traciones, aunque no comprendiera el significado de muchas de las palabras. Los libros se convirtieron en fieles amigos. La experiencia con papá no fue mala del todo, porque se me hizo aprender a leer más rápido que a mis compañeros.

Mamá me compraba unos lápices enormes, que olían a madera mezclada con talco perfumado. En uno de sus extremos llevaban cabecitas de geishas sonrientes, o gomas para borrar. Los lápices eran tan gruesos, que casi no podía escribir con ellos. A mí me encantaban, aunque para las tareas escolares prefería los delgados.

Al parque acudían los niños de la urbanización. Las niñas corríamos a los columpios. Los varones preferían diversiones más rudas. Se montaban en la rueda, gritando como locos. Con Luis, me subía al sube y baja. Él era más pesado que yo, por lo que me dejaba, por segundos, en las alturas. Desde allí, el parque parecía un corral de gansos revoltosos.

El parque era el sitio de reunión de las madres de la urbanización. Mientras jugábamos, ellas conversaban sin apartar la vista de nosotros. El parque era una feria de carreras, risas y gritos. Cuando aparecían las sombras del atardecer, regresábamos a casa, cansados y contentos.

Una tarde, aparecieron mamá y mis hermanos. Miguel se fue a jugar con otros niños. Yo abando-

né a mis amigas para llevar a Antonieta, mi hermana menor, a los columpios. Mamá y Amelia nos vigilaban. La silla era un péndulo que se deslizaba entre el polvo y la brisa. Antonieta emitía cortos chillidos de contento. De pronto...

A veces, suceden cosas que nadie espera. Mi hermana soltó un zapato. Se inclinó para ver dónde caía. La silla no pudo evitar que ella se soltara y diera de cabeza contra el suelo. Antonieta quedó muda y tiesa. En un segundo, mamá la alzó. Casi se desmaya cuando vio que su hija no respiraba y que, en vez de sus grandes ojos pardos, había un par de metras blancas. Amelia sabía cómo actuar en esas situaciones. Se la arrancó a mamá de los brazos y, como en un acto de magia, logró que mi hermana reaccionara. Dio unos alaridos tan agudos, que parecían una sirena de ambulancia. Fue un aprendizaje para mamá. Cada vez que Antonieta caía de cabeza y los ojos se le blanqueaban, utilizaba los trucos de mi maestra para hacerla volver en sí.



## CAPÍTULO VII

### Bajo la luz de los faroles

Como un soldado de la guardia real, mamá recorría la sala de un lado a otro. Cuidaba que todo estuviera en orden. Quería causar buena impresión. Por eso, nos pedía que jugáramos tranquilos para que no ensuciáramos la ropa. Me pregunté si mi hermano era sordo, porque siguió tirado en el suelo, armando el rompecabezas, como si nada.

Papá elegía, entre su colección de discos, la música preferida del abuelo. Estaba de buen humor, pero no dejaba de mirar el reloj. Cada vez que preguntaba a qué hora habían dicho ellos que llegarían, mamá contestaba lo mismo:

—Como a las tres.

—Pero ya son más de las tres.

—Algo debe haberlos retrasado.

Estaban impacientes. Morían por saber las buenas nuevas que ellos traían.

La dictadura había terminado unos meses antes. Papá comentaba que, desde entonces, la situación en el país no era la misma. Nuestra familia, como muchas otras, se vio afectada. Con el nuevo gobierno, muchas empresas hicieron algunos cambios y redujeron el número de empleados.

Papá trabajaba para un periódico local. Él fue uno de los que quedó sin empleo.

Según la gente, la verdad era que los cambios habían comenzado antes de la caída de la dictadura, cuando las arbitrariedades que, supuestamente, se cometían sacudieron la dignidad de los habitantes. Se decía que al dictador le gustaba imponer su voluntad, sin escuchar las voces de la población. Frente a esto, comenzó un desfile de rumores. Hombres y mujeres se unían con el fin de encontrar la forma de acabar con aquella situación. Los cuerpos de seguridad recibieron la orden de castigar a los conspiradores, que incluían hasta los que sólo expresaban su opinión en contra.

Se decía que las cárceles nunca estuvieron tan llenas. Por la ciudad se escuchaban sombrías historias de torturas. Temerosos, muchos preferían protestar dentro de la relativa seguridad de sus casas. En secreto, aumentaban los planes para cambiar las cosas a favor de un nuevo sistema de gobierno.

El Estado se esforzaba en publicar las grandes obras realizadas y los proyectos para reformar la economía del país; sin embargo, todo esto parecía perder importancia, si se levantaba el mazo del poder para silenciar las voces que pretendían enfrentarse a la cadena de despotismos. Mis padres comentaban, entre sus amigos, que eran tiempos difíciles.

En esa época, papá trabajaba horas extras que se extendían, eventualmente, hasta la madrugada. En esas oportunidades, solía ocurrírsele llevarnos a pasear. Mamá lo complacía y nos sacaba medio dormidos de la cama. Salíamos de casa, sin protestar.

Dejábamos el carro en cualquier esquina. Luego, caminábamos por las calles y avenidas que se deslizaban, misteriosamente, bajo la luz de los faroles. Cuando un policía le preguntaba que hacíamos y cómo podía ayudarnos, papá le contestaba:

—No se preocupe, oficial, sólo saqué a mi familia a pasear.

Se despedía y seguíamos caminado, hasta que los negocios abrían sus puertas. Volvíamos al apartamento después de desayunar.

Mamá lo obedecía en todo, como ella pensaba que debía hacer una buena esposa. No por eso dejaba de comentar los riesgos que corríamos en la calle a esas horas. Papá se sentía ajeno casi a cualquier peligro. Por eso, le contestaba: “A quien se mantiene apartado de la política, no le pasa nada”. Yo no entendía lo que eso podía significar y disfrutaba de las salidas, antes del amanecer, y de las deliciosas arepas rellenas que comíamos frente a la plaza.

Las cosas dejaron de ser tan simples. Los rumores, vueltos determinación, escaparon por puer-

tas y ventanas, cuando dejaron de tener miedo. Se agudizó el conflicto. El gobierno prohibía, como nunca, reuniones y actos públicos. Las cárceles, se comentaba, ya no fueron suficientes. Aumentó el número de liceos cerrados, de estudiantes y presos políticos desaparecidos.

El descontento, que rugía como un río furioso, se enfrentó a las fuerzas del gobierno. En la calle se oían pasos, gritos y disparos. Todos se resguardaban como mejor podía, hasta que el General perdió el control y huyó en un avión, rumbo al exterior. La multitud, como un enjambre de polillas, salió a las calles a celebrar el inicio de una nueva etapa para el país.

Yo era una niña. No tenía edad para analizar, ni comprender, las causas y las consecuencias de los sucesos de entonces. Sin embargo, algunos eventos quedaron grabados en mi memoria: la alegría y el colorido del carnaval, con sus carrozas y disfraces, por las avenidas principales de la ciudad; la fila de mujeres y niños, frente a las escuelas, a la espera de los hermosos juguetes que el gobierno obsequiaba en Navidad; los colchones contra las ventanas de las habitaciones del apartamento, con el propósito de amortiguar el impulso de las balas y el ruido de los alaridos callejeros...

A las pocas semanas de instaurarse la nueva Presidencia, papá llegó a casa con la noticia:

—Me despidieron, Estela.

—¿Por qué, Leandro?

—Ve tú a saber. Son los nuevos tiempos... No te preocupes. Ya encontraré otro empleo.

Desde entonces, salía temprano y regresaba al anochecer, con el cuerpo agotado y el espíritu decaído. Mamá lo esperaba con una sonrisa que trataba de ocultar su incertidumbre:

—Mañana será mejor.

Los días pasaban, las facturas crecían y el bodeguero amenazaba con suspendernos el crédito.

—¡Esta situación me desespera! —exclamaba papá y se ponía de mal humor. Sin el bastón de las influencias, le era difícil encontrar empleo.



## CAPÍTULO VIII

### No preguntes... O te lleva el Coco

Mi curiosidad comenzó cuando menos convenía. Como dos submarinos, mis padres se sumergieron en el mar de las preocupaciones. Yo no hacía más que preguntar y preguntar: “¿Dónde vive Dios?” “¿De dónde vienen los niños?” “¿Por qué la tierra es redonda?” Con tantas cosas en qué pensar, mamá terminaba por exasperarse:

—Laura, a los niños que preguntan mucho se los lleva el Coco.

¿El Coco? Nadie me decía qué o cómo era, por lo que me dio por imaginar que era una especie de monstruo, parecido a los que veía por televisión, en las series de películas donde los humanos se enfrentaban a los misterios del más allá, a extraterrestres y a insectos horripilantes. Por eso, el Coco era una especie de bicho asqueroso, un gorgojo gigantesco que solo existía para atrapar niños preguntones. A Luis también lo amenazaban con lo mismo. Asustado, como yo, pensaba que no podía existir uno sólo. ¡Había tantos niños preguntones en el mundo! Eso me producía escalofríos. Lo buscábamos detrás de las puertas, debajo de la cama y dentro del escaparate. Eso sí, siempre con la luz del día. Cuando yo estaba sola,

ni se me pasaba por la mente hacerlo. Luis y yo nos preguntábamos de qué manera nos defenderíamos, si el Coco nos atrapaba.

Persistían las preguntas en mi cabeza. Si mi mamá no estaba, me llenaba de valor e interrumpía la lectura de papá para que me las respondiera. Él me observaba un momento, antes de decir:

—Espera a que llegue tu mamá.

No me quedaba más que irme con la duda. O no sabía la respuesta, o era más importante lo que estaba leyendo. Él seguía concentrado en el periódico y yo me resignaba a volver a escuchar: A los niños que preguntan mucho...

Abatido por la tormenta del desempleo, papá se aislaba cada vez más. Ya en casa, comía poco y se encerraba en su habitación, como si quisiera protegerse de las preocupaciones en el silencio de los pensamientos. Sólo cuando me veía trabajando en las tareas escolares, hacía a un lado las angustias y me ayudaba.

Yo sentía cómo regresaba mi miedo a las palabras. Papá ponía su mano en mi cabeza y me tranquilizaba. Bajo su supervisión, las tareas eran mejores. En esos momentos, él no era ese hombre lejano, al que únicamente había que respetar y obedecer.

Según mamá, a él le era muy difícil demostrar amor. Las muestras de cariño eran signos de de-

bilidad. Opinaba que una excelente educación sólo era posible con la dirección de un carácter firme. Permitir que esta se le escapara de las manos por “sensiblerías”, era algo a lo que papá no estaba dispuesto.

Para mí, sus besos y abrazos formaban parte de la Navidad, o de los cumpleaños. Cuando me besaba, sentía que su seriedad se desvanecía entre los pétalos gruesos de su sonrisa. Lo mismo sucedía cuando me presentaba a sus compañeros de trabajo:

—¡Esta es mi hija!

Me daba un fuerte abrazo, pero yo, sin la costumbre a sus muestras de cariño, me sentía confundida y me ruborizaba. ¿Cómo entender que esa era su manera de demostrar su orgullo y amor hacia mí?

—Es tímida tu hija, ¿verdad?

—Sí, un poco.

Ya libre de la presión del abrazo, me sentaba en un lugar apartado, sin saber qué hacer.



## CAPÍTULO IX

### Entre cielo y volcanes

—¿Quiénes viven en el cielo, mamá?

—Dios y los ángeles.

—¿Dónde termina el cielo, mamá?

—Lejos, lejos.

—¿De qué tamaño es el cielo, mamá?

—El cielo es muy grande... ¡Laura, estoy ocupada! Si sigues preguntando así, el Coco te va a llevar, ya te lo he dicho.

Yo no podía dejar de preguntar, ni el Coco de asustarme. Quería saber tantas cosas... En las noches, si me invadía el miedo, abandonaba mi cama y subía a la de Miguel. También era un niño, y menor que yo, pero, a su lado, me sentía protegida.

En las mañanas, ya sin los miedos nocturnos, me asomaba a la ventana, descubría figuras en las nubes o buscaba el final del cielo. Nunca lo encontré porque siempre se escondía detrás de los cerros.

¿Cómo será el cielo? —me preguntaba— ¿Esponjoso, como el algodón de azúcar, o delgado, como una pompa de jabón? ¿Será como la tela de las batas de mamá, o como la cáscara de los huevos? Tal vez un pájaro pueda romperlo con el pico... ¿Y si caen al suelo las cosas que están del otro lado?

La situación en casa no mejoraba. Papá roía las suelas de sus zapatos de tanto caminar, sin conseguir empleo. Llegaba directo a la cama. Desde la puerta, yo veía que mamá le hablaba. Él no la oía, como si se enfrascara en buscar soluciones en el techo. Cuando ya no pudo más, le prestó atención y aceptó pedir ayuda a sus suegros, aunque le lastimara el orgullo porque, con eso, les demostraría que había sido incapaz de cumplir con la promesa hecha el día en que la pidió en matrimonio.

Antes de la boda, les había prometido que trabajaría, en todo lo que fuera necesario, para darle la vida confortable a la que ella estaba acostumbrada. Si había dejado atrás familiares y amigos, fue con el propósito de aprovechar las oportunidades que ofrecía este país a los hombres de bien. Esperaba, en poco tiempo, demostrar, a ellos y a sí mismo, que estaba capacitado para alcanzar las metas que se propusiera. Ahora, que no era posible, sufría por tener que acudir a quienes menos hubiera deseado. Pedir ayuda a los padres de su esposa era como aceptar el principio de la derrota.

Papá era inmigrante. Muchos centroamericanos, como otros residentes de distintas partes del mundo, ponían sus esperanzas en tierras extranjeras para escapar de la pobreza. Llegaban

con las valijas abarrotadas de entusiasmo. Sin pérdida de tiempo, sembraban ilusiones, con la confianza de cosechar sueños cumplidos. Él era uno de ellos.

El día en que se convenció de que debía probar suerte en otra parte, comenzó a hacer las maletas. Se despidió de su triste vida, jurando volver cuando el destino le sonriera. Dejó atrás las hermosas cordilleras salvadoreñas, pero se trajo, debajo de la piel de sus esperanzas, uno de los volcanes dormidos que abundaban en aquellos lares.

Desde entonces, había trabajado con ahínco, formado una familia y comprado un apartamento. Sentía satisfacción frente a los progresos obtenidos, aunque no dejaba de perseguir nuevos sueños. Quería alejar a sus hijos de las privaciones que él había soportado. Su lema: Cada día debe ser mejor que el anterior. Ahora la suerte lo abandonaba. Escribió una carta al suegro donde le exponía la delicada situación que atravesaba. A los días, recibió un telegrama:

Llegamos el viernes punto Proyecto favorable  
punto Tranquilos punto

La bendición para todos punto

Cuando lo terminaron de leer, mis padres respiraron profundo. El telegrama mencionaba un proyecto. De qué trataba, no tenía importancia. Abuelo era un hombre sensato y de relaciones apropiadas.

Papá podía contar con un buen empleo. La posibilidad de volver a trabajar alivió los ataques de angustia, para tranquilidad de toda la familia.

## CAPÍTULO X

### Los regalos de los abuelos

Llegaron cansados y sonrientes, después de dejar las maletas en El Conde, un hotel ubicado en el centro de la ciudad. Abuelo se quitó el sombrero y se tiró en un sillón. Abuela, como de costumbre, dejó correr la mirada por las paredes, los muebles y las cortinas. Después, por nuestros cabellos, vestidos y zapatos. Satisfecha con lo que veía, comentó:

—Estelita, el apartamento está muy bonito. ¡Y mis nietos más! Luego de la bendición, nos dio un beso. Mamá suspiró aliviada.

Los regalos estaban sobre la mesa del comedor. A todos nos salía la curiosidad por los ojos y por los dedos, que estaban ansiosos por romper lazos y envolturas. Nos moríamos por ver que nos habían traído, pero debimos esperar a que nos dieron la orden.

Antonieta recibió una muñeca de ojos azules. Miguel, un camión volteo. Y yo, una cocina de metal, con un pollo de goma que giraba dentro del horno. Abuelo abrió una caja de bombones. Mientras ellos hablaban, nosotros los devorábamos.

A mis abuelos no les había complacido el noviazgo de la mayor de sus hijas. Lo que menos

esperaban era que ella pretendiera casarse con un extranjero de dudosa procedencia y sin bienes de fortuna. Se figuraban, además, que era un hombre sin educación. Si su hija Estela cometía la locura de casarse con “ese señor”, se les troncharían los planes de unir sus apellidos con los de sus mejores amigos. Barquisimeto, la ciudad donde vivían, flotaba en la tranquilidad de un remanso cálido y provinciano. Estaba sumergida en un pozo de tradiciones familiares. No entendían por qué razón su hija, fina y delicada, estudiante de los mejores colegios, desdeñaba a los excelentes jóvenes que la pretendían, para entregar sus sentimientos al desconocido que se había atrevido a mandarle cartitas.

Todo se descubrió cuando una de esas cartas saltó del bolsillo del uniforme de la criada, después de que ya hubiera entregado a la destinataria más de una docena. Las palabras románticas escritas se habían ganado los sentimientos de mamá. Cuando abuelo lo supo, el volumen de los gritos fue tan elevado que casi pudo oírse por toda la ciudad. Para su desdicha, ya el amor se había estampado, como un sello de fuego, en el corazón de su hija.

Abuelos, pensando que aún podían ganar la partida, no dudaron en acudir a los más allegados a su círculo social, con la idea de que la hicieran

entrar en razón. De nada sirvieron las palabras del cura de la iglesia, de las hermanas de la Legión de María, de los profesores y amigos que le aconsejaron que se olvidara de alguien que no tenía que ver con su posición y costumbres.

Papá, sin proponérselo, o tal vez sí, se les había adelantado con sus poemas, sus notas de amor infinito y las largas esperas a la entrada del instituto donde ella estudiaba. Guapo y bien vestido, había aprovechado las horas de almuerzo para escapar del trabajo y esperarla a la salida de clases. Debía conformarse con verla pasar. Ella lo saludaba, disimuladamente, en tanto que sus compañeras secreteaban y reían.

Cuando se descubrió el romance entre los dos, a mamá casi se le escapa el alma del susto, pero después respiró con alivio porque ya no tendría que seguir ocultándolo. Y cuando abuelo aceptó las visitas, ella comentó con sus amigas que fue lo mejor que pudo haber pasado. Mientras la gente recelaba del noviazgo con el extranjero que se había ganado el corazón de la muchacha más seria y bonita de la zona, mis abuelos no hacían más que pasar horas hablando con él para descubrir, entre tanta conversación, su modo de pensar y sus cualidades.

En poco tiempo se fijó la fecha del matrimonio. Abuelo, preocupado por la brecha entre las co-

modidades a las que estaba acostumbrada su hija y la situación económica de su no muy aceptado futuro yerno, insistió en que, después de la boda, se quedaran a vivir con ellos. Al futuro yerno no le gustó la idea. En la capital había un mundo de oportunidades. Tanto era así, que contaba con la oferta de un empleo que le permitiría mantener a la esposa y a los hijos que tuviera con ella.

Convencido de que nada haría cambiar los planes de los enamorados, abuelo insistió, entonces, en una ceremonia de acuerdo a su nivel social. El sueño era llevar a su hija al atar, sumergida entre oleadas de tul y blancas ilusiones. Para tal ocasión, el vestido sería encargado a la casa de novias más prestigiosa de Caracas. Mientras él hablaba, abuela escribía mentalmente la lista de los invitados. El matrimonio representaba el acontecimiento social del año. Papá interrumpió el entusiasmo de su suegro para comunicarles un pequeño detalle:

—Soy divorciado.

## **CAPÍTULO XI**

### **Una boda sin campanas**

Él había contraído matrimonio, pero terminó antes de venir a Venezuela. Los documentos así lo demostraban. Y aunque aseguró que no se había casado por la iglesia, el Padre Ángel, confesor y guía espiritual de la familia, exigió un certificado que diera fe a sus palabras. De otra forma era imposible que se celebrara la ceremonia eclesiástica. La noticia voló entre las familias barquisimetanas, que no pararon de murmurar: De un hombre venido de “quién sabe dónde”, se podía esperar “cualquier cosa”.

Tal vez, los documentos eran falsos. Don Miguel María debía apartar su ingenuidad y poner carácter; acabar inmediatamente con ese noviazgo. Pero Don Miguel María, conocedor de la calidad humana, no prestaba atención a los chismes. Prefirió darle un plazo prudencial al pretendiente de su amada hija:

—Si quieres que se realice la boda, resuelve este problema, lo más pronto posible.

Comenzaron las cartas a las instituciones salvadoreñas y las visitas al consulado donde debía llegar la respuesta. En medio de ese revuelo, mamá era asediada por los nervios. Abuelo hubiera pre-

ferido que ella desistiera del compromiso. Sin embargo, no podía desechar el esfuerzo de aquel hombre para demostrar que decía la verdad.

A medida que pasaban los meses, las visitas comenzaron a volverse incómodas, como si una corriente de vergüenza, por un lado, y de intranquilidad, por la otra, arrastrara la naturalidad de las conversaciones. Sólo el honor hacía que papá saltara los obstáculos de la seriedad y la impaciencia de los padres de su novia. Cuando ellos estaban a punto de decir que no esperaban más y que disolvían el compromiso, llegó el sobre.

Aunque el oficio confirmaba que papá había cumplido con el proceso de separación establecido por las leyes salvadoreñas y, en la actualidad, era un ciudadano divorciado, no satisfacía el otro punto. Las oficinas que podían corroborar que él no había contraído nupcias por la iglesia, se habían quemado.

Con esta información, los sueños de abuelo también se chamuscaban. Su deber de padre le exigió convencer a la hija de acabar con tan embarazoso noviazgo o, al menos, de esperar un tiempo, hasta que tuviera la certeza de no dar un mal paso. Ella respondía, entre promesas y llantos, que estaba segura de que su novio era un hombre noble, y que sería la mujer más desgraciada del mundo si no la dejaban casarse con él. Los preparativos comenzaron.

Si permitir que su hija no uniera su destino a uno de los jóvenes de su círculo social le causaba pesar, mayor fue la frustración cuando ella le comunicó que no pensaba culminar los estudios. Abuelo los aconsejó. Una profesión podía contribuir con los gastos de la familia. El argumento tropezó con la decisión inquebrantable de papá. Una esposa debía permanecer en casa, encargándose del hogar y de los hijos. Nada más. Las reuniones en la iglesia fueron inútiles. El poder persuasivo de mi abuelo no pudo cambiar la posición del Padre Ángel. En vista de ello, mamá le escribió a la exesposa de papá quien, con generosidad, confirmó lo que aseguraba él. Para el Padre católico, apostólico y romano, esta respuesta carecía de validez. En la intimidad del confesionario, mamá le rogó que bendijera la boda. No recibió la respuesta que esperaba: —Si insistes en casarte con él, se te negará el derecho a comulgar. Según las leyes divinas, una mujer unida a un divorciado tiene las puertas de la iglesia cerradas. Ve con Dios y piénsalo mejor. Por su lado, abuela suspiraba tristemente cuando asistía a las pruebas con la modista. Del vestido largo y vaporoso, tendría que conformarse con ver a su hija con un traje de dos piezas y una corona discreta. Y aunque mamá daba vueltas con ellos puestos frente al espejo, este devolvía el ros-

tro con una mirada que contradecía lo que intentaba demostrar la sonrisa. Como sus padres, ella también había soñado con otro tipo de boda.

—¿Será que tu amor merece esto? —le preguntó abuela.

Mamá no respondió. “El amor merece cualquier sacrificio”, pensó. Tenía que evitar que las circunstancias empañaran el momento más importante de su vida. Nada le hizo presentir lo que pasaría. Las invitaciones se repartieron dos meses antes. Faltando una semana, comenzaron a llegar los regalos; con ellos, una nota de disculpa por no poder asistir. De pronto, las amistades se veían invadidas por inesperados compromisos.

Con los profesores y las compañeras de clases pasó lo mismo. La fama de excelente estudiante, la dedicación a los estudios y los lazos de compañerismo se esfumaron. Ya no era importante el hecho de que mamá hubiera sido una de las alumnas más aventajadas, ni la más solidaria al compartir sus conocimientos. Nadie quiso entender que sus sentimientos no eran el fruto de un espejismo, ni que su relación no estaba plagada de pecados. No les interesaba escuchar que, con la diferencia de haber nacido otro país, papá era un hombre como los demás. La mayoría rechazó la invitación.

Llegó el día y se celebró la boda con pocos invitados, sin azahares y sin campanas. A esa socie-

dad conservadora le costaba aceptar que alguien de su círculo social se casara con un extraño, notoriamente sin bienes de fortuna y sin la bendición de la iglesia. Si mamá se sintió herida, no lo demostró. Erguida, con el rostro en alto y estampando su firma clara y redonda en el libro, aceptó compartir el resto de su vida con papá.

—¡Algún día les mostraré a todos mi felicidad!

—exclamó, en silencio.



## **CAPÍTULO XII**

### **La piel del corazón**

Mamá decía que la piel del corazón era muy sensible. Cuando papá le comentó que el rechazo de los amigos y los familiares le había lastimado profundamente, trató de que él no le diera importancia. Al fin y al cabo, estaban felices y no debían permitir que la intolerancia perturbara el comienzo de su nueva vida. Sin embargo, ella presentía que lo sucedido agujereaba, de forma irreparable, el corazón varonil; no pudo evitar que lo invadieran las primeras pinceladas de resentimiento.

La decisión de vivir en Caracas le pareció a él lo más acertado que había hecho, hasta ese momento. Tratar a quienes lo habían juzgado de antemano, sin darle la oportunidad de demostrarles quién era en realidad, habría sido poco menos que insoportable. El roble de su temperamento le impedía hacer uso de la hipocresía. Y él no quería abochornar a los suegros con una actitud de desdén frente a quienes habían osado ofenderlo. Porque, en definitiva, opinaba que todo no había sido más que un intento indigno de humillarlo.

La cordialidad y la fraternidad que había recibido durante los primeros tiempos de estadía en este país, se veían ahora opacadas por una afren-

ta que no podía entender ni consentir. Si la piel de su corazón era sensible, la de su orgullo era una malla de acero. ¿Por qué aceptar aquel desprecio? Él no lo merecía, su esposa menos.

Recordaba la solidaridad de las personas que le habían hecho menos difícil sus primeros días que, sin interés, le habían abierto las puertas de sus casas. Esa generosidad le había llevado a pensar que aquí existía una brecha menor entre las distintas clases sociales que allá, el país de dónde venía. Ahora comprobaba que las relaciones humanas, en cualquier parte del mundo, eran las mismas y no tenían nada de sencillas.

A partir de esos acontecimientos, el carácter de papá comenzó a sufrir una metamorfosis. En el transcurso del tiempo, él iba abandonando la esencia romántica que tanto la había cautivado. Se sumergió en un estado de reserva, que nada tenía que ver con la actitud de los héroes de las novelas que ella había leído en la tranquilidad de su habitación, ni con el romanticismo de las películas cinematográficas que había visto. Eso le hizo preguntarse, más de una vez, si no había cometido un error al casarse con él.

Otros jóvenes la cortejaron. Profesionales de buena posición económica, le ofrecieron una vida confortable y maravillosa. No obstante, estaba convencida de que su timidez le hubiera

impedido lidiar con los compromisos naturales de aquel estatus social. Le parecía imposible adaptarse a ese mundo. Nunca pudo explicarse de donde surgían sus complejos.

En cambio, durante el noviazgo con papá, se convenció de que la vida con él sería cómoda y sencilla. Era bastantes años mayor que ella. Esto le hacía imaginar que viviría en un oasis de amor y comprensión. Su esposo la mimaría como a una niña. No esperaba otra cosa. El delgado bigote, las gabardinas y el timbre grave de su voz, le recordaban el comportamiento romántico de los ídolos del cine. Papá era su Arturo de Córdova, el famoso actor mexicano que hacía suspirar a las mujeres de la época.

Las cosas resultaron diferentes. Al poco tiempo, ya nada era igual. El romanticismo se alejaba a grandes pasos. Aunque no podía negar que su esposo era un hombre trabajador y responsable. Al atardecer, sentados a la sombra de los árboles de la plaza o en la intimidad de la habitación, mamá pasaba horas escuchando los planes que él tenía para darle todo lo que ella necesitara. Papá no percibía que más importante que eso, eran las manifestaciones de cariño. No obstante, entre sus tristezas y frente a la sequedad, ella se ilusionaba con la idea de que algún día él pudiera olvidar la afrenta y volver a ser el hombre afable y tierno que había conocido.

No era fácil porque lo apresaba un recelo que lo cubría con un manto de desconfianza. Impotente, ella notaba como se hundía en una madeja de re-traimientos, donde pocas veces se le permitía incursionar. Lo único que le daba cierta paz era que percibía, en medio de esos conflictos, su amor. Un amor extraño al que tuvo que adaptarse.

Esa situación no podía pasar desapercibida. Aunque mamá les aseguraba que no tenían por qué, mis abuelos estaban preocupados.

—Cuando quieras, puedes regresar. Cuenta con nosotros. Ésta siempre será tu casa.

Mamá sabía que el divorcio era inaceptable para ellos. Pero, mucho más, una vida infeliz. Por eso, le ofrecían su apoyo. Pensando que esta conversación lo haría reflexionar, se lo contó a papá. Aunque, en apariencias, no lastimó la relación entre el yerno y los suegros, sí fomentó el crecimiento de la amargura.

Como un buen detective, abuelo no perdía oportunidad de estar al tanto de la situación en que se encontraba su hija; de ir tras la pista de los progresos económicos del yerno. Cuando comprobó que ella no daría marcha atrás con el matrimonio y que él se esforzaba por darle una aceptable vida, apartó la preocupación. Desde entonces, se le oía comentar:

—Leandro es un buen hombre.

Por eso, cuando recibió la carta, no dudó en ir a su auxilio.

—Entonces, Don Miguel María, ¿qué buenas noticias trae? —preguntó papá, haciendo a un lado el orgullo.

—Bueno, tú sabes que las cosas no andan muy bien en estas épocas —respondió abuelo—. He hecho algunos contactos, aquí y allá, sin ningún resultado. Sin embargo... ¿Recuerdas a Don Clemente, aquel amigo mío que tiene un negocio por la catorce, un poco más abajo del mercado?

—Sí, por supuesto, el de la venta de pollos.

—Exacto. Le hablé de ti y de tu apremio. Me comentó que andaba buscando un socio.

—¿Un socio? ¿Para qué?

—Para el comercio avícola.

—Disculpe, Don Miguel, ¿qué sé yo de eso? ¿Está usted pensando en que nos mudemos a Barquisimeto?

—¡Exacto! No creo que sea un problema. Ya he visto algunas casas. Hay una lo suficientemente grande. Podrás vivir con tu familia y, en el patio, construir los gallineros. La casa tiene un buen precio. Quiero que la veas. Chico, tú eres un hombre trabajador. Seguro que te irá bien. Piénsalo y me das la respuesta antes de que me vaya.

Ese fin de semana el abuelo no habló más sobre el asunto. La sonrisa de mamá era una flor abier-

ta. No recuerdo haberla visto más feliz. Cuando le pregunté por qué, me respondió que papá iba a trabajar de nuevo y que a ella le encantaba la idea de vivir cerca de sus padres.

Mientras mis abuelos buscaban qué hacer durante su estadía en Caracas, papá conversaba en el cuarto con mamá. No era fácil tomar esa decisión. Tendría que dejar todo atrás y volver a empezar. Al final, cuando entendió que, por los momentos, no había otra opción, se entusiasmó y comenzó a hacer planes.

## CAPÍTULO XIII

### Paseos inolvidables

Además de caramelos, los bolsillos del abuelo desbordaban generosidad. Le gustaban los paseos y comer en buenos restaurantes, comprar libros y discos, invitar a familiares y amigos y hacer regalos.

—El dinero es para gastarse —decía.

Abuela no ponía objeción porque admiraba la naturaleza desprendida de su esposo:

—Si a Miguel María eso lo hace feliz...

Ambos se trataban dentro de un círculo de profundo respeto.

Las visitas de los abuelos eran fabulosas. Nos encantaba que nos llevaran de paseo y que nos regalaran juguetes. Con ellos en casa, todo era felicidad. Ahora mucho más. La ilusión iluminaba las miradas de mis padres.

Con ellos fuimos a El Junquito, un lugar de recreación, en las afueras de la ciudad, donde la neblina y el frío cubrían el camino, y las hortensias daban la bienvenida. Almorzamos al aire libre y sobre la hierba húmeda. Acompañamos la comida con galletas, fresas y duraznos. Mis hermanos y yo montamos a caballo, bajo la supervisión y guía de los mozos.

Otra, abuelo quiso ver el mar. Bajamos a La Guaira, la zona portuaria con playas de arenas finas. Desde la autopista, los buques mercantes parecían barcos de juguetes. Nos detuvimos en un mirador. Vimos cómo se deslizaban los aviones por la pista del aeropuerto para levantar el vuelo hacia rumbos desconocidos. Luego, continuamos el viaje hasta el Balneario Los Caracas, una hermosa ciudad vacacional que descansaba entre almendrones y cocoteros.

Esa vez, nos acompañaron tío Vicente y tía Natalia. Mientras mis padres y mis abuelos descansaban sobre las sillas playeras y tomaban agua de coco, nosotros saltábamos entre la suavidad de las olas y el murmullo del mar. Casi llegamos a punto de insolación, pero... ¡Cómo nos divertimos!

Abuelo se resistía a esperar la respuesta de papá, descansando como una morsa, en la habitación del hotel. Así que nos invitó a El Ávila, el conjunto de montañas que custodiaban la ciudad. Muy temprano llegamos a la Estación de El Teleférico, en Maripérez. Desde el funicular en ascenso, se podía apreciar el ancho valle que quedaba atrás, con sus edificios, casas y bosquesillos.

El paseo era la mayor atracción del momento. Todos querían conocer el Hotel Humboldt, el edificio circular, construido en la cima, que podía ser visto desde cualquier punto de la ciudad.

Mi familia no era la excepción. Quedó impactada. Fuera del hotel, los suéteres luchaban contra el frío, y la neblina no permitía ver más allá de unos pasos. Cuando la luz del sol atravesaba la niebla, los jardines resplandecían como exquisitos tapices de colores. Sin importar el frío, caminamos por las veredas, entre el rumor del viento y el sabor de las manzanas acarameladas. Regresamos al atardecer. Arriba, el Humboldt, como un mudo guardián, vigilaba las costas del Mar Caribe y las urbanizaciones de una Caracas que no dejaba de crecer. La ciudad se extendía bajo el manto creciente de la noche.

El lunes desayunamos en silencio. Abuela le hacía señas a mamá, quien sólo alzaba los hombros. Papá permanecía hundido en sus pensamientos, con la vista puesta en la taza de café. Yo, intrigada, los miraba a todos. Abuelo se levantó de la mesa:

—¿Entonces, Leandro, dime qué decides?

Papá se asomó a la ventana. Aunque entusiasmado, le costaba dar el paso. Luego de unos instantes, dio la vuelta y respondió:

—Está bien, Don Miguel. Probaremos suerte.



## CAPÍTULO XIV

### El silbido de los fantasmas

Papá se fue con ellos. A los pocos días, regresó. Le gustó la casa; el negocio le pareció atractivo. ¿Cuán difícil podía ser criar y vender pollos? Se inició un gran movimiento en el apartamento. Aunque aún no finalizaba el año escolar, mamá comenzó a empacar. Bultos y maletas se acumulaban por todas partes. Eran tantos los juguetes, que mamá decidió que sólo lleváramos los que más nos gustaban. Para nosotros, todos.

—Los que se queden, los regalaremos a otros niños —. Aceptamos.

Los vecinos nos deseaban buena suerte. Papá ponía a la orden la nueva casa.

—¿Nos mudamos a Barmisiteto, mamá? —le preguntó Miguel

—A Barmisiteto no, tonto —contesté—, Bar si qui me to.

—No, tampoco es así —corrigió mamá—, es Barquisimeto.

—Bar qui si me to -repetimos.

—¿Cómo es la casa, mamá?

—Su papá dice que es grande y muy bonita. Estoy segura de que les va a encantar.

Ella y yo nos despedimos de Amelia, mi maestra, quien me abrazó muy fuerte. Aspiré su olor a agua de rosas; no quería que me soltara. Mamá le agradeció todo lo que había hecho por mí, y yo le dije que no quería dejar el kínder, a mis amigos, mucho menos, a ella. Amelia acarició mis cabellos y dijo que, de todas formas, ya no me daría clases porque era el momento de asistir a la escuela. Sí, yo lo entendía, pero si no me mudaba, podría visitarla cuando quisiera.

Después, fuimos a casa de Mary. Mamá y ella lloraron. Se habían convertido en buenas amigas y les apenaba tener que separarse. Luis estuvo a mi lado todo el tiempo que duró la visita. No dijo nada. Yo tampoco. Cuando salimos, mamá me tomó de una mano y, con la otra, les dije adiós.

Miguel y yo nos entusiasmos con la mudanza, la nueva escuela y los nuevos amigos. También, con la idea de vivir cerca de los abuelos. Eso significaba dulces y juguetes. Al menos, eso creímos. Antonieta miraba todo con curiosidad. Tal vez, no entendía lo que pasaba.

Llegó el día. Con el arsenal de paquetes, ansioso por partir, me senté en el suelo con mis hermanos a esperar el camión de la mudanza.

Tanto tardaba, que nos fuimos a las habitaciones. Sin cortinas, ni cuadros, parecía que se les había apagado el alma. El silbido del viento que

entraba por la ventana, no sé por qué, me hizo recordar mi pesadilla con las letras. Sentí escalofríos. Se lo conté a Miguel. Dijo que las pesadillas eran sólo sueños. En cambio, los fantasmas no. Por lo tanto, el silbido no era del viento, sino de ellos que nos rodeaban. Aunque no los viéramos. Corrimos a la sala.

Para no atravesar la carretera bajo el sol ardiente, salimos al atardecer. A través de la ventanilla, observé cómo se iban quedando atrás las calles, la gente, los edificios y las montañas que tanto me gustaban. Nos mudábamos a un mundo nuevo, desconocido. Yo no olvidaba lo que me había dicho mi hermano en el cuarto vacío. Cuando sentí que una sombra se deslizaba dentro del auto, me pregunté:

¿Será un fantasma que viene con nosotros?

Nadie parecía darse cuenta. Papá silbaba y mamá reprendía a Miguel y a Antonieta, que se peleaban por un juguete. Salté sobre ellos para sentarme en el asiento delantero.



## **CAPÍTULO XV**

### **Los monstruos de Ma'Celina**

A mi hermano y a mí nos asustaban los ruidos extraños y la oscuridad. Por las noches, los monstruos y los fantasmas salían para asustar a los niños traviesos y desobedientes. Nosotros no lo éramos tanto; sin embargo, nos aterraba la idea de que se nos aparecieran. Mi hermano no iba al baño si la luz no estaba encendida. Tenía una razón: había visto en el espejo el rostro de una anciana con la cabeza cubierta por un paño negro. Cuando Ma'Celina lo escuchó, dijo saber quién era.

Ma'Celina era nuestra bisabuela. Desde que murió su esposo, había decidido vivir con su hijo, mi abuelo, y su familia. En vacaciones, nos recibía con su aroma de colonia francesa y con los brazos abiertos, dispuesta a jugar y a contarnos historias. Se acomodaba en la mecedora; mientras nosotros nos sentábamos a su lado. Bajo el sortilegio de sus palabras, el resto del mundo desaparecía.

Con ella viajábamos a reinos encantados. Hadas, magos y príncipes luchaban contra las maldades de las brujas y de los hechiceros. A la hora de dormir, con la habitación sumergida en las sombras, nos envolvía el miedo. Y no era extra-

ño que, de vez en cuando, tuviéramos pesadillas. Si en la madrugada nos despertaba algún ruido, metíamos la cabeza debajo de la almohada, deseando poder quedarnos dormidos de nuevo.

La primera vez que ella pronunció la palabra “hecatónquiros”, le preguntamos:

—¿Heca quéeee...?

—Hecatónquiros, niños.

—¿Qué es eso? —volvimos a preguntar, ente carcajadas. La pronunciación nos parecía graciosa.

—Ya les voy a contar.

Así fue que llegaron los hecatónquiros a nuestras vidas, viajando sobre el plumaje de una fantástica historia. Según ella, una vez existió un niño desobediente y burlón. No respetaba a nadie. Los padres trataron de corregirlo, sin ningún resultado. Por eso, los hecatónquiros se lo llevaron, como ya habían hecho antes con otros niños tan maleducados como él. Al final, como si fuera un banquete, se lo comieron.

—Ajá —dijo Miguel—, pero no nos has dicho qué cosa son.

—Paciencia, muchachito.

Con una voz misteriosa, dijo que ellos venían de las profundidades de la mitología griega. Después de explicarnos que la mitología era un conjunto de relatos sobre los dioses de la antigüedad, continuó. Según los griegos, en el principio

de los tiempos, cuando el mundo no era lo que es hoy y antes de que existiera cualquier tipo de vida, el universo era un pozo infinitamente oscuro, donde el caos todo lo confundía. *Si no se ve nada—pensé—, todo tiene que ser un enredo.*

Para acabar con tanta confusión, aparecieron los dioses Erebo, Nix y Eros, que eran la oscuridad, la noche más profunda y el más hermoso de los dioses. Erebo y Nix, ayudados por Eros, dieron a luz a Amor. Desde ese momento, Caos dejó de reinar y comenzó la aparición de nuevos seres. Entre ellos: los titanes, que poseían una fuerza increíble, los cíclopes, gigantes con un solo ojo, y los hecatónquiros, monstruos cuyos nombres no debían pronunciarse.

Estos tenían un aspecto feroz, cincuenta cabezas y cien brazos. Todo un horror que no tenía otra misión que andar a la caza de los niños que se portaban mal. En el universo de la mitología había muchas otras criaturas, pero por más que mi bisabuela repitiera sus nombres, una y otra vez, no se me grababan en la mente. Con los hecatónquiros sucedía lo contrario, porque eran los más espantosos.

Entre cuento y cuento, a veces se hacía tarde. Ella miraba la hora, con la intención de irse a descansar.

—Todavía no, Ma´Celina.

—Ya es hora de dormir. ¿Saben lo que les sucede a los niños que están despiertos a esta hora?

—Se nos olvidó, abuelita —decíamos, sólo para escuchar el cuento otra vez.

—Verán. Había una vez una costurera que debía entregar un trabajo muy pronto. En vista de esto, se puso a coser, sin sentir cómo pasaba el tiempo. Después de que el reloj diera las doce campanadas, oyó que tocaban a la puerta.

*¿Quién es?*, preguntó. *Traigo un encargo para usted*, le contestaron. Sin ponerse a pensar en que era una situación muy extraña, por lo tarde que era, abrió la puerta. Una anciana, con un paño negro en la cabeza, y con una dulce voz, le dijo: *Necesito que me haga un mantel*. Dicho esto, le entregó un paquete y se fue. La costurera lo abrió sobre la mesa. En vez de retazos de tela y carretes de hilo, encontró un montón de huesos humanos. En medio del terror, que casi la mata, escuchó que le decían: *Eso te pasa por estar despierta después de la media noche*. La costurera perdió el habla y nunca más volvió a coser.

Desde entonces, nosotros, con el mismo terror de la costurera del cuento, preferíamos aguantar las ganas de ir al baño para no tropezar con la anciana siniestra.

## **CAPÍTULO XVI**

### **Las sombras de los elefantes**

El camión de la mudanza, como una cola lenta y pesada, seguía nuestra pista. La noche era oscura y la carretera requería de toda la atención de papá. Recostada a mamá, yo trataba de ocultarme del vaho frío que exhalaba la ventanilla. Afuera todo era silencio y soledad. Los bombillos, desolados, iluminaban las pocas casas al borde de la carretera, y gigantes siluetas, como elefantes negros, descansaban al fondo del oscuro paisaje.

Yo imaginaba que la luna, redonda y luminosa, se convertía en un gigantesco reflector. Entonces, los elefantes abandonaban la inmovilidad para formar una caravana, tomados por las trompas y las colas. Caminaban a un lado, con sus flecos de colores sobre las anchas frentes, hasta que los veía quedarse atrás, sentados y diciéndonos adiós, con el movimiento de sus gruesas orejas y sus sonoros chillidos.

Nosotros dejamos casa y amigos, según papá, para buscar un futuro mejor. Los últimos tiempos no habían sido nada fáciles, y los abuelos prometieron que allá todo iba a estar bien. Tenía que ser así, porque mamá no hubiera sonreído de

aquella forma. Yo estaba feliz por ella; ya no sería tan grande su soledad. Me daba pena verla cuando suspiraba, envuelta en un nimbo de tristeza y con la mirada perdida a través de las ventanas.

A medida que pasaba el tiempo, ella notaba que se había equivocado en los cálculos del futuro. Y aunque su amor insistía en no extraviarse en el laberinto de los sentimientos confundidos, observaba que su vida nunca llegaría a ser lo que ella, entre poemas y cartas, se había imaginado. Su matrimonio sería la extensión de su corta luna de miel. Pero, apenas regresaron de ésta, pudo darse cuenta de que la miel nunca traspasaría los muros del carácter temperamental de su esposo.

Ella no dudaba de su amor. Cuando hizo amistad con las esposas de los paisanos de papá, comprendió que algunas de las cosas que dijeron familiares y amigos, antes de casarse, estaban próximas a la verdad. Sus nuevas amistades apreciaban la vida de una manera diferente. Se desenvolvían con naturalidad en un clima de desapegos, donde las mujeres se sometían, sin protestar, a la voluntad de sus esposos. Comprendió que, si su deseo era conservar la estabilidad en el matrimonio, debía adaptarse a esa manera de ser.

En la casa de sus padres las cosas no eran así de extremas. Predominaban el respeto y el orden,

a pesar de la rigidez en las normas. Todos podían expresar sus opiniones, sin que abuelo se disgustara por eso. Aunque mamá siempre tuvo la obligación de comportarse como las niñas decentes; es decir, una niña de su hogar, obediente y respetuosa. Eso nunca fue un obstáculo para disfrutar de una infancia y una juventud rodeada de cariño. Ahora sentía que esos tiempos eran como hojas arrastradas por las corrientes de aire hacia el pasado.

Por momentos, mamá creía que no iba a soportarlo más. La idea de volver a casa de sus padres, con el desconsuelo y el fracaso pintados en los ojos, le hacía librar una batalla en el corazón para desistir. Ella se había casado casi en contra de la voluntad paterna, y no ignoraba que el divorcio era un sello de desprestigio. Las divorciadas no eran bien vistas, ¿cómo presentarse con sus hijos y sin la preparación suficiente para mantenerlos? No estaba dispuesta a transformarse en una carga. Ni era el ejemplo que quería transmitir a sus hermanos. Sabía que las puertas del hogar paterno estarían siempre abiertas; sin embargo, tenía muchos motivos para no entrar por ellas y quedarse. Cuando en la sinceridad de su soledad atendía a la voz del corazón y buscaba entre las líneas de las razones, entendía que lo que la ataba al dominio de su esposo, era un gran amor que nunca llegaría a su fin.



## CAPÍTULO XVII

### Nuevos misterios

Llegamos a Barquisimeto, en tanto el camión de la mudanza se había quedado atrás. Papá decidió esperar frente al Parque Ayacucho, una plaza de árboles altos y frondosos que, en medio de tantas sombras, asustaban. Parecía que era una guarida de brujas y hechiceros, como los de los cuentos. ¿Así era toda la ciudad? Me provocaba pedirle a papá que nos regresáramos a Caracas. Hacía mucho frío. A un costado de mamá, yo no dejaba de temblar. Cuando casi me quedaba dormida, apareció el camión. En la nueva casa, mis hermanos y yo nos dejamos vencer por el sueño.

La casa tenía dos entradas. La puerta que conducía a la sala y al comedor, y el portón negro que daba al garaje. A un lado de éste, un naranjo inmenso nos dio la bienvenida. Las rosas y los lirios adornaban el jardín. La sala era espaciosa y con un piso de granito, tan brillante, que parecía un espejo. Más allá del comedor, había dos habitaciones amplias. La tercera, detrás del garaje. El patio se perdía en la penumbra y sólo se escuchaba el rumor el rumor de las hojas con el viento.

Papá asignó las habitaciones. Él y mamá, en la matrimonial, la más grande. Miguel y Antonieta,

en la de al lado. La hija mayor, es decir, yo, en la tercera, detrás del garaje, la más alejada, que era lo mismo que decir: “la habitación del más allá”. Todo lo que sobraba de la mudanza, fu llevado a ésta. Cajas y objetos convirtieron el espacio en un rinconcito donde apenas cabía la cama. Frente a mi acara de asombro, mamá dijo:

—Laura, no te preocupes. Esto es momentáneo, mientras encontramos qué hacer con tantas cosas.

No importaba. Lleno o vacío, el cuarto resultaba tenebroso. La ventana de mi habitación daba al patio. Sin cortinas y en la profunda oscuridad, era como las fauces de un animal salvaje. Yo no deseaba dormir sola. Si lo decía, Miguel no tardaría en burlarse. Además, lo que menos deseaba era enojar a papá. Los hijos mayores, según él, tenían la obligación de dar el ejemplo. Ponerme a llorar no era lo mejor. Me quedé callada. Decidí que dormiría con la luz encendida, aunque eso no acabó con mis miedos. Cuando ellos no me dejaban dormir, corría al cuarto de mis hermanos. Papá tenía el sueño frágil y se despertaba con el sonido de mis pasos. Salía a mi encuentro y me tomaba de la mano. Recorriamos el patio para que yo me diera cuenta de que no había nada que temer. Él pensaba que, de esta manera, yo me quedaría tranquila. En aquel bosque negro, con sus granados y limoneros, no sabía qué

me asustaba más, si la incomprensión de papá o los monstruos escondidos entre ellos. ¿Cómo podía entender yo que él sólo buscaba, con estos paseos, fortalecer mi carácter? De vuelta, en mi cuarto, él me preguntaba:

—¿Ya te sientes bien?

Mirando el suelo, para que no se diera cuenta de mi angustia, le contestaba:

—Sí, papá.

Él, confiando en que yo le había dicho la verdad, me subía a la cama, me daba una muñeca y apagaba la luz. Después de tanto llorar, el sueño se compadecía de mí. Poco a poco, fui acostumbrándome a tener pesadillas y a guardarlas con mis pequeños secretos.



## **CAPÍTULO XVIII**

### **Los aromas de mi escuela**

Comenzamos las clases. Miguel en el kínder; yo, en un grupo escolar. Uno frente al otro y a pocas cuerdas de nuestra casa. Las aulas de mi escuela eran grandes; el patio un encanto debajo de los tupidos árboles. Un bosque, extenso y fragante, lleno de palomas, mariposas, saltamontes y chicharras.

El olor a cuadernos nuevos y a lápices se mezclaba con la emoción de vivir la experiencia de estudiar en una escuela nueva. Mi maestra no se parecía a Amelia. La señorita Socorro era gorda y canosa, una ballena que nos hacía reír con sus bromas. Cuando un alumno, sin motivos, interrumpía la clase, tomaba el libro para golpear, con fuerza, el escritorio. Era su modo de mostrar autoridad.

Luego de los calurosos meses de verano, llegaron los de invierno. Desde la ventana de mi salón de clases, yo me entretenía viendo caer los gruesos chaparrones. La lluvia no caía igual en todas partes. En Caracas, apenas salía el sol, desaparecían las marcas húmedas de los edificios y del asfalto. En Barquisimeto era diferente. La furia de los relámpagos hería, con sus luces, la oscuridad del cielo. Los árboles se inclinaban hasta casi tocar el suelo.

Luego, cuando no quedaba más agua en las nubes, el olor a tierra mojada inundaba el ambiente.

A la hora del recreo, aun cuando hubiera terminado de llover, nos ordenaban quedarnos en los corredores para evitar que nos engripáramos o ensuciáramos con el fango. A mí, eso me daba igual. Sin que las maestras se dieran cuenta, me iba hasta el fondo del patio, donde me ponía a observar las gotas que se desprendían de las hojas de los árboles. Ellas formaban una especie de coronitas en la superficie de los charcos. Luego, con los zapatos embarrialados, regresaba al salón esperando que nadie se hubiera dado cuenta de mi ausencia.

Mamá nos esperaba, al terminar las clases, como lo hacía conmigo en el otro kínder. Ella recorría las calles de vuelta, hundida en sus pensamientos; nosotros saltábamos de charco en charco, barriamos el agua de las rejas con la yema de los dedos, o contemplábamos el arco iris que brillaba en el horizonte. Al final, cuando doblábamos la esquina y aparecía nuestra casa, corríamos hasta la puerta.

Las semanas transcurrían y yo no abandonaba el deseo de dormir acompañada. La oscuridad me seguía asustando. Trataba de ganarme el apoyo de mamá para que papá me dejaran dormir con mis hermanos. Ella temía llevarle la contraria. Papá

pensaba que yo no era un bebé y que, por lo tanto, debía dejar a un lado mis caprichos infantiles.

Una noche decidí dejar el miedo a un lado. Con el pijama puesto, apagué la luz. El rumor de los árboles interrumpía el silencio. El aire fresco acariciaba mi rostro. Me fui quedando dormida. Un ruido fuerte me despertó. Con los ojos totalmente abiertos, intenté ver a través la oscuridad. El rumor, que antes me había arrullado, ahora era una sinfonía macabra. Los perros aullaban como nunca. Sólo faltaba que apareciera la luna llena y ellos se convirtieran en hombres lobos.

El viento presagiaba lluvia. La luna se asomó entre las nubes. Parecía el ojo de un cíclope. El ambiente sombrío hizo retumbar los latidos de mi corazón. Como de costumbre, me escondí debajo de las sábanas. Llamé a mamá con una voz que no llegó atravesar mis cuerdas vocales. De haberlo hecho, hubiera sido inútil. Estando tan apartada de la habitación matrimonial, no era posible que me escuchara. Recé la Oración del Ángel de La Guarda, no sé cuántas veces. Seguía asustada. Conté ovejas, como si contarlas fuera una red para atrapar el sueño. Sólo dormida podía olvidarme de los monstruos. No sirvió de nada. Al fin, el Ángel de La Guarda me escuchó y pude quedarme dormida.

Desperté con los quiquiriquíes de los gallos. La claridad aún no entraba a la habitación. Era sába-

do y no tenía que ir a clases. Pensé quedarme en la cama un poco más, recordé la noche que había pasado. El adormecimiento se fue y abracé la almohada. Cuando terminó de aclarar, ya no me importaron los monstruos. Sabía que a ellos no les gustaba la luz, por lo que ya se habían marchado a su mundo. Escuché las voces de mis padres y percibí el rico olor del desayuno.

En la mesa, volví a preguntar si Antonieta podía dormir conmigo. El ceño de papá me dio la respuesta, antes que las palabras. Contestó que ella aun requería de las atenciones de mamá. Y que no lograba comprender por qué mi insistencia. Sentí tanta tristeza, que se me quitó el apetito. ¿Qué podía esperar? El destino fatal. Acabó por no me gustarme esa habitación.

De día sí, porque con la luz del sol era diferente. De noche, cuando se apagaban las voces de la familia y se encendían los murmullos del patio, el terror me apresaba. ¡Cuánto quería volver al apartamento que dejamos! Eso no era posible, como tampoco encontrar la manera de espantar todo aquello que me hacía sufrir, por más que rezara o me escondiera debajo de las sábanas. Estaba segura de que, entre tantas cajas, debajo de la cama o detrás de las cortinas, los hecatónquiros, al resguardo de las tinieblas y con sus peludas manos, esperarían el momento oportuno para devorarme.

## **CAPÍTULO XIX**

### **Un caballero medieval en retirada**

La colección de seres fantásticos de los cuentos de Ma´Celina no tenía fin. Sirenas de cabellos de oros, paseando sobre caballos de mar, duendes pícaros en las flores del jardín o en los naranjales, silbones nómadas que erizaban la piel con sus silbidos escalofriantes, sayonas que recorrían con sus lamentos los caminos solitarios, ánimas en penas, espíritus burlones y otros tantos. Sin embargo, para nosotros, seguirían siendo los hecatónquiros, con sus cincuenta cabezas y cien brazos, los más aterradores. Ella nos aseguraba que no había por qué asustarse. Todo no era más que producto de la imaginación. No le creíamos. Tal vez, sólo buscaba que perdiéramos el miedo. Ella sonreía y nos abrazaba.

—Cuando vean alguno, me avisan.

Una noche tuvimos la oportunidad de comprobar que sí existían, cuando Miguel, aprovechando que papá dormitaba frente al televisor, vino a acompañarme con el tablero de Monopolio debajo del brazo. El lanzamiento de los dados nos convertía en propietarios millonarios. Entre edificios, hoteles y trenes el tiempo pasaba sin darnos cuenta. Cuando más entretenidos está-

bamos, escuchamos que un rugido sacudía los misterios del patio.

Nos asomamos a la ventana y nos pareció ver que una sombra descendía hasta las copas de los árboles. Estas se movían como si un montón de manos las zarandearan. Las nubes no nos dejaban ver las estrellas. El murmullo del viento parecía un largo gemido.

—¿Oíste eso? —preguntó mi hermano.

—¡Claro que lo oí!

—Vamos a averiguar qué es.

—¿Estás loco? ¡Yo no salgo ni que me maten!

—Entonces, voy yo.

Salió de la habitación, sin importarle los peligros que pudiera enfrentar. A pesar de lo niño que era, ante mis ojos, se transformó en el ser más valiente del mundo. Sin armadura ni espada que lo protegieran, retaba a lo desconocido, como el más arriesgado de los caballeros medievales. Vi cómo se alejaba, a paso lento, hasta que regresó hecho una tromba pálida y espantada. Se lanzó sobre la cama, jurando que lo habían atacado. La sombra que habíamos visto abandonó las ramas de los árboles y se abalanzó sobre él. Pudo sentir el resoplido de un montón de bocas siniestras sobre sus cabellos:

—Segurito, segurito, es uno de los monstruos que dice Ma´Celina —afirmó. El tablero y las fichas quedaron desparramados por el suelo.

En la mañana, corrimos a la cocina y se le contamos a mamá. Nos escuchó con atención y, luego, soltó una carcajada:

—Eso les pasa por desobedecer a su papá y no dormir, cada quien, en su cama.

Los dos nos preocupamos. Sin querer, habíamos desobedecido. Es cierto que el monstruo no lastimó a mi hermano. Pero entendimos que la aparición de la noche anterior era una especie de alerta. De ahora en adelante, debíamos tener cuidado. La próxima podía ser mortal. Los hecatónquiros no descansarían hasta vernos asados, como pollos, en las hogueras del infierno.



## CAPÍTULO XX

### Uno, dos, tres... Uno, dos, tres...

Unas altas rejas protegían el mundo encantado de la casa de mis abuelos. Detrás de ellas, un pasillo conducía a la entrada principal. A los lados de éste, crecían flores y helechos de todas las especies. A la izquierda, las cayenas se asomaban por la ventana de la habitación matrimonial, donde el aroma a naftalina, a colonia y a libros se paseaba en libertad. A la derecha, los rosales florecían frente al salón de música, dentro del cual el piano de cola ocupaba un sitio especial.

El salón era el lugar preferido de mi papá y de mi abuelo. Entre libros y discos conversaban sobre literatos, compositores y otros temas. Nada de interés para mí; no entendía las diferencias entre narrativa y poesía, o entre óperas y operetas, ni me preocupaban los problemas del mundo. Así, mientras ellos gastaban las horas hablando sobre “cosas fastidiosas”, yo escuchaba música, observaba los óleos y acariciaba los adornos sobre las mesas.

Los long plays estaban perfectamente ordenados, tanto como los libros de tapa dura y letras doradas que descansaban en la biblioteca. Había un disco que me hechizaba: La Suite del Cascanueces, con

la niña de cabellos dorados, el cascanueces militar y el cocodrilo en la orilla de un río, todos dando un toque mágico a la carátula. Cuando lo escuchaba, mi imaginación se encendía: hadas y princesas se deslizaban en puntillas al compás de las notas. Me gustaba abrazar la carátula y aspirar el aroma que desprendía y que se mezclaba con el olor de los tabacos de mi abuelo.

El salón era especial porque, asombrosamente, me hacía olvidar la timidez, como si la música me transformara en otra niña, en un cisne que resurgía del patito común para bailar. Mientras papá y abuelo hablaban, yo insistía en imitar los pasos de las bailarinas de la televisión. Ellos sonreían con ternura. Luego, continuaban la conversación.

Entretanto, yo elevaba las piernas, formando ángulos caprichosos. A pesar de que mis brazos eran dos hélices inarmónicas, juraba que mis movimientos eran perfectos. Mi mayor deseo era asistir a una escuela de danzas. Papá creía que mis aptitudes no daban para tanto. Abuelo le aconsejaba que me dejara probar porque, al fin y al cabo, las artes debían formar parte de la educación de todo niño. Papá le recordaba que había otras cosas pendientes y de mayor importancia.

Con el escenario de hadas y bailarinas en mi mente, no dejaba de girar como una zaranda.

—Cuando sea grande voy a ser famosa —pensaba, sin adivinar que, pronto, algo me haría cambiar de idea.

Mis padres solían dejarme en casa de mis abuelos. Cuando me cansaba de jugar con mis tíos, yo me dedicaba a recorrer las habitaciones, con el sentido de la curiosidad encendido. Después, me tiraba en una poltrona, totalmente, aburrida. Entonces, mi abuela me llevaba a la cocina para sacarme del aburrimiento con sus deliciosos buñuelos, natillas o arroz con leche. Satisfecha la gula, le preguntaba:

—Abuela, ¿puedo poner un disco?

—¡Claro! Anda, mientras tanto preparo la cena. Como de costumbre, El Cascanueces era mi elegido. Apenas oía la música, comenzaba a bailar: uno, dos, tres... uno, dos, tres... Brazos arriba y punta de pie... Vuelta completa... un saltito aquí, un saltito allá y... ¡Otra vez!... uno, dos, tres... uno, dos, tres...

Una tarde, no me di cuenta de que alguien me observaba: tía Natalia, escondida detrás de las cortina, se delató soltando una carcajada. Dejé de bailar.

—¿De qué te ríes? —le pregunté, realmente, enojada.

—Las bailarinas son flacas —respondió, con la sinceridad propia de los niños.

Me dieron unas ganas terribles de llorar, pero no quise darle el gusto. Triste y enojada, me fui al jardín. Desde ese día, el sueño fue otro: convertirme en una excelente pianista. Cada vez que entraba al salón de música, aprisionaba las teclas del piano que resplandecía, como una gigantesca estrella negra, en un extremo del salón.

## **CAPÍTULO XXI**

### **Jugando a las escondidas**

En la sala de la casa de mis abuelos había un reloj de pedestal, que marcaba las horas con fuertes campanadas. Estaba protegido dentro de una enorme caja de madera labrada. A través del cristal se podía ver el vaivén incansable del péndulo de metal. Me gustaba oír la armonía perfecta de su ritmo:

—Tic tac, tic tac...

Luego, el sonido de las campanadas:

—Tamm... Tamm... Tamm...

Abuela se casó muy joven y tuvo catorce hijos. Por eso, Natalia, Vicente y Aquiles, mis tres tíos menores, tenían edades cercanas a la mía. Ellos nos invitaban, a mi hermano y a mí, a jugar a policías y ladrones o al escondido. Había muchos sitios donde esconderse, y bastante espacio para correr.

Estaba prohibido jugar en la habitación matrimonial, por lo que la hacía misteriosa y, por lo mismo, el lugar más fascinante del caserón. Eso me despertaba una curiosidad sin límites. En ausencia del abuelo, con la abuela en la cocina y los demás jugando sin mí, yo aprovechaba para deshacer la intriga que me causaba. Sin que nadie me viera, entraba en la habitación para revisar todo lo que me parecía atractivo.

En una esquina había un aguamanil, donde abuelo se aseaba al llegar del trabajo o antes de ir a la mesa. Era una vasija ancha y profunda. Mis manos acariciaban las flores, pintadas en azul brillante, de la piel lisa y fría de la porcelana.

El viejo baúl de la abuela, con la colección de sus recuerdos, descansaba igual que un puma en reposo, al pie de la cama matrimonial: el vestido de novia, los esarpines de bebés, cartas amarradas, fotos antiguas... Revisando esas cosas, me olvidaba de todo. El susto fue grande cuando abuela me sorprendió. En vez de una reprimenda, dijo:

—Con tal de que coloques todo en su sitio, puedes seguir jurungando.

Además del aguamanil y el baúl, había un escaparate gigantesco, debajo del cual se guardaban los zapatos. Más de una vez abrí sus puertas y me oculté entre la ropa cuando jugábamos al escondido. Olvidaba que, por lo de la prohibición de entrar allí, el escaparate era un espacio en el que difícilmente me buscarían. A los pocos minutos de estar encerrada, y con la idea repentina de que un monstruo podía estar oculto entre la ropa, no dudaba en salir corriendo como loca.

Una tarde, necesité encontrar el escondite perfecto. Por muy grande que fuera la casa, ya no quedaba un rincón donde no me encontraran. Por eso, yo corría de una habitación a otra, repi-

tiendo: “¿Dónde me escondo?... Dónde me escondo? ...”. Ma´Celina me escuchó e hizo señas para que me metiera debajo de su cama.

—No, abuelita, all me encontrarían rapidito. Corrí a la sala:

—Tamm... tamm... El reloj daba la hora en punto...

¿Por qué no se me había ocurrido antes? Ese reloj, con su cara redonda y bigotes desiguales, me brindaba una oportunidad única. Abrí la puerta, me arrinconé y cerré. Las voces y los pasos pasaban de largo, sin que imaginaran que yo estaba allí. Cada vez que se detenían frente a la puerta, aguantaba la respiración y las ganas de reír.

Al poco rato, dejaron de jugar. Me rodeaba el silencio. El calor me hizo querer escapar de aquel encierro. La puerta se había atascado. Empecé a llamarlos, sin que nadie respondiera. ¿Y si me quedaba atrapada por siempre jamás? Formé una bullaranga de terror. Ma´Celina escuchó y vino al rescate:

—Eso te pasa por traviesa —comentó.



## CAPÍTULO XXII

### Una casa en el árbol

Tío Vicente dijo:

—Ven, quiero mostrarte lo que hice.

Lo seguí para saber de qué se trataba. Desde la puerta que daba el patio, se veía el majestuoso castaño. Era de tallo grueso y ramas fuertes. El espeso follaje, apenas, permitía el paso de los rayos del sol.

—¡Sígueme! —ordenó.

—¿Dónde está Bronco? —pregunté.

Bronco era su compañero inseparable. Pensar que estuviera suelto, me erizaba la piel. El pastor alemán se había ganado la fama de agresivo. Cuando tío lo sacaba a pasear, la gente se cambiaba de acera. Bronco no perdía la oportunidad de gruñir y mostrar sus colmillos afilados. El azúcar que tío Vicente le mezclaba en la comida, en vez de endulzarlo, le amargaba el temperamento. El perro se enojaba tanto, que mordía hasta su propia cola. A decir verdad, esa furia era para los gatos y los extraños porque con los miembros de la familia era sumiso y juguetón.

A veces, hacía alarde de su fiereza y ladraba, como un energúmeno. Tío sabía cómo calmarlo. Por eso, si él estaba cerca, no me importaba que

Bronco anduviera por las habitaciones, ni que se echara panza arriba a mi lado, cuando yo jugaba en el jardín. Pero, si andaba sin vigilancia, rogaba para que alguien viniera a encerrarlo y yo pudiera evitar enfrentarme a sus deseos ocasionales de expulsar sus bravuras. Más de una vez quedé paralizada y sin respiración, mientras él me olfateaba, hasta que se convencía de que yo, a punto de morir del susto, no era uno de sus enemigos.

—Ven, chica —dijo tío Vicente—, Bronco está amarrado.

Para mí era muy importante que él y mi hermano me tomaran en cuenta. Los varones poseían juegos y secretos fabulosos. Siempre andaba detrás de ellos. Esto no les producía gracia. Solían apartarme, como si yo sufriera de una enfermedad contagiosa. Las niñas, según su opinión, eran chismosas y tontas.

El hecho de que tío Vicente me invitara ese día, me hizo sentir especial. No podía existir otra cosa mejor que ir con él. En el patio no se veía nada extraño. Pensé que me tomaba el pelo y me enojé.

—¿Para qué me trajiste aquí, tonto?!

—¡Mira!

Señaló a lo alto del árbol. En las ramas había una casa. Las paredes estaban hechas de trozos de tablas. El techo, de unas láminas de zinc que estuvieron mucho tiempo abandonadas en un

rincón del patio. Se subía por una escalera de mecates. Aunque tosca, esa casa era lo más hermoso que había visto. Entre un montón de objetos colgantes, se destacaba una pata de conejo disecada que, según él, alejaba la mala suerte. Una casa en el árbol era el sueño de todo niño... Y de algunas niñas, también.

—¿Quieres subir? —preguntó.

—¿Me dejas? —contesté.

En ese momento, aparecieron mi hermano y mis otros tíos. No podíamos subir todos a la vez. Como de costumbre, se impuso la voluntad de ellos, por lo que se decidió que yo fuera la última en subir, cosa que no disminuyó mi entusiasmo. Mientras esperaba, me puse a imaginar cosas: *Desde allí, todo tiene que verse diferente. Como cuando, boca abajo y en el suelo, el mundo es como el de las tortugas de la casa, que sólo pueden ver zapatos y patas de sillas. O cuando, en la cama, me da por dejar la cabeza guindando, como un murciélago, y los objetos se ven al revés. Hoy observaré las cosas desde las alturas, como las aves. Es una suerte que yo sea la última, podré quedarme hasta que me canse.*

Mi abuela desbarató la ilusión. Llegó calladita, como un cazador en acecho, tratando de atraparnos en otra de nuestras travesuras. Mostraba una actitud de “¡Lo sabía!”. Preguntó que hacíamos. Cuando le conté mi intención de subir a la casa, casi cae, como una manzana del árbol:

—No señor, usted es una jovencita que no ha sido educada para andar, como los monos, encaramándose en los árboles.

—Es un ratito nada más, abuelita.

Ella no era mantequilla que se ablandara. Continuó parloteando:

—Las niñas decentes no trepan árboles —dijo—. ¿A quién se le ocurrió esa idea? Si me descuido un poco, quién sabe a qué otras locuras te llevan.

Todos querían soltar la carcajada. Prefirieron aguantarse para no sufrir las consecuencias de su disgusto. Miraron hacia otro lado, como si abuela no se refiriera a ellos. Ninguno me apoyó. Me sentí mal. No dije una palabra más y me resigné a escuchar el rosario de buenas costumbres: las señoritas de familia no manejan bicicletas, no patinan, no corren, no monean, ni sudan como los varones. En mi universo de gigantescos “No”, yo tenía la obligación de aprender a comportarme como una verdadera jovencita, juiciosa y delicada.

—Escucha, Laura, mejor te vas a buscar una muñeca y te pones a jugar con ella.

Yo, entre acongojada y furiosa, con el deseo de subir a la casa en el árbol, me fui al jardín a rumiar mi despecho.

## **CAPÍTULO XXIII**

### **El patio encantado**

El patio de nuestra casa estaba encantado. El aroma de los azahares viajaba con el soplo del viento, y las chicharras, aferradas a los troncos de los árboles, alzaban su agudo chillido y le cantaban al sol del mediodía. Los duendes abandonaban selvas y montañas para esconderse entre los limoneros, los granados y los naranjos.

Según mamá, eran pequeños y traviosos. Vivían en los bosques donde las hadas bailaban entre las flores y los magos preparaban sus hechizos, bajo la claridad de la luna. Los duendes dejaban los bosques y se metían a las casas para acabar con la paz de sus habitantes. Mi hermano y yo, como cazadores tendidos en el suelo, pretendíamos cazarlos con una manga de colar café. Cansados de esperar en vano, nos conformábamos, entonces, con las huellas que, supuestamente, dejaban a su paso: frutas a medio comer, ramas partidas e insectos muertos. El movimiento de los arbustos o el aleteo de los pájaros eran, para nosotros, señales de que los duendes andaban cerca. Sin embargo, nunca pudimos atrapar uno.

Además de esas huellas, estaban los objetos extraviados y las plumas de palomas que aparecían sobre las almohadas.

—Esos son los duendes —aseguraba mi hermano.

Debajo de un árbol había un estanque que nos servía de piscina, aunque el agua apenas nos llegara al nivel de las rodillas. Eso no era un obstáculo para “nadar” entre bulliciosos chapoteos. Papá se dedicaba a la tarea de criar pollos. Algo que se le fue haciendo complicado. Pronto se dio cuenta de que no era suficiente con alimentarlos. Necesitaban un cuidado especial. Mantenía los gallineros pulcros. Sin embargo, los pollos enfermaban y había que medicarlos.

Los gallineros estaban protegidos por unas alambradas que nos impedían el paso. Las incubadoras, especie de jaulas, movían mi curiosidad, por la luz azulada que indicaba que, dentro de ellas, crecían los pollos recién nacidos. Esta luz les proporcionaba el calor que ellos requerían.

Pasear por los gallineros era una aventura. Me fascinaba visitarlos; caminar entre los cacareos de las gallinas, mientras les echaba la comida, recogía los huevos y revisaba las que serían vendidas. Lo más extraordinario eran las incubadoras, donde los montones de pío píos enternecían mi corazón.

Tío Vicente acostumbraba visitarnos con frecuencia; aparecía sudoroso y lleno de tierra. Recostaba

la bicicleta en cualquier lugar y, sin ya descalzo, se metía en el estanque. Este era tan pequeño, que no había espacio suficiente para todos:

—¡Qué va!, prefiero irme y no seguir empatu-cándome en este charco.

Al fondo del patio había una habitación abandonada. Entre escombros, telarañas e insectos disecados pasábamos las horas recreando castillos, dragones y princesas. De nada servía que la limpiáramos porque, a los pocos minutos, las arañas y el polvo entraban de nuevo. A pesar de todo, era un lugar fantástico para ocultar nuestros pequeños tesoros. Allí jugábamos a esconder cualquier cosa. Quién la encontrara debía gritar:

—¡Palito mantequillero!

El cuarto donde estaba el tanque subterráneo era una torre embrujada. Protegido por una puerta desvencijada, era usado como depósito de objetos inútiles, lo que lo convertía en un espacio tétrico, con un insoportable olor a humedad. Un regimiento de lagartijas se deslizaba por pisos y paredes.

Una vez, se me ocurrió entrar sola a ese cuarto. La curiosidad pudo más que el miedo que me causaba. La claridad no era suficiente para vencer el ambiente de misterio. Por las rendijas de la puerta sólo se filtraban unos cuantos rayos de luz, donde se balanceaban las partículas de

polvo. Seguí caminando entre tubos, láminas de zinc y sillas rotas, hasta que vi una cucaracha sobre la tapa del tanque.

Me asusté. Pensé en levantar la tapa para que cayera y muriera. Sentí lástima. ¿Por qué tenía que matarla? De pronto, escuché un ruido. ¿Qué había en el fondo del estanque? ¿Una serpiente acuática? Se me erizó la piel. En un segundo, había salido del cuarto. Fue un alivio reunirme con mis hermanos.

Una noche papá llegó a casa con una sorpresa. Nos despertó y nos llevó al patio. Bajo la luz de una bombilla, se encontraba un hermoso venado, con los ojos más grandes que yo había visto. —¡Es Bambi, papá! —exclamó Antonieta, recordando las estampas de su libro de cuentos.

Tenía razón. Era un Bambi real y muy asustado. No quería que lo tocáramos. A mamá se le ocurrió traerle algo de comer. El venadito, se acercó y olfateó la fruta y la mano que se la ofrecía. Creo que el instinto le avisó que no le haríamos daño. Esa fruta permitió que ganáramos su confianza. Al poco rato, dejó que acariciáramos la piel brillante y la nariz húmeda.

El animal era un pago que había recibido mi abuelo por una antigua deuda. Abuela le dijo que no lo quería en su casa. Ya tenía suficiente con los morrocayos, los loros y los gatos. Ade-

más, estaba Bronco, que no dudaría en acabarlo a dentelladas. Sin saber qué hacer con él, abuelo pensó en su yerno. El patio de nuestra casa era grande. Una criatura más no haría gran diferencia. El yerno, agradecido por la ayuda que había recibido del suegro, al traerlo a Barquisimeto a criar pollos, lo aceptó, aunque tampoco supiera qué hacer. De pronto, se le ocurrió una idea:

—Estelita, ¿sabes cómo se cocina la carne de venado?

¡Era una idea espantosa! ¿Un ser tan tierno e indefenso, convertido en comida? Mis hermanos y yo comenzamos a protestar:

—¡No, papá, no lo mates, por favor!

—Bueno, es eso o enviarlo al zoológico.

—Leandro, piénsalo mejor —dijo mamá—. Se ve que el venado es dócil. Creo que puede enseñarles a los niños muchas cosas, como el respeto a los animales y el significado de la responsabilidad, porque serán ellos quienes lo cuiden, ¿verdad, hijos?

Papá se hizo rogar un poco. Se resistía a demostrar debilidad de carácter. Sin embargo, al final, aceptó porque, así lo percibí, en el fondo de su corazón, tampoco quería convertirlo en banquete. A salvo de un destino cruel, decidimos bautizarlo con el nombre de Suerte.

Mamá tenía razón. Suerte era obediente y juguetón. Trotaba a su antojo, a lo largo y ancho del patio, y se

escondía ente entre los arbustos, donde se comía las frutas de los granados. Apenas veía el corral abierto, entraba como el buen amigo que iba de visita. Las gallinas no se daban por enterada. Con los gallos era lo contrario. Les desagradaban esas visitas, por lo que lo corrían, batiendo las alas. Así le demostraban que no era bienvenido. El venado huía de los corrales, con un trote ágil y elegante.

En el patio pasábamos gran parte del día. La lluvia era otra de nuestras diversiones. Cuando las canaletas de los techos se llenaban de agua y se desbordaban, nos metíamos debajo de ellas con la ropa puesta. Mamá no se oponía. En su opinión, el contacto con los elementos de la naturaleza nos inmunizaba contra las enfermedades. Era cierto, crecimos fuertes y saludables. Después de tanta agua, con la piel erizada y con los dedos arrugados, entrábamos a casa para que ella nos secara y nos diera ropa seca.

Entre las vigas y las tejas rotas de la habitación abandonada, y bajo la vigilancia de los duendes, vivían las palomas. Gracias a ellos, sobrevivían a los peligros del extraño palomar. Según Miguel, era de allí donde los duendes tomaban las plumas que dejaban sobre las camas. En las mañanas, era divertido llegar con el tazón de migas. Apenas las palomas nos veían, se arremolinaban en el suelo para desayunar.

Una vez, encontramos una paloma herida a los pies de un naranjo. No podía volar. Causó revuelo entre mis hermanos. Papá la tomó con cuidado, dispuesto a curarla. Después de que le remendó el ala, me la entregó. Yo la apoyé contra mí y pude escuchar el tum tum de sus latidos, como si el corazón quisiera escapar del pecho abultado. La llevé a mi cuarto. A pesar de todos los cuidados, no mejoró. Ahora pienso, más que el ala rota, no soportó la tristeza del cautiverio. A mí me encantaban las golosinas. A mis hermanos también. Cuando no quería compartirlas con ellos, corría a esconderlas entre los cachivaches de la habitación abandonada. Eso sí, las envolvía muy bien para protegerlas de las hormigas. Era preferible que fueran mis hermanos, y no aquellas, las que se las comieran.

Una tarde, llegué de la escuela con el deseo de comerme los caramelos que había escondido el día anterior. Por más que revisé, no pude encontrarlas.

—Seguro que se los llevó Miguel —pensé.

Él estaba en la sala, viendo televisión. Cuando le pregunté por mis caramelos, sin apartar los ojos de la pantalla, respondió que él no había sido. No le creí y se lo dije. Frunció el ceño y miró el techo: —Uhhmm, yo creo que se los llevaron los duendes... Esta mañana me pareció que ellos andaban por el patio. ¿No te acuerdas de lo que dice

mamá, que cambian las cosas de lugar? Búscalos en otro lado.

—¿Juras que no fuiste tú?

—Palabra de honor.

Para mí, Miguel estaba diciendo la verdad. A nadie se le ocurriría jugar con las palabras de honor. Pero, por si acaso, decidí ir a su Habitación. Encontré los envoltorios de los caramelos debajo de la almohada.

Mi hermano siguió jurando que no había sido él. No me convenció.

—¡Deja de echarle la culpa a los duendes!

Unos días después, escondí otros caramelos en un lugar que sólo yo conocía. Cuando fui por ellos, ya no estaban.

—¡Dime dónde los tienes!

—Yo no fui

—¿Ya te los comiste?

—¡Que yo no fui!

—¡Mentiroso!

—Revisa mi cuarto para que veas.

Como que decía la verdad, porque no los encontré debajo de la almohada, ni en ninguna parte. Creí que sí que eran los duendes quienes se los habían llevado.

## **CAPÍTULO XXIV**

### **Entre rosas y no me olvides**

La lenta marea de los días le trajo mayores responsabilidades a mamá, mientras se llevaba, entre las olas, los restos de sus esperanzas. Resignada, se transformaba en la compañera de labores incondicional de papá. Contribuía con el trabajo de los corrales, el control de las ventas, la limpieza de la casa y nuestras tareas escolares. Con todo, no emitía ni una queja, sólo que no esperaba, en recompensa a su dedicación, las explosivas reacciones de su esposo.

Desde el remoto día en que el Padre Ángel le había cerrado las puertas de la iglesia, ella no había vuelto a misa. Por las noches, antes de rezar, nos enseñaba las oraciones de la religión católica. Estaba convencida de que ir a la iglesia con su familia y participar en las misas dominicales, era actuar en contra de los reglamentos de Dios, como le habían dicho. A nosotros no nos quedó más que transitar por los caminos de la plegaria en casa para poder acercarnos a Él.

Entre las rosas y no me olvides del jardín, sola y resignada, trataba de apaciguar sus crecientes penas. Meditaba sobre el lago triste en que se había convertido el caudal de sus ilusiones y se tragaba las

lágrimas para que nadie la viera llorar. Tantas preocupaciones tenían que acabar con cualquier muestra de romanticismo. Sin embargo, no terminaba por entender por qué su esposo no se esforzaba en comprender los intentos que hacía ella para aproximarse a él y ganar su atención. Tal vez, ese era el castigo por un matrimonio hereje, como le había dicho el inflexible sacerdote que sería.

En esos momentos, aceptaba con humildad lo que le había tocado vivir. Si alguna vez pensó en regresar al hogar de sus padres, obviando sus propias objeciones, esto quedaba sepultado bajo los complejos sacrílegos que le susurraban al oído que ella debía pagar el precio por no haber escuchado las palabras del representante de Dios. No obstante, opinaba que era un precio exagerado por un amor fiel que se mantenía a pesar de las adversidades.

Por su parte, papá se debatía entre el mal humor y los arrepentimientos. Después de sus disgustos, salía de casa y se reunía con sus amigos. Luego, regresaba totalmente transformado, alegre y conversador. Se disculpaba con mamá y ponía en el tocadiscos las canciones que lo sumergían en la nostalgia.

Esa misma nostalgia lo llevaba a hablar sobre lo que había sido su vida anterior, antes de venir a este país. Después, cambiando de tema, nos

llamaba, a mis hermanos y a mí, para hablarnos sobre el orgullo que sentía por pertenecer a una cultura que perduraba a través del tiempo: la civilización maya. Entonces, entre pipiles, chontales, lencas y pokomanes, mis hermanos se extrañaban en un mundo de bostezos. Papá entendía y nos mandaba a jugar. Yo prefería acompañarlo un poco más porque intuía que esa era su manera de acercarse a nosotros, y no quería defraudarlo. Cuando las cosas que contaba eran demasiado dolorosas, mamá me hacía señas para que los dejara solos, aunque yo no podía dejar de escuchar desde el otro lado de la habitación.

Ella sufría con esas historias, que le atrapaban el corazón en anchas redes de comprensión. Por eso, le perdonaba los cambios de humor y, a los pocos minutos, reaccionaba como si nada hubiera pasado. Ella era humana y sensible. Detrás de ese antifaz, el desconsuelo iba dejando huellas. Mamá insistía en apartar los resentimientos para que no acabaran por invadir la nobleza de su alma. Se escudaba en su amor por él y en todo tipo de razonamientos que tranquilizaran, a medias, su atribulado espíritu.

Mis abuelos no desconocían la infelicidad de su hija. Para no avergonzarla, prefirieron simular ignorancia. Y aunque las relaciones entre ellos y papá parecían permanecer intactas, hubo mo-

mentos en que se podía percibir halos de frialdad. En esas ocasiones, desde la sabiduría propia de la niñez, pude cazar las miradas de mi abuelo: con lástima hacia mamá, con dureza hacia papá. Cuando yo los oía discutir, llevaba a mis hermanos al patio, tratando de disminuir el susto que les pudieran causar los gritos de papá. Esas discusiones me lastimaban porque no sabía qué hacer para detenerlas. Luego de los estallidos, lo veía pedir perdón a mamá, pero el mal que causaba en mí ya estaba hecho. En la noche me abrazaba a la almohada, pidiéndole a mi Ángel de La Guarda que él dejara de enojarse tanto.

## **CAPÍTULO XXV**

### **Domingos en familia**

Entre la época de las lluvias y el sopor del verano, y mientras se acercaban las vacaciones escolares, los días desfilaban con pasos de pereza. Mis hermanos y yo compartíamos las horas libres entre los juegos y las tareas escolares. Mis padres trabajaban de lunes a sábado en los corrales. El domingo se encargaba el asistente, quien tenía la responsabilidad, de vender los huevos y las aves a domicilio.

El domingo se destinaba a la recreación familiar. Visitábamos a los abuelos o salíamos de la ciudad. Los almuerzos en casa de los abuelos eran algo protocolares. Cada quien tenía un puesto asignado en la mesa. Mientras los adultos hablaban, los niños debían permanecer en silencio. Si alguno tenía el arrojo de interrumpir la conversación, lo callaban de inmediato. Cosa que nos ocasionaba unos enormes deseos de reír. Lo disimulábamos con mucho esfuerzo.

Abuela servía comida en abundancia, la complementaba con sus dulces deliciosos. La orden era dejar “los platos limpiécitos”.

—Si no se comen todo, no hay postre.

No siempre se le complacía. Abuela observaba los platos, fingiendo disgusto:

—Estos muchachos comen como unos pajaritos... Imagino que no les quedó espacio para el postre.

—Para eso sí, abuelita.

A ella le encanta aderezar sus platillos con dientes de ajo. Cuando, por casualidad, yo mordía alguno, me daba por arquear, dando señales inequívocas de náuseas. Mamá se daba cuenta y me miraba de tal manera, que la única forma de evitar echar el bocado sobre la mesa era pasarlo con gruesos tragos de agua. No había excusa para rechazar los alimentos.

—Los niños deben aprender a comer de todo.

Luego del almuerzo, papá y abuelo pasaban al salón para continuar la conversación. Allá se tomaban su taza café. Me gustaba estar con ellos, mientras el resto de la familia hacía la siesta.

En una ocasión, abuelo le preguntó a papá:

—¿Cómo te va con las gallinas?

—Más o menos. Por más que las cuido, no dejan de enfermarse.

—¿No les das sus medicamentos?

—¡Claro que sí! Las inyecto, tal como recomienda el veterinario. Lo que pasa es que hay una epidemia rondando los gallineros. Me cuesta controlarla.

—¿Es grave?

—Espero que no. Porque, de lo contrario, ¿qué otra cosa podré hacer? Usted sabe que ese negocio es el pan de la familia.

Al atardecer, volvíamos a casa, cuando el cielo se cubría con los crepúsculos de fuego. A veces, si no se sentía tan cansado, papá nos llevaba un rato al parque. Ya en la calidez del hogar, él encendía el televisor, aunque, a los pocos minutos, se quedaba dormido.

Cuando salíamos de la ciudad, me gustaba contemplar la carretera y montañas, casi calvas, que semejaban camellos echados sobre las dunas agrietadas del campo abierto. El viento entraba por la ventanilla y jugaba con mis cabellos. El sol ardiente encendía la desolación de aquellas extensiones de tierra, casi deshabitadas, donde la vegetación luchaba por no desaparecer.

En los pueblos que visitábamos, papá estacionaba el automóvil frente a la plaza principal y nos lleva a recorrer las calles y los sitios de interés hasta que, agobiados por el calor, nos compraba helados y refrescos. Finalmente, en cualquier restaurante de carretera, regreso a casa, comíamos los platos típicos de la región: chivo, arepas peladas, queso de cabra y tostones.



## **CAPÍTULO XXVI**

### **El retorno de las pesadillas**

Mis pesadillas se habían alejado, no de la mejor manera. Papá y mamá se debatían entre disgustos y perdones, en tanto nosotros tratábamos de ignorarlos jugando en el patio. Luego de las reconciliaciones, mamá nos hacía entrar a casa. Antes de ir a la cama, con los ojos pesados por el sueño y el corazón aún apretado por la discusión, terminábamos de hacer las tareas escolares.

Aunque era contradictorio, aquella situación resolvía mi conflicto con los seres de la oscuridad. Las peleas me inquietaban tanto que, a la hora de dormir, no hacía caso a los ruidos del patio, ni me preocupaban los monstruos y los fantasmas que deambulaban por mi habitación. Pues, preguntándome qué cosas podían disgustar tanto a mi papá, me quedaba dormida. Los problemas entre mis padres sustituyeron mis miedos nocturnos.

Para mi desconsuelo, las pesadillas no tardaron en regresar, a través de las medias palabras, de los susurros y de las conversaciones en secreto que, inevitablemente, pellizcaron mi curiosidad. Mamá y sus hermanas se hacían señas y se cerraban en la habitación. Cuando me veían llegar, bajaban la voz:

—Shhhh, ahí viene Laura.

Los niños teníamos la obligación de ser discretos y respetuosos. No debían preguntar, a menos que quisieran escuchar la acostumbrada respuesta: “A los niños que preguntan mucho, se los lleva el Coco” o, quizás, “Eso es cosa de mayores”. Los secretos suelen atravesar las paredes. Yo, que andaba a la caza de alguna indiscreción, tuve la oportunidad de escuchar lo que sucedía:

—Estela, ¿cuándo se lo vas a contar a Leandro?

—Ay, no lo sé... Creo que ahora no es el mejor momento.

—¡Por Dios, mujer! Eso es algo que no lo has hecho tú sola, ni se puede esconder. Él tiene que saberlo.

—Hermanas, ¿cómo le digo que voy a traer un niño, si el dinero apenas nos alcanza para sobrevivir?

¿Traer un niño? ¿Qué significaba eso? ¿Otro hermanito? ¿Por qué papá no podía saberlo?

No me quedaba otra cosa que hablar con Sofía. Ella era mi compañera de clases y mi mejor amiga. Una niña dulce de cabellos negros y ojos verdes. Su sonrisa era igual a la de su papá, o al revés. Todas las tardes, el señor José la esperaba al salir de clases. La saludaba con un abrazo y un beso en la mejilla. Parecían grandes amigos. Seguramente, entre ellos no existían secretos. Yo los veía irse, envueltos en una burbuja de cariño.

Eso generaba un sentimiento extraño dentro de mí, una mezcla de algo de envidia y mucho de tristeza. En esos momentos, me entraban unos enormes deseos de que mi papá fuera, algún día, como aquel señor con mi amiga.

Ellos vivían lejos de la escuela. De vez en cuando, mis padres me daban permiso para ir a su casa. Luego de hacer las tareas, Sofía me invitaba a jugar con sus muñecas. Todas eran bellísimas. Yo quería una así. Por los momentos, no era posible. Sólo que me la trajera el Niño Jesús o me la regalaran los abuelos, en Navidad.

Cuando le hablé a Sofía sobre lo que había escuchado, se quedó pensando, con una actitud que parecía de persona adulta.

—Uhm, ya sé. Es la cigüeña que llegará a tu casa.

—Puede ser, pero lo que no entiendo es por qué mamá no quiere que yo lo sepa.

—Será que prefiere decírselo primero a tu papá.

—No, tampoco quiere eso.

—Entonces, no sé.

Más tarde, se lo conté a Miguel. A él no le gustó nada. ¿Acaso no éramos suficientes?

—Papá se va a enojar, ya verás—dijo.

Con los pensamientos vueltos una maraña, me senté a la sombra del enorme naranjo. La cigüeña... ¿De qué tamaño era? Seguramente, grande y muy fuerte. Si no, ¿cómo podía volar con un

bebé en el pico? ¿De dónde venían? Yo nunca había visto una. ¿Por qué papá tenía que molestarse por todo? Era imposible que mamá escondiera a ese bebé toda la vida. Yo estaba de acuerdo con mi hermano: papá se iba a enojar muchísimo. Eso le pasaba a ella por hacer encargos sin consultárselo. Esa noche, tío Vicente se quedó a dormir con nosotros. Después de ver televisión, nos pusimos a jugar Monopolio. Yo no ponía atención al juego porque el secreto, que ya no lo era tanto, no me lo permitía. Cansada de perder trenes, hoteles y casas, lo solté:

—Tío, a mamá le van a traer un niño.

—¿Le van a traer un niño?

—Sí, un bebé.

—¿Quién?

—La cigüeña.

—¿La cigüeña? ¿La cigüeña? —soltó una carcajada—. ¿Todavía crees en cigüeñas? ¡Boba! A los niños no los trae la cigüeña, crecen en las barrigas y después salen por debajo.

—¿Qué? ¡No seas embustero!

—¿Embuste? Anda, pregúntale a tu mamá, a ver qué te dice.

Sentí vergüenza; que el rostro se me incendiaba. Nunca había escuchado algo así. Lo dejé solo. ¿Un bebé en la barriga saliendo por dónde? Mi tío me estaba tomando el pelo... ¿O no? Si decía la ver-

dad, la cosa era terrible porque traer niños de esa manera no debía ser algo sencillo. Me asusté.

Entré a mi habitación. Las cortinas, como brazos de fantasmas, oscilaban con el viento. Más allá de la ventana, una oscuridad llena de misterios se extendía bajo el cielo sin luna. Los ruidos del patio me erizaban la piel. Cerré la ventana y, ya en la cama, me cubrí con la sábana, de pies a cabeza. Los monstruos podían estar en cualquier rincón. Las palabras de mi tío no me dejaron en paz, hasta que me dormí. Tuve una pesadilla.

Como cuando en el sueño con las letras, aquella noche algo lejana del cumpleaños de Mary, la amiga de mis padres, había una mesa, pero más grande. En lugar de un cuaderno a rayas, estaban unos niños, envueltos en pañales, que lloraban sin parar. Al fondo de la habitación había una puerta abierta. Fui hacia ella. Del otro lado, una mujer también lloraba. Me di cuenta que era mi mamá, que se doblaba de dolor. Le pregunté qué le ocurría. Ella me miró, como nunca lo había hecho, con un profundo disgusto: “¿Qué miras?! Vete, aquí no tienes nada qué hacer”.

Regresé a la mesa. En esta ocasión, en vez de los niños llorones, unos muñecos sucios y monstruosos extendían sus brazos hacia mí. Me alejé, muy asustada. De pronto, me vi en un patio que, aunque distinto, supe que era el nuestro.

De pronto, escuché el motor de un automóvil. ¿De dónde estaba? Sorpresivamente, atravesó una pared y no pude evitar que me arrollara. Después, me vi en un salón donde unas mujeres, vestidas de negro y alrededor de un féretro, murmuraban. Me pregunté si era mi mamá. No, ella lloraba en un rincón. Era yo la que había muerto. Como sucede en los sueños, que se va de un sitio a otro, me vi entrando al cielo. Mamá me despertó cuando escuchó que me quejaba. Yo, al comprender que todo había sido una pesadilla, y quien estaba a mi lado era ella, me lancé a sus brazos y le conté lo que había soñado. Preguntó, más para ella que para mí: —¿Cómo puedes, hija, tener un sueño tan feo?

## CAPÍTULO XVII

### El vuelo de la cigüeña

Yo sí había visto mujeres embarazadas, pero siempre me conformé con la explicación de mi mamá: —Lo que sucede es que esa señora está enferma del estómago.

Después de la pesadilla, las cosas cambiaron y comencé a fijarme en sus transformaciones redondeadas. Pensé que, en esa situación, mi deber era pasar mayor tiempo a su lado. Cuando salía de clases, nada me atajaba. Ya en casa, la seguía a todas partes; era mi forma de cuidarla. Ella sonreía y comentaba:

—¡Casi pareces mi sombra, hija!

Mamá dormía como nunca. Le fastidiaban los aromas fuertes y ciertos sabores. Cada vez que esto ocurría, entraba al baño. Luego, salía con el rostro pálido.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, Laurita, sólo es algo que me cayó mal. La barriga abultada era cada vez grande. Ver crecer esa especie globo debajo de sus blusas holgadas, me llevó a entender que tío Vicente había dicho la verdad. La situación no dejaba de preocuparme porque temía que a mi madre le pasara algo cuando llegara el momento de “traer

a mi hermanito”. En las películas mexicanas, que se veían en casa, las comadronas ayudaban a las parturientas. Y algunas, después de dar aullidos de dolor, terminaban por morir.

Papá, como lo imaginó mamá, no pudo evitar el disgusto cuando lo supo. Luego, cubierto con el velo de la resignación, comenzó a acariciar el vientre henchido. A pesar del caminar lento y la nariz gruesa, ella nos miraba con un brillo especial, como el de la virgen, que no apartaba los ojos de las velas que mamá le encendía para pedirle por su familia y por la salud del niño que estaba por llegar.

Durante ese tiempo, papá le pidió que se alejara de los corrales. Eso significaba mayor trabajo para él. Siempre buscaba la manera de desocuparse temprano y de compartir más tiempo con ella. Al atardecer, sentados en el porche, aspirando la fragancia del jardín, seleccionaban nombres para el nuevo hijo.

Los fuertes dolores los obligaron a salir corriendo al hospital. Con una mano, papá cargaba la pequeña maleta; con la otra, sostenía a mamá. Se le veía sereno, quizás porque, con tantos hijos, ya era un experto en eso. Me pidió que cuidara a mis hermanos. Los vi alejarse, mientras el effluvio de mi angustia traspasaba las rejas del jardín, mientras me aferraba a la oración, con toda el

alma. Oré para que mamá estuviera pronto de regreso, sana y salva.

Se ausentó una semana, que pareció un siglo. Por abuela supe que el parto había sido normal, aunque se había presentado una dolencia que no podía ser tratada en casa. Papá tomó las riendas. Nos daba el desayuno, a Miguel y a mí, antes de llevarnos a la escuela. Después, se encargaba de Antonieta, que aún no asistía a clases. Abuela asumió la tarea de enviarnos el almuerzo.

Al regresar de clases y después de comer, yo ordenaba las habitaciones; mis hermanos dormían la siesta. Al despertar, los arreglaba como lo hacía mamá. Luego, pasábamos el resto de la tarde jugando en el patio. Papá, entre tanto, trabajaba en los corrales, acompañado los acostumbrados cacareos y las nubes de polvo que levantaba el viento del verano.

Mariela, como todo bebé, llegó en brazos a casa. Los vecinos aparecían con un regalito y, nada más verla, exclamaban:

—¡Qué niña tan hermosa!

—¡Parece un botoncito!

—¡Duerme como un ángel!

Yo los escuchaba, asombrada. Con la cabeza calva y con la cara arrugada, no entendía cómo mi hermanita despertaba esas expresiones de ternura. Deseaba que mamá me dijera por qué

decían esas cosas, pero al igual que ellos, también la contemplaba con sonrisa embobada. Me parecía imposible que no se diera cuenta de lo hipócritas que eran sus vecinos. ¿Qué opinaría Ma´Celina cuando viera al “angelito” , al “hermoso botoncito”?

Mi bisabuela ya no salía a la calle. Se la pasaba sosteniendo el peso de la larga vida, dormitando en la habitación o tumbada en la mecedora. En esa mecedora conoció a Mariela. Ma´Celina apartó el manto de la carita y deslizó sus arrugados dedos por la tersa mejilla. Luego de observarla unos segundos, sacó del armario del alma su voz temblorosa y comenzó a cantarle. Al terminar, dijo:

—Miren nada más, tiene la piel canela.

No la escuché decir que era hermosa, ni que parecía un capullo, ni que dormía como un angelito. Supuse que estaba de acuerdo conmigo.

En las noches, Mariela no nos dejaba dormir. Los alaridos recorrían las habitaciones y atormentaban a todos. Mamá caminaba de un lado a otro con ella en los brazos. Cansada de pasearla, sin resultados, y sospechando que el hambre era la causa del llanto, le preparaba el tetero. Mi hermana era tan glotona, que no se conformaba con la leche de los pechos.

Papá no soportó aquel escándalo. Así que abandonó la comodidad de su cama, bajo el pretext-

to de que debía descansar para poder levantarse temprano. Con la almohada debajo del brazo, trataba de encontrar la paz en el sillón de la sala. Allí se agudizó el molesto dolor de espalda que venía sufriendo de un tiempo atrás, causado, según él, por las arduas labores en los gallineros. Miguel no hacía más que burlarse de Mariela. Comentaba que papá no se había ido de la habitación por la lloradera, sino por lo fea que era ella. Abuela lo escuchó y le dio un tirón de oreja: —No digas eso, muchacho, que todos los recién nacidos son así, arrugaditos y tiernos.

Lo que le faltó agregar fue que, con el paso de las semanas, ellos se transformaban. Mi hermana se fu convirtiendo en la niña más bella del mundo.

La maestra me entregó la boleta de las calificaciones para que mis padres la vieran y la firmaran. Mis notas siempre habían sido excelentes, motivo de satisfacción para papá. En los días que mamá estuvo hospitalizada, mi rendimiento bajó. La preocupación por ella y el cuidado de mis hermanos habían afectado mi interés por los estudios. Ahora la boleta mostraba los resultados.

Asustada, la escondí: “*No quiero papá no se enteré*”. Cada vez que él me preguntaba, yo le respondía: —Todavía no nos las han entregado.

Fue un error que me enseñó una de las lecciones más importantes, hasta hoy: las mentiras se

descubren. En vista de que las calificaciones no llegaban, papá fue a la escuela. Cuando regresé de clases, vi que él me estaba esperando en la puerta, igual que lo había hecho la tarde en que esperó a Margot, cuando se enteró de que ella me llevaba a pasear con su novio. Intuí que ya sabía lo de las calificaciones.

La reprimenda fue grande. El castigo no pudo haber sido peor. Me ordenó que me pusiera a estudiar de inmediato y en el patio. No en aquel lleno de trinos, duendes, risas y juegos. Si no en el de las sombras henchidas de misterios y peligros. Porque llegó la noche, inusualmente fría (¿o era el miedo que me congelaba?). Quise explicarle los motivos de mis bajas calificaciones, decirle que no era mi culpa. Con mamá en el hospital y cuidando a mis hermanos, no había tenido tiempo de estudiar lo suficiente. Le pedí que me dejara hacerlo en el cuarto, que estaba oscuro y tenía miedo. No lo convencí. Bajo la luz temblorosa de una bombilla y detrás del velo de las lágrimas, las letras del libro no tenían sentido.

Miguel quiso acompañarme, papá no lo dejó. Pensé que era el padre más malvado del universo. A los pocos minutos, que parecieron una eternidad, se acercó y me dijo que ya era suficiente. No pude entender que me había castigado, no por las bajas calificaciones, como me ex-

plicó después, sino por la mentira que esperaba no volviera a ocurrir.



## **CAPÍTULO XXVIII**

### **Las zapatillas de Scherezade**

Elena era mi mejor amiga. Vivía en la casa de al lado, donde su mamá tenía una quincalla. Allí comprábamos artículos de todas clases: útiles escolares, mantelería, dulces, refrescos. Los niños de la cuadra disfrutaban de los helados caseiros, los juguetes y los caramelos. La señora Rosa abría todos los días, menos a la hora de la siesta. Su esposo, el señor Tomás, era un agente viajero que casi siempre estaba fuera de la ciudad.

El patio de esa casa era diferente al nuestro, con árboles y flores de otro tipo, un verdadero palomar y un perro negro, tan escandaloso como Bronco, el pastor alemán de tío Vicente. Se llamaba Negro, era peludo y juguetón. No paraba de ladrarles a las palomas. Por eso, la señora Rosa creía que nos podía morder y evitaba que pasáramos al patio para jugar con él. Sin embargo, cuando, a escondidas, yo metía las manos entre las rejas, Negro se ponía panza arriba y se dejaba acariciar.

A Elena y a mí nos gustaba jugar en la calle. Sentadas en la acera, esperábamos a nuestras amigas, dos hermanas altas, rubias y pecosas. Eran hijas de unos inmigrantes alemanes que, como

papá, dejaron atrás a familiares y amigos para venir a esta tierra generosa, con la diferencia de que ellos tuvieron que escapar de Adolfo Hitler, un militar que sumergió a los países europeos en la Segunda Guerra Mundial. El señor Schmidt comentaba que fue un enfrentamiento cruel y sanguinario donde murieron muchos inocentes. Los vecinos alemanes vivían en el Pasaje Moderno, compuesto por un grupo de casas aisladas. A través de un alto arco y un camino de piedras, se llegaba al conjunto de viviendas de un mismo modelo y pintadas en diferentes colores. Sus ventanales quedaban al ras del piso; los jardines lucían siempre floridos. La última casa era la de ellos. En ocasiones, las hermanas nos invitaban a pasar. Me gustaba la sala, quizás porque estaba sumida en una media penumbra que resultaba mágica. Eso no impedía la vista de tantos objetos curiosos. La decoración era especial. Muebles hechos de una madera muy oscura, nunca antes vista por mí. En las vitrinas, las jarras mostraban hermosos diseños campestres. Las mesas cubiertas con manteles y paños maravillosos. En la pared, un reloj empotrado en una casita encantadora, estaba adornado de pequeños duendes. Del reloj pendían unas largas cadenas que se deslizaban con lentitud. Siempre quería quedarme hasta escuchar cómo daba la hora. En vez de

las campanadas que daba el reloj en casa de mis abuelos, éste abría sus puertas, y un pajarito anunciaba la hora con un rítmico: cu-cú... cu-cú.

En Semana Santa, el señor Tomás, papá de Elena, quiso que yo los acompañara al parque de diversiones. Recién bañada y luciendo mi mejor vestido, me encontré con ellos a la entrada de la casa. Miguel, furioso porque no lo habían invitado, me haló por un brazo para recordarme que en los días santos era un pecado bañarse.

—¡Te convertirás en pez! —exclamó.

Subí a la camioneta del señor Tomás. Él hablaba con papá; Miguel nos veía con envidia. Elena le sacó la lengua y yo le hice una morisqueta. Nos reímos a carcajadas. El señor Tomás se dio cuenta y no le gustó:

—¡Epa, no lo traten así...! Leandro, ¿qué tal si me llevo a tu hijo también?

Mi hermano, al contrario que yo, salió tal como estaba, sin bañarse, seguro de que nada le pasaría; por lo que no hacía más que repetir:

—Te vas a volver pescado... Te vas a volver pescado...

Yo me miraba los brazos a cada rato. Me horrorizaba la idea de verlos llenos de escamas. No pude divertirme como quería. La idea de verme transformada en un pez no me lo permitió. En la noche se le conté a mamá. Ella dijo que eso

sólo formaba parte de las supersticiones de la gente. Llevó a mi hermano a la regadera. Miguel se revolvía como un demonio. Después, cuando lo vi dormido, tan quieto como una momia, embadurné trocitos de papel con la cola de pegar que usábamos en la escuela y se los pegué en todas partes. En la mañana, lo escuché chillar como loco.

A la quincalla de la señora Rosa llegaban objetos que yo no veía en ningún otro lado. Perfumes con olor a madera de Oriente, manteles de Portugal y delicadas figuras italianas. Además, muñecas y bombones de chocolate. De éstos, Elena nunca se cansaba, menos yo. Ella tomaba una caja y los compartía conmigo y con las amigas alemanas.

Cuando llegaba el camión de despacho a la casa de Elena, yo pedía permiso a mis padres para visitarla. Siempre había algo nuevo que despertaba mi curiosidad, como el baúl antiguo que imaginé lleno de joyas. La señora Rosa dijo que sólo contenía un montón de historias, y que perteneció a un príncipe hindú que, al regresar a su tierra, se vio obligado a venderlo.

Una tarde, la encontré revisando la mercancía recién llegada: cintas de colores, hermosos paños hechos con hilos de oro y plata, trenzas terminadas en flecos brillantes. No pregunté para qué servían, pero me encantaron.

—Elena está en su cuarto, Laurita—dijo.

Mi amiga se probaba unas hermosas zapatillas rosadas, que lucían unos arabescos bordados, hechos (supuse) con la misma clase de hilos de los paños que acababa de ver.

—¡Qué lindas! —exclamé.

—Me las regaló mamá. ¿Te gustan?

—¡Claro!

—Anda, pónelas.

Eran de puntas delgadas, tacones bajos y suaves por dentro. Algo sobresalían mis talones, pero yo le aseguré que me quedaban perfectas.

—¿Tendrá otras tu mamá? —pregunté.

—No, son las únicas. Quizás le traigan más.

Las zapatillas eran parecidas a las que veíamos en las ilustraciones del libro de cuentos de Las Mil y Una Noches; a las que utilizaba Scherezade, la hermosa hija del visir Dandán, que durante tantas noches le contó historias al Sultán Sahahariyar para que no le quitara la vida. Elena estuvo de acuerdo conmigo. Las suyas venían de Bagdad.

Desde entonces, no hice más que soñar con unas para mí. La señora Rosa se las prometió a mamá para Navidad. Los días pasaban lentos, mientras la ilusión de tenerlas se agigantaba. Cuando Elena salía con sus vestidos nuevos y sus zapatillas, parecía una princesa. Yo deseaba lucir como ella.

El tiempo, sin motivos para detenerse, dejó que el tan esperado día llegara. La Navidad mostraba el color y el aroma a zapatillas árabes. Ese año, además de los acostumbrados motivos navideños, papá armó un original árbol de navidad: una hilera de luces alumbró el pequeño cactus que adornaba la sala. Simpático. No faltaron las hallacas, los dulces criollos y el ponche de crema. Tampoco los aguinaldos que se escuchaban a todo volumen. Sobre las camas descansaban los trajes con que iríamos a casa de los abuelos, donde llegarían los obsequios del Niño Jesús.

Impaciente, le pregunté a mamá cuándo me daría las zapatillas: “Pronto, hija, pronto”. El tiempo pasaba; ella hacía como que no se daba cuenta de mi ansiedad, hasta que, a la hora de vestirnos, volví a preguntar. Abrió el escaparate y sacó una caja. El corazón se me detuvo.

La caja estaba envuelta en papel rojo y cintas verdes. En el mundo no existía otro regalo igual. Papá me observaba con un gesto extraño. Carraspeó y me hizo señas para que me sentara a su lado.

—Laura —dijo—, ya tú eres grande, lo suficiente para que entiendas algunas cosas. Sabes que nuestra situación todavía es difícil. Sin embargo, tu mamá y yo hemos hecho el sacrificio para comprarte este obsequio. Esperamos que sepas valorarlo.

Terminó de hablar y yo corrí con el regalo a mi habitación. Unos segundos más y podría ir a la casa de Elena con mis zapatillas nuevas. La envoltura quedó hecha trizas en el suelo. Sólo faltaban ellas para complementar mi vestimenta. Suspiré y abrí la caja. Eran unas sandalias, no las zapatillas con las que tanto había soñado.

Un nudo lastimó mi garganta. Cuántos deseos sentía de llorar. Tuve el impulso de devolverlas, pero al recordar las palabras de papá, comprendí que ellos no merecían mi malcriadez. Esperé a que el desencanto pasara o que, al menos, pudiera disimularlo. Observé, de nuevo, mi regalo. No estaba mal. El nudo desapareció y pude salir a la sala, con una sonrisa y las sandalias puestas. Mis padres cruzaron una mirada de alivio cuando me vieron. Eso me hizo muy sentir bien. Los amaba y no quería que sufrieran por mi culpa. Esa noche fue de gran alegría. En casa de los abuelos, el Niño Jesús fue espléndido.

A Elena le gustaron mis sandalias. Comentó que, cuando yo quisiera, me prestaba sus zapatillas. No era necesario. Mis sandalias eran preciosas... Me acompañaron largo tiempo.



## CAPÍTULO XXIX

### Un cintillo de terciopelo negro

Por segunda vez, papá se vio obligado a dominar el orgullo frente a sus suegros. Tuvo que permitir que mamá saliera a trabajar. Solo así podían seguir cubriendo los gastos. Las gallinas comían demasiado y se enfermaban más. Eso significaba disponer de suficiente dinero para atenderlas. Hubo que despedir al empleado, por lo que papá comenzó a levantarse más temprano. Sólo así podía cumplir con la rutina diaria de los gallineros y con los pagos a los proveedores y a su socio. El esfuerzo no era suficiente.

Si el negocio hubiera sido propiedad de papá, las cosas hubieran sido distintas, pero compartir el producto de las ventas con Don Clemente lo colocaba en unas condiciones desesperadas. El socio no le hacía presión; sin embargo, papá prefería cumplir con él:

—Amigo mío, cuentas claras. Además, no quiero que se me acumulen las deudas. Lo que quedaba no era suficiente para la familia numerosa. Por suerte, además de los estudios, que no terminó para casarse, mamá había hecho, en sus tiempos libres, un curso de corte y costura. Eso le sirvió para trabajar con Cristina, una señora que poseía un taller donde cosía los trajes para

las mujeres de la sociedad barquisimetana. Tenía tantos encargos, que necesitaba, con urgencia, a alguien que la ayudara.

Cristina era vecina de mis abuelos. Viuda y venida a menos, armó su taller en su propia casa. Cuando abuela se enteró de que buscaba una costurera, no dudó en recomendarle a su hija. Estábamos de vacaciones escolares. Mariela daba los primeros pasos y yo dispondría de tiempo para cuidarla. El trabajo de mamá, por lo demás, sería una actividad temporal.

Miguel y yo éramos inseparables, Antonieta y Mariela también. Se la pasaban todo el tiempo en el patio, tomadas de la mano. Cuando Mariela perdía el paso, Antonieta la paraba y le sacudía el pañal. Y cuando arañaba las paredes, abombadas por la humedad, o tomaba puñitos de tierra para darse sus pequeños banquetes, le pegaba en la manita y le decía:

—¡Ah, no, hermanita, eso no se hace! Mariela la veía con sus ojos luminosos y se quedaba tranquila. Les encantaba jugar con las gallinas. Abrían la cerca y, cuando ya casi estaban dentro del gallinero, papá las detenía. Había una razón para eso: el gallo más grande y pendenciero, el que batía las alas como un poseído, odiaba a Antonieta.

Papá acostumbraba ir con mi hermana a los gallineros, hasta el día en que ocurrió algo que le

hizo cambiar de idea. Antonieta disfrutaba persiguiendo pollos y hurgando los nidos. Cada vez que tropezaba con un huevo, lo cogía con cuidado y exclamaba:

—¡Papito, mira lo que encontré!

Después, sacaba el alimento de los comederos para botarlo. Papá la reprendía:

—¿Qué haces? ¿No ves que con eso no se juega?

Una tarde, cansada de revisar nidos, perseguir pollos y vaciar los comederos, se le ocurrió corretear a las gallinas, que escapaban en medio del escándalo. Al gallo no le causó gracia que incomodaran a su harén emplumado, por lo que abandonó su trono para defenderlo. Sin que nadie lo pudiera evitar, se acercó a mi hermana y le lanzó un picotazo, que dio justo en la cara.

Para tranquilidad de todos, no hubo nada que lamentar. Sólo tuvimos que verla varios días con un parche sobre la mejilla. Mientras el susto no le pasaba, Antonieta se mantuvo alejada de los corrales, pero cuando lo olvidó, volvió a las andadas. Cada vez que intentaba traspasar la cerca, el gallo, de buena memoria, abandonaba su reino para atacarla de nuevo. Ella corría hacia el otro lado del patio.

Antonieta comentaba que veía ángeles por todas partes. Creímos que eran inventos suyos. Luego, tuvimos que darle la razón. En la cocina había

una platera donde los platos semejaban discos sin carátulas. En la parte superior, mamá tenía una colección de vasijas de barro. Mi hermana se antojó de una. Buscó la silla para alcanzarla. Como no lo lograba, se subió a la platera, se puso de puntilla y perdió el equilibrio. Trató de no caer, agarrándose de un plato, pero éste se vino abajo con ella.

El golpe en la cabeza le volteó los ojos, una vez más. Cuando escuchó el ruido, papá entró a la cocina y la levantó. Lo único que se le ocurrió fue meterle la cabeza debajo del chorro de agua. Antonieta volvió en sí. Una vez fuera de peligro, papá le dio un par de nalgadas, por lo que ella se olvidó de las vasijas. Nos contó después que, mientras tuvo los ojos virados, se le apareció un ángel que le prometió cuidarla por siempre. Desde entonces, nunca más se dio trancazos en la cabeza, pero no escapó a los castigos por sus continuas travesuras.

Se nos hizo una costumbre ir por mamá al trabajo. Papá la esperaba en el carro; nosotros aprovechábamos para visitar a los abuelos. El día de pago era especial. Mamá compraba cosas para la casa y golosinas para nosotros. Luego, hacía sus cuentas y le entregaba el resto a papá. Él se ponía de mal humor.

—Las mujeres deben cuidar la casa, no mantenerla—decía.

Ella trataba de tranquilizarlo:

—Es por poco tiempo, Leandro. Pronto volveremos a la normalidad.

En casa de los abuelos, Ma' Celina pasaba el tiempo descansando. La vejez le pesaba mucho. No obstante, una vez quiso acompañarme. Apoyada en su bastón, fuimos al taller de Cristina. Había una pequeña tienda en el salón, con una variedad de cintas, hilos y botones. También, un montón de lindas muñecas.

—Escoge la que te guste, Laurita—dijo Ma' Celina.

—Regáleme lo que usted quiera—respondí.

Eigió un cintillo. No uno cualquiera, sino el más delicado, cubierto con una cinta de terciopelo negro y canutillos brillantes. Me lo probé y me sentí muy linda. “Lo que dirá Elena cuando me vea”. En la noche lo guardé como el más valioso de los tesoros.

Al despertar, fui al patio y me senté debajo de un naranjo. No me cansaba de acariciar el hermoso regalo. El aroma de azahares volaba con la brisa y, como una polilla invisible, jugaba con mi nariz. Quería mostrarle mi regalo a Elena. Era temprano todavía para ir a su casa. Me puse el cintillo. Debí presionarlo muy fuerte porque se partió en dos.

Lo miré sin saber qué hacer. *¿Qué le diré a Ma' Celina cuando me pregunte por él? No debo mentirle. Ya*

*sé que las mentiras se descubren. Sólo un milagro puede ayudarme.* Una luz divina alumbró mis ideas. Si rezaba con toda mi fe, los trozos de cintillo se unirían. No sé cuánto tiempo estuve arrodillada, sin que Dios me escuchara. No me quedaba más que enfrentar el enojo de mi bisabuela.

Me equivoqué. Como nos decía mamá: Él atiende a los ruegos de todas las criaturas del mundo. Y yo no fui la excepción. El cintillo permaneció roto, pero, cuando se lo conté a Ma' Celina, en vez de disgustarse, sonrió:

—Cuando volvamos a donde Cristina, te compro otro.

## **CAPÍTULO XXX**

### **La lealtad de los Celtas**

A Miguel le gustaban los papagayos, las perinolas y jugar conmigo. Éramos unidos, aunque de vez en cuando me fastidiara con sus bromas. En esos casos, reñíamos hasta que papá o mamá intervenían. En realidad, nos duraba poco el disgusto. Pronto enterrábamos las “insalvables diferencias” y volvíamos a nuestros juegos.

Aunque él era más pequeño que yo, asumía el papel de hermano mayor. Lo que le faltaba en estatura, le sobraba en valor. Iba conmigo a todas partes. Su protección era tanta que, si sentía que un niño no me trataba bien, cerraba el puño, en actitud amenazante. Miguel era capaz de liarse a golpes por sus hermanas.

Las dificultades en casa aumentaban y papá se debatía entre la amargura y las preocupaciones. De nada servían los esfuerzos por conservar la buena salud en los corrales. Las gallinas no dejaban de morir, y él no sabía qué hacer para evitarlo. La epidemia dominaba. Sin embargo, aún se recogían suficientes huevos y los pedidos no cesaban. Sin empleado, ¿quién podía ayudar? Las bodegas no quedaban lejos. Miguel y yo comenzamos a hacerlo.

Muy temprano y bajo la dirección de papá, atendíamos los gallineros y al resto de los animales. Después del desayuno, sin mamá en casa, papá distribuía el tiempo entre los corrales y el cuidado de mis hermanas. Mamá deseaba dejar de trabajar y quedarse en casa, pero todavía no era posible.

Mi hermano y yo salíamos de la escuela directo a casa. Nada de juegos. Papá nos esperaba para que comenzáramos con la ronda de entregas. Ya cerca de la casa, se escuchaban los ladridos de nuestras mascotas. Sus finos olfatos nos percibían desde lejos. Al vernos, Coqui y Camelo saltaban de alegría, como si tuvieran mucho tiempo sin vernos.

¿Cómo llegaron estas mascotas a la familia? Tío Vicente era de nobles sentimientos. Como buen samaritano, socorría a todo animal callejero y maltratado. Más de una vez había vendado la pata de algún gato o perro lastimado. Cuando encontró a Coqui, malherido y moribundo en una zanja solitaria, no pudo abandonarlo a su suerte. No podía llevarlo con él. Bronco no dominaría sus agresivos celos caninos; por eso, decidió dejarlo en nuestra casa. Papá también amaba a los animales. Apenas observó al pobre animal en el cesto de la bicicleta de mi tío, se conolió. Coqui pasó a formar parte de la familia.

Era un perro largo, patas cortas, de pelaje marrón y manchas negras. A los pocos días demos-

tró, después de devorar cantidades de comida, una textura de roble, tan fuerte como su espíritu, lo que le permitió recuperarse en un santiamén. Convertido en un hermoso fardo de ternura y nobleza, recorría las calles vecinas o correteaba a las gallinas, que huían entre aleteos y cacareos.

Solía mostrar una naturaleza de vagabundo, perdiéndose por días quién sabe en qué rumbos añorados. Nos daba tristeza; papá aseguraba que Coqui siempre regresaría, porque contaba con el pan y el techo que nosotros le ofrecíamos. Los perros eran agradecidos y leales, y no olvidaban a quien bien los trataba. Por voluntad propia, nunca nos abandonaría. Así fue.

De una de sus andanzas regresó con Camelo, un perro un poco más alto, blanco grisáceo, quizás, por el polvo de los caminos; callejero y de buen aspecto. Cuando mamá lo vio entrar, exclamó: —¡No podemos alimentar otro perro! Papá le contestó:

—Donde come uno, comen dos. Camelo no se fue. Coqui y Camelo se hicieron inseparables. Comían, paseaban y dormían juntos. Ladraban a dúo cuando veían un extraño pasar frente a casa. Apenas éste los acariciaba, olvidaban su furia y movían la cola. Se convirtieron en las mascotas del vecindario. Era divertido verlos correr detrás

las bicicletas, una y otra vez, ladrando como locos inofensivos. Los ciclistas ya los conocían y no se asustaban. En ocasiones se iban tan lejos, que parecían hundirse en el horizonte. Regresaban cansados, empolvados y hambrientos.

Papá llegó a un acuerdo con sus clientes: enviaría los pedidos por las tardes. Así Miguel y yo no faltaríamos a la escuela. Después del almuerzo, y luego de una lista de recomendaciones, nos daba una cesta de huevos a cada uno. Qué importantes nos sentíamos; ayudábamos con los gastos del hogar. Coqui y Camelo respondían al silbido de mi hermano y, delante o detrás de nosotros, iban con la lengua afuera y sus sonrisas eternas. Bajo el sol ardiente y a lo largo del camino, husmeaban entre los matorrales. Luego, corrían para alcanzarnos.

Asíamos las cestas con tanta fuerza, que terminábamos con los dedos adoloridos. Nuestro deseo era que papá se sintiera satisfecho de nosotros. Sin embargo, a los pocos días, aflojamos. ¿Cómo dominar el espíritu inquieto de la niñez? Sin darnos cuenta, se fue esfumando nuestra seria intención y comenzamos a correr por las calles polvorientas. Las cestas se balanceaban de un lado a otro. Frente a los terrenos baldíos, las dejábamos en el suelo. Cortábamos flores y frutillas hasta el cansancio. Milagrosamente, los pedidos llegaban

intactos. En casa, papá nos esperaba en el porche, entre impaciente y preocupado. Nuestra responsabilidad era entregar las cestas y regresar directo a casa. Eso le daba la oportunidad de cumplir con otros pedidos. Obedecíamos, hasta que se nos olvidaba de nuevo.

Llegaron las fiestas navideñas y, con ellas, más trabajo. Los pedidos aumentaron. A pesar de la epidemia, contábamos con suficientes gallinas. Papá pensó en contratar a alguien para que nos ayudara; nosotros le aseguramos que no era necesario. Dudó unos instantes. Finalmente, aceptó. A cambio, nos ofreció el premio de llevarnos a las patinatas, suceso que esperaban niños y adultos en las épocas decembrinas. En vísperas de Navidad, después de la misa de madrugada, o misa de gallos, la gente salía de las iglesias y se quedaba en las calles a compartir con familiares y amigos. Se cerraba el paso a los vehículos para que todos pudieran patinar sin peligro. El que no quería patinar, se sentaba a conversar.

Miguel prometió que me enseñaría a usar los patines. A pesar de que mi abuela dijera que éstos habían sido fabricados para el entretenimiento de los varones, era algo que yo deseaba desde hacía tiempo. Mis amigas los usaban y nunca las vi perder su decencia. Abuela, definitivamente, estaba fuera de moda. Para ir a las patinatas, de-

bíamos dar nuestro mayor esfuerzo. *Nada de carreras ni distracciones*, dijo papá. Mi hermano y yo nos miramos con algo de duda. Si con una cesta no era sencillo, con dos cada uno, seguramente, nos convertíamos en tortugas repartidoras.

El peso de las cestas nos obligaba a descansar. Parados frente a las casas, curioseábamos a través de las ventanas y puertas abiertas. Los salones mostraban hermosas obras artesanales: nacimientos de todos los tamaños. Montañas y valles fabricados con cajas de cartón y papel periódico pintado. Entre las casitas y los animales de plásticos, trozos de espejos representaban pequeñas lagunas. En la cima, siempre una estrella de Belén escarchada. Los pesebres vacíos, rodeados por las figuras de José, María y los Reyes Magos, acompañados por una mula y un buey. Según la costumbre, el Niño Jesús debía colocarse en el pesebre a las doce de la nochebuena, el día de su nacimiento. Navidad era un espacio mágico, alegre y generoso. Familias y amigos eran más unidos. Los obsequios eran testimonios de amor y aprecio, y se entregaban en un clima de completa armonía. Las amas de casas se lucían en la cocina y convidaban a comer sus hallacas perfumadas y dulces tradicionales, acompañados de las bebidas que poseían la virtud de alegrar el espíritu.

Un atardecer, cuando faltaba entregar la última cesta, sucedió lo impredecible. El aire fresco y los villancicos recorrían las calles. Mi hermano y yo hablábamos sobre la situación que se vivía en casa. Comentó que estaba dispuesto a abandonar los estudios, si era necesario. Le dije que no tenía edad para asumir tanta responsabilidad y que mis padres no lo aceptarían. Aquella muestra de buena voluntad, me hizo verlo menos niño.

A pocos metros de llegar a la bodega, donde dejaríamos la cesta, pisé mal y me fui de bruces. Quedé tirada en el piso, boca abajo y rodeada de huevos rotos. Miguel comenzó a reír, hasta que se dio cuenta de mi llanto. Me ayudó a sentarme en la acera y limpió los raspones de mis rodillas.  
—¿Te duele mucho?

—Sí.

—No llores—dijo Miguel—, mamá te pondrá algo en las heridas y te sentirás mejor.

—No es por eso que lloro. Es por ti, porque papá ya no nos llevará a patinar, y yo sé cuánto deseas ir.

—No importa, Laura, vamos el otro año.

—¿Te imaginas cómo se va a poner? Ahora me castiga mandándome al patio.

—No creo... Vamos a hacer una cosa. Le digo que se me cayeron a mí.

—¿A ti? ¿No te da miedo que te castigue?

—¡Yo soy un hombre valiente!

Nos reímos.

Aquella actitud me conmovió. Dejé de llorar. En aquel instante, mi amor hacia él pareció brotar por los poros de mis sentimientos. Nunca podría quererlo más; se había ganado mi lealtad eterna. ¡Lealtad! Esa palabra me hizo recordar una de las historias de Ma' Celina, aquella sobre el juramento de los celtas.

Las tribus celtas habitaron Europa unos ochocientos años antes de la era cristiana. Estas tribus celebraron un tratado de paz con Alejandro Magno, un famoso macedonio que realizaba una campaña militar en la zona. Los celtas juraron que esa alianza duraría hasta que el cielo se desplomara. Mil años después, ellos usaron la misma fórmula para dar su palabra de honor: Nosotros guardaremos fidelidad a menos que el cielo se caiga y nos aplaste o que la tierra se abra y nos trague o que el mar se eleve y nos sumerja.

Era lo que mi corazón quería decir. Juré en secreto que, a partir de esa tarde, mi alianza con mi hermano quedaría estampada por mil sellos de sangre, y que duraría hasta que el cielo se desplomara. No conforme con eso, agregué algo más: Mi fidelidad durará hasta que la muerte nos separe. No recordaba donde había escuchado esa expresión, pero me pareció perfecta, y que

era lo menos que podía ofrecer a un hermano tan generoso.

Regresamos en silencio. Tal vez, Miguel meditaba en lo que diría papá. Yo, en lo que acababa de suceder. Eso significó más de lo que pude suponer entonces. Entre villancicos y huevos rotos, dejamos de ser niños.



## **CAPÍTULO XXXI**

### **Una sonrisa que se apaga**

Los años terminaron por acabar con la elegancia y la fortaleza de Ma'Celina. Perdido en un manto de arrugas sin fin, su espíritu comenzó a vagar por las regiones lejanas de la juventud. No era extraño que preguntara por alguna de sus muñecas, o protestara porque se le había hecho tarde para recibir las clases de piano. Hundida entre sábanas, almohadones y recuerdos hablaba con amigos invisibles y desconocía a los miembros de la familia. Cuando yo me acercaba y le tomaba la mano, sonreía encantada de verme, pero me llamaba por otro nombre.

El aroma a agua de colonia del escaparate dejó de parecerse a ella, cuando el desuso impregnó sus vestidos de encierro y abandono. Las carteras de carey y los zapatos de salir parecían desconcertados porque no sabían cuál sería su destino. Con las hebras de cabello que soltaba, se despedían sus cuentos y canciones. Cuando la chispa de la mirada se sumergió, definitivamente, en su mundo interior, abuela consideró que nosotros, sus bisnietos, no debíamos entrar más a la habitación. Los últimos días de Ma'Celina fueron un misterio.

Tío José llegó una noche con la triste noticia. La edad había decidido, al fin, llevarla a pasear por la eternidad. Mamá, vestida de negro y con los ojos rojos, dijo que debíamos quedarnos en casa. Papá, con las llaves del auto en mano, exclamó:

—¡La gente noble no debería morir!

Él sentía un gran afecto por mi bisabuela. Valoraba el amor y dedicación de ella hacia nosotros. Por otra parte, siempre le cautivaron los modales finos y la manera aguda y directa de sus comentarios. Cuando yo los oía conversar y reír, me parecía que, para Ma´Celina, papá era otro hijo.

Al otro día fuimos a despedirla. La casa de los abuelos estaba llena de gente. Todos se acercaban para observar el rostro rígido dentro del ataúd. Yo preferí mantenerme alejada para guardar en la memoria la imagen de su sonrisa llena de vida. Tendida en el lustroso cajón y en los hombros de sus hijos y nietos, salió de la casa para no regresar. A mis hermanos y a mí no nos llevaron al cementerio. Fue lo mejor. En mis recuerdos quedaría mi bisabuela como la persona dulce y llena de luz que fue, y no como una caja de madera hundéndose bajo montones de tierra.

Al principio, me costó aceptarlo. Todo no era más que un mal sueño, y el día menos esperado la encontraríamos cantando en su mecedora, como si nada hubiera ocurrido. Cuando la reali-

dad se impuso y admití que no volvería a verla, comencé a pensar en la posibilidad de que mis padres, como ella, también se fueran. Un desagradable escalofrío recorría mi piel.

Ma´Celina fue una señora elegante, con la sonrisa de la gente que ha llevado una vida tranquila. Desde que su esposo, mi bisabuelo, murió no dejó de usar vestidos de medio luto. Decía que, más que la costumbre, era su manera de demostrar cuánto lo había querido. Si no estaba leyendo, bordaba flores o se sentaba frente al secreter, con la pluma en la mano y las hojas de papel perfumadas. Yo me paraba a su lado, quieta y callada, para verla escribir. No dejaba de responder las cartas que recibía y, aunque lenta y temblorosa, su caligrafía nunca perdió la belleza. Según mamá, Ma´Celina prefirió mantenerse ocupada para no complacer a los caprichos desleales del tiempo.

Extrañé dos cosas: los abrazos olorosos a Jean Marie Farina y la dulzura de su voz, cuando nos cantaba a la hora de la siesta o nos contaba sus cuentos. Fue un año doloroso. A los pocos meses de haberse ido ella, nos abandonó Coqui. Una mañana, cuando salíamos para la escuela, nos encontramos con el cuerpo sin vida. Papá trató de reanimarlo porque aún tenía la cabeza tibia. Fue envenenado. Coqui era una mascota

tan noble e inofensiva, que no encontramos una razón para que alguien quisiera verlo muerto. En un terreno baldío, cavamos un hueco profundo y lo enterramos.

Camelo no soportó su ausencia. Gemía por los rincones y nunca más fue el mismo. Se asomaba a la calle y se devolvía. Por muchas que fueran las caricias, no meneaba la cola. Perdió el interés por las bicicletas y por la comida. Y cuando se cansó de buscar a Coqui y no dar con él, decidió partir para seguir buscándolo por otros caminos. Imaginé que se encontraban y corrían hacia el horizonte, como acostumbraban, para disfrutar de las puestas del sol en un lugar privilegiado del cielo.

Aunque el dolor era diferente, sufrí mucho por los tres. Con mi bisabuela se iba un trozo importante del encanto de mi infancia. Con Coqui y Camelo, la nobleza y la lealtad de dos inigualables compañeros. Me sentía tan triste, sobre todo porque comprendí que los seres queridos podían irse sin que nadie pudiera evitarlo, aprendí lo que era el vacío de alma. A la hora de dormir, entre las sombras, los murmullos me desvelaban.

## CAPÍTULO XXXII

### Un volcán que despierta

Cerca de nuestra casa vivía la familia Morales, integrada por un grupo de personas que se dedicaban a la elaboración de caramelos de coco y pocillos de peltre. Mamá comentaba que los Morales hacían milagros para subsistir; sin embargo, siempre andaban con una sonrisa en el rostro, como si las dificultades les fortalecieran el espíritu.

El olor a caramelo fluía por las ventanas del taller, flotaba en la calle y se introducía por la nariz. Los vecinos aspiraban el aroma y salían de sus casas para ir a comprarlos. Con una moneda en la mano, yo me iba directo a la mesa donde se envolvían los caramelos, después de que la mezcla del melado y el coco, ya endurecida, se había picado en cuadritos muy deliciosos.

A mamá le encantaban los utensilios de peltre. A mí no. Por eso ignoraba las tazas, platos y ollas que ella quería. Yo saboreaba mis caramelos, y ella escogía y preguntaba los precios. Si le eran inaccesibles, los volvía a su sitio, diciendo que regresaría por ellos después.

—Lléveselos, Estela, y los paga cuando pueda —le ofrecía la señora Morales. Mamá sacaba nuevamente las cuentas y respondía:

—Otro día, no quiero endeudarme.

Ella recibió un bono en Navidad. La costura había dejado excelentes beneficios y Cristina quiso recompensarla por su trabajo. Mamá pensó que era el momento de comprar los utensilios. No contó con el hecho de que también la familia Morales había tenido un buen año. Vendió hasta la última pieza. No obstante, la señora Morales prometió entregar el pedido en una semana. Mamá aceptó, sin tener la más leve sospecha de lo que aquella compra significaría para mí.

Las señoras querían verse elegantes y renovadas en Navidad; Cristina no dudó en complacerlas, lo que implicó más trabajo. Le pidió a mamá que se quedara unas horas más, hasta entregar el último vestido. Eso significó que las ollas se quedaran esperando. Eusebio, el hijo mayor de la familia Morales, decidió hacernos el favor de llevarlas a casa. Fue una pésima idea.

En esas épocas, no era bien visto que una mujer casada recibiera hombres en ausencia del esposo. Como el suyo no había llegado, mamá atendió a Eusebio en la puerta, con nosotros a su lado, sus pequeños guardianes. Cuando ella le pagaba, apareció papá. Él, dando muestras de una carencia total de buenos modales, pasó por un lado sin saludar. Algo ya nada extraño. Su malhumor se había hecho una costumbre.

La situación era, cada vez, más complicada. La epidemia terminó por apoderarse de los gallineros. Los medicamentos no pudieron evitarlo. Las gallinas perdían las plumas, se picoteaban unas a otras y amanecían muertas. Las que no, se curaban lentamente. Esa situación mantenía encendida la irritación en papá. Discutía con mamá porque sí o porque no. Cuando eso sucedía, yo buscaba dónde esconderme. Mis hermanos me seguían, como pollos a la gallina. Mis hermanas lloraban y Miguel, enojado, se mordía las uñas. Mamá trataba de calmarlo, pero cada vez le era más difícil. No se daba cuenta de que papá estaba a punto de colapsar. Las rabietas anteriores habían sido pequeñas exhalaciones de humo. Ahora llegaba el momento para que el volcán, que se había traído debajo de la piel, hiciera erupción. Cualquier banalidad hubiera podido ser el motivo. Así de tensa se le había vuelto la vida. Por desgracia, fueron Eusebio y los pocillos los causantes del estallido. La mirada de papá fue tan expresiva, que el peltre de los Morales casi se torna lava en las manos de mamá. Nerviosa y sin despedirse, tiró las ollas sobre la mesa para enfrentar lo que venía.

Papá hablaba tan fuerte, que mis hermanas comenzaron a llorar. Mamá trataba de explicarle el porqué de la presencia del vecino. Parecía no escu-

charla. Miguel y yo temíamos que la violencia fuera a mayores y ella saliera lastimada. Apoyándose en su valor, mi hermano entró a la habitación:

—¡Déjela tranquila, que ella no ha hecho nada malo! Sorprendido por esa actitud, papá enmudeció un instante. Luego, rugió:

—¡Esto es entre su mamá y yo; déjenos solos! La intervención lo hizo reaccionar y calmó la tempestad. La voz se suavizó. Mamá dejó que él desahogara la impotencia que le estaba quemando el alma. Con los años, ella había aprendido a comprender los conflictos internos de un hombre lastimado por las vicisitudes. Una vez que le vio sosegado y arrepentido, se sentó a su lado y le aseguró que no existían razones para que llegara a ese estado. Él, como un balón sin aire, explicó:

—Estela, sé que me excedí. Discúlpame, una vez más. Sucede que estoy harto de esta situación. No quiero que trabajes. ¡Ve cómo está la casa, mira qué descuidados están los muchachos! Yo hago todo lo que está a mi alcance, pero... Creo que no debí aceptar este negocio. No hacemos más que endeudarnos, sin la esperanza de que algún día salgamos a flote.

—Papá pensó que nos podía ir bien...

—Lo sé. No lo culpo. Al contrario, le estoy agradecido, pero creo que llegó la hora de la verdad. Ella le dijo que sabía que aquel arrebató no era

causado por celos hacia Eusebio, si no por la frustración frente a unos resultados que no se correspondían al esfuerzo de ambos con el cuidado de las gallinas. Él debía entender que la vida no acababa allí, y que tuviera fe en que las cosas no permanecerían así por siempre. Además, ella estaba a su lado para apoyarlo. Papá le contestó:

—La verdad, Estela, es que no puedo más. Tengo tiempo pensando en lo que debo hacer. Se me ocurre regresar a El Salvador, por un tiempo, a ver qué pasa. Quizás, las cosas estén mejores ahora... Podría llevarme a Laura...

Hasta ahí llegó mi atención, no pude seguir escuchando. El desconcierto, transformado rápidamente en miedo, se alojó en el estómago. ¿Llevarme con él? ¿Vivir lejos de mis hermanos? ¿Mamá lo permitiría? Papá nos había mostrado en un mapa donde quedaba el país donde había nacido: *¿Ven?, está en el mismo continente, sólo que, para llegar allá, hay que viajar en avión.*

En el mismo continente o en uno distinto era lo mismo que decir: en otro planeta. Me alejé llorando, con el deseo de dormirme y no despertar jamás. ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse allá? ¿Era para siempre? ¿Había dejado de querer a mamá? ¿No le importaban mis hermanos? Estaba confundida. Si algo tenía claro, era que yo no quería irme con él. Sentí remordimientos, pero

me asustaba la idea de alejarme de mi familia. A pesar del caluroso verano, hacía frío.

## **CAPÍTULO XXXIII**

### **El ogro de los cuentos de hadas**

Pasaban los días y papá no habló más sobre irse del país. Terminé por creer que lo había olvidado. Las gallinas seguían enfermándose. A él le dolía verlas sufrir; se propuso acabar con el mal que las aquejaba. Fueron tantos los cuidados, que lo logró. Sin la epidemia, regresó el cacareo a los corrales. A pesar de eso, papá decidió dejar el negocio. Don Clemente y mi abuelo estuvieron de acuerdo.

Se colocó un aviso de venta a la entrada del garage. Los que querían ver la casa paseaban por las habitaciones y discutían el precio. Los interesados en las aves de corral revisaban los gallineros y las incubadoras, contaban gallinas y pollos y, también, discutían el precio. Las aves se vendieron primero. Mis hermanos y yo seguíamos jugando en el patio. Todo era distinto. Sólo se escuchaba el rumor de las hojas y el zumbido de las cigarras. ¡Cómo extrañamos el bullicio de las gallinas! Caminábamos entre los nidos vacíos. Sin cacareos, las granadas no tenían el mismo sabor y el venado se veía triste.

Papá decidió volver a su antigua profesión y buscó empleo en los periódicos de la ciudad; no tuvo

suerte. Llamó a un amigo que le consiguió una entrevista en la capital. La esperanza de un nuevo empleo barrió la amargura. Cuando regresó de Caracas, supimos que lo habían contratado.

Viajaba todas las semanas. Salía los domingos por las tardes y llegaba los sábados siguientes, a media mañana, cargado de vestidos, zapatos y juguetes. Mamá nos ponía los estrenos y nos íbamos de paseo. Papá nos aseguraba que pronto nos mudaríamos: *Antes debemos vender la casa. Sólo hay que esperar a que aparezca un comprador.*

Sin él en casa, yo me sentía extraña. Quería que él estuviera con nosotros; por otro lado, me gustaba la tranquilidad en que vivíamos. Mamá ya no salía a trabajar y se dedicaba a cuidarnos. Por las noches, mis tíos se turnaban para acompañarnos. La casa era muy grande y abuelo decía que era mejor que no nos quedáramos solos. Entonces, mis tíos se dedicaban a contarnos cuentos cuentos.

Terminó el año escolar. Mamá se preguntaba si era el momento de retirarnos de la escuela. Los meses pasaban y la casa no se vendía. Papá comentaba que no quería vivir sin nosotros. Abuelo le aconsejaba que tuviera un poco más de paciencia.

Miguel, Antonieta y yo pasamos de grado con excelentes calificaciones. Apenas papá llegó, mamá se lo contó. Esa noticia le causó mucha satisfacción:

—Les voy a hacer unos buenos regalos—dijo.  
Y cumplió. Sólo que el mío, a diferencia de los de mis hermanos, venía acompañado de fantasmas. A Miguel le dio dinero para que comprara lo que quisiera, a Antonieta, una linda muñeca. A mí, unas vacaciones.

—Me llevo a Laura por una semana—dijo.  
Mi corazón brincó. Recordé lo que él había dicho la noche en que Eusebio llevó las ollas de peltre a casa. Papá era un hombre de palabra. Había llegado el momento de cumplir con lo dicho; la hora de mi desventura. Yo quería preguntarle a mamá si de verdad él sólo quería llevarme de vacaciones o era un pretexto para irse a su país. No me atreví. Ella siempre nos dijo que de los padres no se dudaba, y que ellos hacían lo mejor para sus hijos. Encerré en el valle gris de mis miedos, uno más. Cuando se lo comenté a Miguel, se burló.

—No seas tonta. Papá no nos abandonará nunca. Ojalá me llevara con ustedes.

De todos modos, traté de averiguar:

—A dónde vamos, papá y yo, debe ser bonito, ¿verdad, mamá?

—¡Claro! ¿Ya no te acuerdas de Caracas?

El miedo es una araña que teje redes de desconfianza. Pensé que mamá me estaba engañando. Quizás, no quería que me diera cuenta de las in-

tenciones verdaderas de papá, hasta que estuviéramos lejos. Me despedí triste y angustiada. A nadie le extrañaron las lágrimas en mis ojos. Era la primera vez que me alejaba de casa. Me fui convencida de que era la última vez que vería a mi familia. Papá, frente al volante, no era más que el ogro de los cuentos de hadas.

## **CAPÍTULO XXXIV**

### **Una lluvia de nostalgia**

Llegamos a Caracas, al atardecer. El clima fresco entraba por las ventanillas del automóvil y, por el radio, fluía una de las canciones de moda. Papá tarareaba. En mi imaginación, estaba contento porque él cumpliría el deseo de volver a su país. Nada más faltaba que entráramos al aeropuerto. Aunque tan sólo habían pasado cuatro años desde que nos mudamos a Barquisimeto, Caracas era distinta a cómo la recordaba. Posiblemente, en aquel tiempo no me fijaba mucho en los detalles. Ese día me deslumbraron los altos edificios. Todo era nuevo para mí. Las Torres de El Silencio eran más grandes a como las tenía en mi memoria. Papá quiso pasar por donde habíamos vivido. Desde la Avenida Sucre, los super bloques, donde brotaron mis primeros temores infantiles, parecían jinetes sobre las monturas desiguales de los cerros.

Después de tanto rodar, llegamos a la Avenida Fuerzas Armadas. La casa donde se hospedaba papá era amplia y agradable. Un hotel modesto para personas solas y matrimonios sin hijos, con una linda vista a las montañas de El Ávila. Nos recibió Fara, su propietaria, una italiana con

una sonrisa tan grande, que casi sobresalía de su rostro delgado. Hablaba en un tono diferente al nuestro y eso llamó mi atención. Su hijo, Bruno, se ocultaba detrás de ella. Me gustaron los dos. Luego de la cena, Fara me llevó a la habitación que había preparado para mí. Aunque la decoración era sencilla, relumbraba entre la limpieza y el orden. La ventana daba a la avenida, y la luz de un farol callejero atravesaba los cristales. Después de que papá me dio las buenas, me dejó sola. La luz de la calle apenas iluminaba el cuarto. Como de costumbre, la luz no era suficiente para borrar mis miedos.

¿Cómo, si estaba lejos de casa y con el convencimiento de que no volvería a estar con mi madre y mis hermanos? Lloré, como nunca lo había hecho. Pensé en las mil y una formas de pedirle a papá que no me llevara con él. No podía vivir sin mi familia. Le prometería portarme bien, hacer lo que él me pidiera. Sólo que ignoraba las palabras justas para convencerlo.

Seguí llorando, hasta que me enojé. A medida que transcurrían los minutos y se secaban las lágrimas, algo sucedió dentro de mí. Un sentimiento desconocido comenzó a darme fuerzas. No voy a llorar más, me dije, tampoco me asustaré. Por más que el cuchicheo de los monstruos no cesaba, me dormí. Si el canto de los heca-

tónquiros se apoderaba de mis sueños, no me sacaría de ellos.

Me sorprendió lo que sucedió durante esos días. Me divertí, como nunca. Observé, entre extrañada y complacida que, detrás de la máscara de seriedad, había un padre amoroso, atento a las necesidades de su hija. La responsabilidad de cuidarme lo transformó; así que dejé de preocuparme. Cada vez que hablaba sobre los planes que tenía para mí confirmaba, llena de felicidad, que nadie me había mentido, y que él sólo deseaba regalarme unas buenas vacaciones.

Antes de irse al trabajo, me preguntaba cómo me sentía. Luego, me dejaba al cuidado de Fara y se despedía de mí con un beso. Toda la mañana me la pasaba jugando con Bruno, hasta que llegaba y me sacaba a pasear. Agotados de tanto caminar, comíamos en cualquier restaurante de la zona. Con unos días de licencia en el trabajo, recorrimos los lugares más bonitos y visitamos a sus amigos.

Fuimos al Coney Island, un parque de diversiones al este de la ciudad. La alegría de la gente, las luces de colores y la música lo sumergían en una especie de niebla fantástica. Desde el tío vivo, las tazas gigantes y el trencito, que no paraban de girar, yo lo saludaba y sonreía. Me acompañó a la montaña rusa. Mientras yo me deshacía en

alaridos y mi estómago se incendiaba de cosquillas, él lanzaba fuertes carcajadas al viento. Después de hartarme de algodones de azúcar y otras golosinas, regresamos a la pensión.

Me llevó al lugar donde trabajaba. Conocí a sus compañeros. Al contrario de otras veces, cuando yo era más pequeña y me avergonzaba por todo, contesté a las preguntas que me hacían. El cambio de papá surtió efecto. Ahora era una niña distinta.

—Qué hija tan dulce tienes —comentaban. Eso me hizo sentir bien.

Seguimos paseando. No podía faltar una visita a la casa de Simón Bolívar, El Libertador, donde el tiempo y el modernismo no se atrevían a transformar los testimonios de esa parte gloriosa de la historia venezolana. De allí, fuimos a La Catedral, una construcción antigua frente a la Plaza Bolívar. La gente se persignaba, caía en estado de oración o conversaba en voz muy baja. Los santos y las vírgenes nos observaban con sus miradas tristes.

En la Plaza Bolívar, descansamos debajo de la sombra de los árboles. Las hojas resplandecían con el sol y nos arrullaban, al compás del ritmo de la brisa fresca. Las ardillas se deslizaban por los troncos y corrían sobre la grama. Nos miraban un momento y volvían a subir, seguidas

por la curiosidad de la gente. Las palomas revoloteaban, alrededor de la estatua, y exhibían el blanco limpio o el verdinegro de sus plumas. Los gorjeos se mezclaban con los sonidos de la tarde, que parecían murmurar:

—Laura es feliz..., es feliz... ¡Feliz!

Una tarde, entramos a un almacén para comprar los regalos que llevaríamos a casa. Mientras él escogía vestidos y zapatos, yo me deleitaba en el departamento de juguetes. En algún lugar debían estar las muñecas que promocionaban por televisión. Sylvia, Susanna y Sheila eran el mayor de los sueños para las niñas. Cuando las encontré, corrí hacia papá y exclamé:

—¡Papá, papá, esas son las muñecas que le pediremos al Niño Jesús!

—Qué bueno. A lo mejor se las trae —comentó. Después de tanto caminar, buscamos la tranquilidad de un parque. Había poca gente. Él estaba muy callado; yo no hacía más que respetar ese silencio. Los faroles se encendieron. Una especie de desánimo flotaba en el aire. Tal vez, porque yo extrañaba a mamá y quería regresar a casa.

Papá comenzó a hablar, como si los recuerdos del pasado no quisieran seguir encerrados en su alma. Entonces, supe cuánto añoraba El Salvador, el país que lo había visto nacer. Venezuela era su segunda patria. La amaba y agradecía la

generosidad con que lo había premiado. Sin embargo, ¿cómo podía evitar que un trozo de su corazón permaneciera suspendido en la cima de las montañas salvadoreñas? Extrañaba los extensos cañaverales, que danzaban con el viento y crecían cerca de los lagos cristalinos. Quería escuchar nuevamente las voces de su gente, recorrer las calles y avenidas de la pequeña capital y dormir al amparo de aquel cielo. Mientras lo escuchaba, percibí que la nostalgia era una lluvia menuda que le humedecía los ojos y le impulsaba a querer volver con sus familiares y amigos. ¿Lo haría alguna vez?

Dijo que su tierra era noble, pero maltratada por la pobreza. Sus habitantes luchaban por sobrevivir en un medio donde las guerras internas, que pretendían romper el cerco del hambre y las injusticias, proporcionaban muertos y más miseria. Por eso, los que sobrevivían se transformaban en seres hoscos. Al menos, sucedía con él, que le era tan difícil demostrar afecto, a pesar de lo tanto que amaba a su familia. Los salvadoreños deseaban un futuro diferente; no era sencillo. Allá, a un gran número de personas no les sonreía el futuro.

Cuando comprendió que no podía alcanzar sus metas y escuchó que existía un país con grandes oportunidades, no lo pensó para ir tras él. Tomó

sus ahorros y se lanzó a la aventura. Llegó a estas tierras con una maleta, un millón de ilusiones y muchos deseos de trabajar. Al principio, las cosas no fueron como esperaba; con la ayuda de sus nuevos amigos, pudo salir adelante. Con todo, le era imposible expulsar la amargura de aquella vida llena de tantas dificultades. Su corazón había sido lastimado muy fuerte; por más que lo intentaba, no sabía cómo desprenderse de la dureza de carácter.

Pensaba que nadie lo entendía, ni intentaba hacerlo. Eso lo hacía sentir como un lobo solitario. Mamá era la única persona que llevaba luz a sus tinieblas, aunque él no se lo demostrara lo suficiente. Sin ella, la vida no tenía sentido. Su escape eran la lectura y la música, y apreciaba los momentos que compartía con mi abuelo. Temía que no le perdonara la tristeza que escapaba por los ojos de mamá. Quería ser el esposo con el que ella soñaba; no lo había logrado. Eran tantos los motivos que no le dejaban sonreír.

—¡Pero, papá, tu sonrisa es muy linda! —exclamé. La carcajada, fuerte y espontánea, se grabó como la tinta china en la piel de mis sentimientos. Sentí que todo cambiaba. Los faroles se transformaron en radiantes soles, y el parque, en un sitio encantado. Las nubes que opacaron mis estrellas infantiles, se fueron de mi cielo. Hacía

las paces con él. En ese momento, inesperado y especial, comprendí que mi tristeza y enojo eran porque pensaba que él no me quería, porque no era como el papá de mis amigas. Un papá que me abrazara, un papá para contarle mis cosas, un papá que me comprendiera, un papá que me protegiera de mis miedos...

—Hija, no sé por qué te digo todo esto —continuó—. ¿Será que comienzo a envejecer? Hay hombres que lo hacen más temprano que otros. Tal vez, yo soy uno de ellos. Ahora, quizás no me entiendas del todo. Cuando crezcas, estoy seguro de que podrás hacerlo.

No supe qué contestar. Sin embargo, sus palabras aclararon mis confusiones y me hicieron entender que existían razones para que las personas fueran diferentes. Después de esa conversación, me ilusioné con la idea de que, a partir de ese instante, se comportara conmigo, como lo había soñado tantas veces.

## **CAPÍTULO XXXV**

### **El baile de los hecatónquiros**

Me despedí de Fara y de Bruno con un poco de tristeza. A la vez, muy contenta porque volvía a casa. Con un papá distinto, no era posible esperar más para que mamá y mis hermanos lo vieran. Llevábamos un montón de regalos. Los que recibí de sus amigos y los que él compró.

En el automóvil, contemplé la hermosa montaña. Parecía una reina, con sus anchas capas de neblina. El Ávila me veía partir, y yo le aseguré que pronto regresaríamos.

Por el desespero de ver a mi familia, el viaje se hizo largo. Después de horas interminables, llegamos a Barquisimeto. Todos nos esperaban en el jardín. Entre voces y alegrías, subieron al auto para ir a comer. En el restaurant, yo les conté mis aventuras en Caracas.

Ya en casa, sacamos los paquetes de la maleta. Había de todo y para todos. Además de lo acostumbrado, una cartera de piel para mamá, un reloj para Miguel y, para mis hermanas... No lo podían creer. Sylvia, Susanna y Sheila sonreían. Mariela y Antonieta estaban felices. Yo también. Quise decirle a papá cuánto lo quería. Algo lo impidió. Sin entender cómo y cuándo, la aten-

ción y el cariño, de los que había disfrutado, ya no estaban. Otra vez, mostraba un rostro impenetrable. Desconcertada, le pregunté:

—¿Qué pasa, papá?

—Nada. Quédate tranquila. Ve a jugar con tus hermanas.

Estaba a mi lado y, a la vez, ¡tan lejos! El mundo se volteaba de nuevo y me hundía en los miedos eternos. Quería que papá se diera cuenta, que me sonriera. Él, atrapado en sus pensamientos, estaba completamente aislado de lo que yo pudiera sentir. El papá que creí haber encontrado, se había quedado, sin que yo lo percibiera, en la lejana ciudad.

Fui a mi habitación. El viento estremecía las copas de los árboles. Amenazaba con llover. Cerré la ventana. Entre mis confusiones, escuché una voz que decía:

—¡Nada ha cambiado, tonta!

Como tantas veces, acudí a la protección de las sábanas. Una pierna quedó al descubierto. Me di cuenta y la cubrí. Quería evitar que una mano de dedos retorcidos me arrastrara tomándome por el tobillo. Los monstruos estaban debajo de la cama. Y debajo de la cama podía ser el mismo infierno.

Traté de llamar a mamá y la voz no salió. Nunca me había sentido tan asustada. Luego, como sucedió en la habitación del hotel, me armé de

valor. No había por qué tener miedo. Me quité la sábana de la cabeza y abrí los ojos. No veía nada. A medida que me acostumbraba a la oscuridad, comencé a observar sombras oscilantes. Los ruidos saltaban de los rincones. No quería pensar en monstruos. ¿Cómo no hacerlo, si estaban en la habitación? Entre las sombras, los descubrí. Avanzaban y retrocedían en un baile extraño. Los hecatónquiros venían por mí. Perdí el valor.

Bailaban con el murmullo del viento. Los monstruos seguían en su oscilante compás. Uuuu-hhhhsssss, se aproximaban; los brazos, cual aletas de murciélagos, pretendían capturarme. Wuu-hhhhhhh, desandaban los pasos. Cuando esto sucedía, yo respiraba. A los segundos, volvían.

Las cabezas se tambaleaban, como borrachines. Temía que se les desprendieran y cayeran sobre mí. Una fuerza sobrenatural se compadecía y las sujetaba a los cuellos gruesos. Los hecatónquiros no se cansaban de bailar, ni mi miedo de crecer. Al terminar la diabólica danza, estaba segura de que me llevarían con ellos. De pronto, uno voló hacia mi cama. Cerré los ojos y comencé a temblar.

De nada me sirvió rezar, ni contar del uno al cien, al derecho y al revés. Ni con las ovejas pude lograr que llegara el mago de los sueños. Sólo él podía lograr que los monstruos se alejaran. Deseé que amaneciera de una vez. En la

mañana estaría a salvo. A ellos les disgustaba la luz del sol. En medio de los temores, que no me dejaban dormir, comencé a pensar en papá y en los días pasados con él. Me fui durmiendo.

Desperté con los sonidos dominicales: la música en la radio, las campanadas de la iglesia y la voz de mamá llamando a desayunar. Me vino a la mente el nostálgico atardecer en el parque, cuando papá abrió su corazón y me mostró su tristeza. Medité sobre eso largo rato.

Sí, como dijo él, quizás yo no era lo suficientemente grande para comprender muchas cosas. Sin embargo, pude entender que su pasado era como una prisión. ¿Sería posible que escapara de ella algún día? Su seriedad era como un escudo para protegerse de las desventuras de la vida. Aquella tarde fui afortunada. Papá se había despojado de su coraza para confiar en mí. Eso me permitió conocerlo un poco más.

Esas vacaciones fueron el mejor de los regalos. Ahora lo sé. Esos días pude descubrir que, detrás de esa muralla, había un hombre de nobles sentimientos, con una necesidad de amor muy grande. Por carecer de él en otros tiempos, no había aprendido cómo demostrarlo ahora; a pesar de ello, nos amaba y era capaz de todo para protegernos. Lo había demostrado a su manera, como cuando dedicó a criar gallinas, sin ninguna

experiencia. Luego de estos pensamientos, comencé a admirarlo.

Recorrí la habitación con la mirada. Cada cosa estaba en su sitio: la mesa de noche, los libros, los juguetes y, para mi sorpresa, como si nunca antes lo hubiera visto, el ropero, con los sombreros y las camisas de papá que se movían con el viento. En el suelo, el vestido de seda de mamá. Los hecatónquiros se habían ido.



## CAPÍTULO XXXVI

### El aroma de los azahares

Mis abuelos estaban tristes. Se habían acostumbrado a nuestras visitas y a vernos crecer, pero entendieron que debíamos partir. Al fin, papá había vendido la casa y comprado otra en la capital. Aunque era mucho más pequeña, poseía un jardín y era cómoda y agradable. Mamá se alejaba de nuevo de sus padres y hermanos. Estaba tranquila. Pocos días antes, oí contarles a mis tías que todo iba bien y que, de ahora en adelante, las cosas marcharían mejor.

—¿Ya se lo dijiste?

—Sí.

—¿Qué te respondió?

—Si Dios así lo quiere, bienvenido será.

Sonreí, supe que otro hermano venía en camino. La calle estaba sola. Era temprano y los vecinos aún dormían. Los jirones de la madrugada flotaban en la mañana fresca. El equipaje listo y acomodado, en la maletera del auto. El camión de mudanzas, con su resignada carga de muebles, bramaba mostrando impaciencia.

Las gallinas se habían vendido, nuestras mascotas ya no estaban y el venado se lo llevó un señor que prometió cuidarlo. Sin ellos compartiendo

nuestros juegos, el patio perdía el encanto. Aunque el movimiento de las hojas continuaba mezclándose con el silbido del viento, la melodía no era la misma. Parecía que los árboles lloraban.

Los padres de Elena salieron a despedirnos. Los otros vecinos lo habían hecho el día anterior. La señora Rosa intercambió regalos con mamá y prometieron visitarse. Papá le puso a la orden nuestra nueva casa al señor Tomás, y este le ofreció la suya para cuando quisiéramos volver. Elena, medio dormida, me dijo que se había levantado para decirme adiós. Yo era su mejor amiga y le entristecía que me fuera. Le aseguré que, al llegar a Caracas, le escribiría.

Me paré frente a nuestra casa para observarla por última vez. El portón tenía un grueso candado, como para que no se escaparan las cosas lindas que allí vivimos. Pensé que eran nuestras y no había razones para dejarlas. Respiré profundo y sentí que el aroma de los azahares escapaba del patio, se deslizaba por las rendijas y se introducía en mi memoria para acompañarme siempre.

Subí al auto y éste comenzó a andar. Asomé la cabeza por la ventanilla y saqué la mano para despedirme. Atrás quedaron las miradas conmovidas de mis abuelos, tíos y amigos. Detrás de ellos, nuestra casa... ¡Mi casa! No dejé de verla hasta que cruzamos la esquina. Íbamos en silencio, sólo papá silbaba.

El viaje era largo; yo deseaba dormir para no sentirlo. Cerré los ojos y, en vez de la bruma del sueño, un haz de luz iluminó mis pensamientos. De pronto, todo estaba allí: las zapatillas de Scherezade, el cintillo de Ma´Celina, el olor a cuadernos y a tierra mojada de la escuela... Coqui y Camelo corrían, el alegre cucú cantaba a deshora y un hecatónquiroy, sabiendo que ya no me asustaba, sonreía agitando su montón de manos y guiñando la mitad de sus cien ojos. ¡Fantástico, ahora era mi amigo!



## **CAPÍTULO XXXVII**

### **Un papá como los demás**

Durante los primeros días en nuestra nueva casa, todo me resultaba extraño. A medida que transcurrían las semanas, la rutina se apoderó de nuestras vidas y nos concentramos en cumplir con nuestros deberes. Mamá llenaba las habitaciones de esperanzas y preparaba la canastilla para el nuevo bebé, papá salía al trabajo y nosotros a la escuela. Los fines de semana paseábamos por una ciudad que no terminaba de cambiar el rostro.

Mi nuevo hermano llegó de una manera inesperada. El doctor le dijo a mamá que daría a luz en dos semanas. Cuando papá comentó que le gustaría viajar a Barquisimeto para visitar a sus amigos, ella, que estaba deseando ver a sus padres de nuevo, no lo pensó y dijo que podían hacerlo, segurísima de que el bebé aún no nacería.

Salimos el sábado al amanecer, y cuando faltaba media hora para llegar a nuestro destino, comenzaron los dolores de parto. Antes de ir a casa de los abuelos, debimos dejar a mamá en el hospital. Desde que nació, Guillermo fue el consentido de todos, aunque su nacimiento nos hiciera pasar un buen susto.

Una mañana me llevé la gran sorpresa. Las sábanas me confirmaron que había dejado de ser una niña. Aunque ya iba a clases al liceo, mamá no me había hablado sobre ciertos temas. Consideraba que aún era pequeña y faltaba un poco para “eso”. Pero en clases, todas mis compañeras comentaban sobre “eso”. Cuando llamé a mamá para que viera lo que había pasado, exclamó:

—¡Laura, por qué te vino tan pronto! —sin considerar que el “pronto” ya se había quedado atrás.

Yo estaba desconcertada. A mis compañeras y amigas, que les había sucedido lo mismo, se les notaba, por los bultitos debajo de sus blusas, que eran unas señoritas. Yo, con el pecho plano y sin perder los deseos de jugar, me preguntaba si mamá tendría razón.

En casa todo marchaba bien, en cuanto a la economía. Papá tenía un buen empleo, compró carro nuevo y cambió los muebles. A pesar de todos sus logros, continuaba tan alejado como siempre. Parecía que una corriente de amargura se deslizaba por sus venas y no le permitía ser feliz. No faltaba a sus responsabilidades de padre, pero, aquella parte invisible de los afectos, que para mí era tan importante, era inalcanzable.

Con una familia tan numerosa, mamá hacía lo posible por mantener todo en orden. Y aunque no le alcanzaba el tiempo para terminar con las

labores hogareñas, nunca le faltó para hablarnos y demostrarnos su amor. Si ella no se convertía en mi amiga, era porque los prejuicios no le permitían mantener una conversación abierta. Como yo no perdía la costumbre de preguntar, ella prefería conservar cierta distancia para no entrar en profundidades conmigo. A pesar de eso, siempre estaba a mi lado.

Yo insistía en entender las razones que obstaculizaban el cambio de papá. Sin embargo, tener un padre amoroso se transformó en una obsesión. Comencé a ver, con envidia, la forma cariñosa y comunicativa con que eran tratadas mis amigas por los suyos. Ellas sentían la suficiente confianza para hablarles hasta de sus pequeñas conquistas amorosas. A mí aún no me habían rozado los suspiros del amor, sin embargo, tenía otras cosas que me hubiera gustado compartir con él. A veces, me acercaba para hablarle. La barrera de su seriedad me detenía. Parecía un caracol oculto en la concha de sus pensamientos. Acongojada, me retiraba.

La suerte se portó mal con nosotros. Las punzadas que papá sentía, de vez en cuando, en la espalda, se transformaron en una hilera de dolores continuos. Después de muchas consultas y exámenes médicos, se llegó a la cruel realidad: sus huesos no soportarían mucho tiempo.

Al principio, mamá trató de ocultarlo. El médico sabía el doloroso camino que estaba por comenzar; le aconsejó que lo compartiera con nosotros, sus hijos mayores. Si bien apenas abandonábamos la niñez, él opinaba que podíamos ayudar. Cuando nos enteramos, Miguel dijo que debíamos ser fuertes para enfrentar esa situación. Nunca imaginé lo que me haría sufrir.

Entre calmantes para aliviar sus dolores y tratamientos médicos para detener el avance de la enfermedad, papá se debatía entre la debilidad de su organismo y el valor de aferrarse a la vida. A veces, los dolores eran tan grandes, que su carácter se hacía insoportable y rechazaba los cuidados de la enfermera. En esos casos, mamá asumía la responsabilidad y nos pedía toda nuestra comprensión. Cuando las medicinas se lo permitían y el dolor se apartaba, él se convertía en una persona frágil, con una infinita necesidad de cariño. Nos llamaba y, entonces, era el padre cariñoso que yo tanto había anhelado. Nunca quise que fuera de esa manera.

Encerrada en mi cuarto, las lágrimas corrían por mis mejillas, sin poder apartar los remordimientos. Creí que su enfermedad era el castigo por desear tanto que él fuera como yo lo deseaba. Cuando me pedía que me sentara a su lado, lo hacía por poco tiempo para que no me viera llo-

rar. Escapaba abrumada por las culpas. A medida que papá palidecía, yo rogaba al cielo que me diera un poco más de tiempo para encontrar la forma de demostrarle mi amor. No fue posible. Así que, cuando su corazón decidió descansar, mi mundo se desbarató. El llanto me estremecía y yo me preguntaba: “¿De qué me sirve llorar?” Los rumores que atemorizaron mis noches infantiles, aparecieron de nuevo. Los hecatónquiros estaban cerca. Volví a tener miedo.



## CAPÍTULO XXXVIII

### Una campana de tristeza

Han pasado los meses. Papá se ha ido definitivamente y el tiempo transcurre lento y ajeno. El hada de los deseos cumplidos se fue antes de que yo alcanzara el mío. Después de aquellas vacaciones, él no volvió a ser como en esos días. Encerrada en una campana de tristeza, me hago esta pregunta: ¿Qué nos separaba? Quizás, no dispusimos del tiempo necesario para acercarnos o, tal vez, creímos que lo teníamos demasiado. Puede ser que papá era una isla, como lo era yo, y ninguno de los dos supimos cómo atravesar la marea de nuestros miedos. Cuando sea más grande, quizás lo entienda totalmente, como él lo dijo.

Mamá asegura que así sucederá; yo siento que lo dice para consolarme. Lo cierto es que él se fue y yo me quedé con el deseo de disfrutar de su cariño y de convertirme en la buena hija que quería ser. Ahora no es posible. Unas palabras brotan a menudo en mis pensamientos:

—Papá, ¡cuánto lo lamento!

Mamá dice que él puede escucharme. Yo creo que es así. Todas las noches, antes de entrar al umbral de los sueños, le hablo con la esperanza de que se

comunique conmigo. Una suave brisa entra por la ventana y llega hasta mi almohada. Al sentir el aire sobre mis cabellos, imagino que es él que me acaricia. ¿Será su manera de responderme?

En los primeros días de su ausencia pensé que los hecatónquiros volvían para atormentarme. Los sentía en el crujir de la madera, en el rumor de las hojas, en el silencio de la noche. Como cuando niña, comencé a dejar la luz encendida. Pronto comprendí que era inútil. No estaban detrás de la puerta, ni debajo de la cama. No en mi cuarto, ni llegaron de alguna parte. Sencillamente, vivían dentro de mí.

Sin papá, me obligo a enfrentar una nueva realidad. Mamá ha tomado las riendas del hogar, y Miguel y yo sabemos que habrá obstáculos que superar. Pienso que todo esto me hace crecer más rápido. Con la adolescencia entiendo que las cosas que me atemorizan son aquellas que no logro comprender. Cuando lo hago, las sombras se alejan.

Tal vez, esto que digo sea una señal de madurez. Sin embargo, mientras razono sobre las cosas que sucedieron y la nueva situación que nos rodea, siguen brotando reacciones infantiles dentro de mi corazón. Algo tengo claro: no soy la niña que un día fui. Entiendo que, aunque me falta mucho por aprender, ya comencé a transitar ese camino.

Mis hermanas se alejan de la infancia. Parecen capullos a punto de florecer. Por los momentos, me imitan como si yo fuera su espejo y siguen mis pasos. Lo harán hasta que puedan encontrar los suyos. Guillermo todavía es un bebé. Quiero protegerlo. No me gustaría que los monstruos perturbaran sus sueños. Deseo que, a ellos, que miran la vida a través de sus juegos, no los asusten como lo hicieron conmigo. Con Miguel es diferente, hemos crecido juntos. Lo observo y compruebo que intenta encontrar su propio rumbo.

¿Es posible evitarles las pesadillas a los niños? Es una pregunta que no puedo responder. Sin embargo, trato de explicarles a mis hermanos que lo que nos asusta, en muchas ocasiones, no es tan terrible. Los monstruos, a veces susurran, a veces bailan entre las sombras y, la mayoría de las veces, desaparecen con el tiempo.

Papá nos dio todo lo que estuvo a su alcance. El hecho de que no demostrara su amor como yo quería, no significó que nos amara menos. Y si yo no me acerqué a él, es posible que fuera porque no había quién me guiara. ¿Nos tocaba pasar por todo esto?

Mamá trata de calmar su melancolía compartiendo con nosotros. Ella dice que la vida es una gracia divina, donde la audacia está en saber cómo enfrentar los problemas, y lo noble en

apreciar los dones de la naturaleza y agradecer lo que nos entrega. A los seres humanos, alguna vez, los invaden los temores. Nadie escapa. Por eso, debemos aprender el arte para luchar contra ellos. Afirmo que en todo lo que nos rodea hay magia y debemos aprender a verla. Mi hermano y yo nos miramos y sonreímos.

Creo que los hecatónquiros siempre encontrarán un motivo para acercarse. No importa. Ellos pueden transformarse en lo que uno desee: en monstruos burlones y amenazadores, o en seres extraordinarios y aleccionadores. Yo, que pasé mi niñez entre cuentos, realidades, rumores y secretos pienso que los míos llegaron, además, para darle sentido al mundo de mis fantasías.

Desde la ventana veo a la gente salir de sus casas. Una bandada de pájaros cruza el cielo azul. En el jardín, las rosas resplandecen y el olor a pino invade la mañana fresca. Me estremezco. Siento cómo vibra mi espíritu. Presiente que un mundo maravilloso lo espera. Como una mariposa, desea extender sus alas para salir a explorarlo. Quiero acompañarlo, voy en armonía con él.

## Contenido

|                                    |    |
|------------------------------------|----|
| <b>CAPITULO I</b>                  |    |
| Un arco iris sobre la montaña      | 7  |
| <b>CAPÍTULO II</b>                 |    |
| La suave corriente del rio         | 11 |
| <b>CAPÍTULO III</b>                |    |
| Rasgando las cuerdas del silencio  | 15 |
| <b>CAPÍTULO IV</b>                 |    |
| Una caja de sorpresas              | 23 |
| <b>CAPÍTULO V</b>                  |    |
| El balancín de las letras          | 29 |
| <b>CAPÍTULO VI</b>                 |    |
| La magia de las palabras           | 35 |
| <b>CAPÍTULO VII</b>                |    |
| Bajo la luz de los faroles         | 39 |
| <b>CAPÍTULO VIII</b>               |    |
| No preguntes... O te lleva el Coco | 45 |
| <b>CAPÍTULO IX</b>                 |    |
| Entre cielo y volcanes             | 49 |
| <b>CAPÍTULO X</b>                  |    |
| Los regalos de los abuelos         | 53 |
| <b>CAPÍTULO XI</b>                 |    |
| Una boda sin campanas              | 57 |
| <b>CAPÍTULO XII</b>                |    |
| La piel del corazón                | 63 |

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| <b>CAPÍTULO XIII</b>                |     |
| Paseos inolvidables                 | 69  |
| <b>CAPÍTULO XIV</b>                 |     |
| El silbido de los fantasmas         | 73  |
| <b>CAPÍTULO XV</b>                  |     |
| Los monstruos de Ma´Celina          | 77  |
| <b>CAPÍTULO XVI</b>                 |     |
| Las sombras de los elefantes        | 81  |
| <b>CAPÍTULO XVII</b>                |     |
| Nuevos misterios                    | 85  |
| <b>CAPÍTULO XVIII</b>               |     |
| Los aromas de mi escuela            | 89  |
| <b>CAPÍTULO XIX</b>                 |     |
| Un caballero medieval en retirada   | 93  |
| <b>CAPÍTULO XX</b>                  |     |
| Uno, dos, tres... Uno, dos, tres... | 97  |
| <b>CAPÍTULO XXI</b>                 |     |
| Jugando a las escondidas            | 101 |
| <b>CAPÍTULO XXII</b>                |     |
| Una casa en el árbol                | 105 |
| <b>CAPÍTULO XXIII</b>               |     |
| El patio encantado                  | 109 |
| <b>CAPÍTULO XXIV</b>                |     |
| Entre rosas y no me olvides         | 117 |
| <b>CAPÍTULO XXV</b>                 |     |
| Domingos en familia                 | 121 |
| <b>CAPÍTULO XXVI</b>                |     |
| El retorno de las pesadillas        | 125 |

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| <b>CAPÍTULO XVII</b>            |     |
| El vuelo de la cigüeña          | 131 |
| <b>CAPÍTULO XXVIII</b>          |     |
| Las zapatillas de Scherezade    | 139 |
| <b>CAPÍTULO XXIX</b>            |     |
| Un cintillo de terciopelo negro | 147 |
| <b>CAPÍTULO XXX</b>             |     |
| La lealtad de los Celtas        | 153 |
| <b>CAPÍTULO XXXI</b>            |     |
| Una sonrisa que se apaga        | 163 |
| <b>CAPÍTULO XXXII</b>           |     |
| Un volcán que despierta         | 167 |
| <b>CAPÍTULO XXXIII</b>          |     |
| El ogro de los cuentos de hadas | 173 |
| <b>CAPÍTULO XXXIV</b>           |     |
| Una lluvia de nostalgia         | 177 |
| <b>CAPÍTULO XXXV</b>            |     |
| El baile de los hecatónquiros   | 185 |
| <b>CAPÍTULO XXXVI</b>           |     |
| El aroma de los azahares        | 191 |
| <b>CAPÍTULO XXXVII</b>          |     |
| Un papá como los demás          | 195 |
| <b>CAPÍTULO XXXVIII</b>         |     |
| Una campana de tristeza         | 201 |

Este libro fue diseñado y exportado  
para su publicación en AMAZON por  
SULTANA DEL LAGO EDITORES,  
en los talleres gráficos del poeta Luis  
Perozo Cervantes, en Maracaibo, esta-  
do federal del Zulia, en el continente  
americano, del planeta tierra; a los 10  
días del mes de diciembre de 2024, el  
mismo día pero de 1923 en que nace en  
Cabimas el músico Ciro Adarme